PABLO ZAPPA

EL PARAISO TERRENAL — RUSO 1937 —

LO QUE CUENTAN LOS RUSOS

3ª EDICION

MEXICO
1938

El Paraíso Terrenal Ruso 1937

PABLO ZAPPA

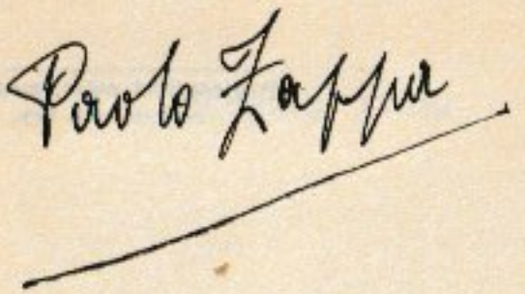
EL PARAISO TERRENAL RUSO 1937

MEXICO, D.F.
1938

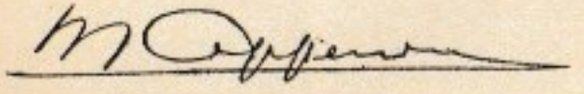
Estas traducción es autorizada por el autor.

las copias no firmadas por el autor y el traductor son apócrifas.

El Autor,



El Traductor,



Propiedad del Autor, asegurada
conforme a la Ley.

Imp. M. León Sánchez, S. C. L.—México.

La Incógnita Rusa

Hubo en México algunos marxistas prominentes que fueron a Rusia a recabar datos e impresiones para exhibirlos más tarde a sus acólitos y probarles que Rusia es el país del proletariado, el país que dará la luz al mundo entero.

¿Fueron allá de buena fé o con objeto de propaganda?

Esto poco importa.

El caso es que sin conocimiento del idioma ruso y en pocas semanas de permanencia en Rusia, lo vieron todo, lo comprendieron todo y retornaron entusiastas, con la cartera llena de cuartillas atiborradas de datos estadísticos para confundir al mundo entero.

De buena o de mala fé, fueron recibidos con agasajos por comisiones oficiales que les hicieron ver todo lo que para el caso habían preparado, tanto en las cosas como en los hombres y los llenaron de un sin número de interesantísimos datos oficiales para que

pudieran hablar y escribir de las maravillas soviéticas.

¿Lo creyeron de buena fé o de mala fé? No lo sabemos; lo que sabemos es que nos pintaron a Rusia como el país de las maravillas, como el paraíso terrenal, como el faro que ilumina al mundo.

En contraposición hubo otras personas intelectuales, de pura cepa marxista que de buena fé fueron a Rusia para ver y poder volver a su patria y declarar que Rusia es el primer país del mundo e invitar al proletariado mundial a que sigan teniendo confianza en el régimen soviético para alcanzar su felicidad.

Y en cambio, ni lo que oficialmente les hicieron ver, ni todas las estadísticas recibidas pudieron convencerlos.

Volvieron y nos dieron lastimosas pinturas de Rusia y declararon quebrantada su fe en el sovietismo.

Gide, Céline y otros no son de los últimos por su ingenio y buena fé, si nos declaran su decepción en el sistema ruso, debemos creerles.

Sus impresiones son el fruto de la inteligencia que supo ver, que no quiso engañarse a sí misma, ni a los demás. ¡Debemos respetarlos!

Mas el mundo podría todavía decir que tanto los primeros como estos segundos pueden tener razón, cada uno desde su punto de vista.

La duda persiste.

Mas ahora tenemos a un tercero, al señor Pablo Zappa, uno de los redactores del periódico "La Stampa" de Turín, que quiso seguir un camino absolutamente nuevo para desentrañar la Verdad.

¿Y qué verdad más clara de lo que cuentan los que sufrieron penas indecibles y que huyeron para buscar su salvación aún a costa de un balazo fatal?

¿Cómo vamos a dudar de ellos ya que con toda ingenuidad nos relataron sus dolorosas peripecias

Allí todo es genuino, no hay mentira posible: sus juicios son los juicios de los que por años y años se vieron oprimidos por un sistema férreo, que padecieron tormentos y hambre sin cuento.

Esto es lo que supo desentrañar Pablo Zappa con su encuesta genial que hace honor a su labor periodística.

Allí va mi traducción de sus relatos: para los amigos y para los contrarios. Que cada persona honrada saque sus conclusiones.

Ing. Manuel APPENDINI.

I

Los Fugitivos del Infierno Rojo

Lo que ve el turista: **una oficina modelo, un casino modelo, una prisión modelo:** todo, menos lo que desearía ver:

París, Junio. 1937.

Cada día los periódicos de todo el mundo dedican amplios reportazgos sobre los sucesos rusos en los cuales palabras duras y terribles como hambre y carestía, **capturas en masa y deportaciones, procesos sensacionales y fusilamientos,** se siguen y alternan con una frecuencia asombrosa.

Al mismo tiempo otros periódicos (especialmente franceses), nos cuentan de las realizaciones del Estado bolshevique en los varios campos de las actividades industriales, comerciales, científicas y sociales; nunca hablan del hambre y de la carestía y, si hacen referencia a procesos y fusilamientos, dicen que se trata de **"medidas tomadas contra el sabotaje y traidores de la patria bolshevica"**, afirmando que todas las medidas tomadas fueron votadas debido a la indignación de la masa laborante rusa.

Un día un corrillo de franceses discutía sobre el tema de dichas noticias contradictorias.

—Los periódicos exageran,—exclamó el acostumbrado individuo que cree saber muchas cosas por experiencia.

—Se exagera por un lado y por el otro; de buena y de mala fé; las fuentes de información son dudosas y casi siempre falta la confirmación oficial,—dijo otro.

—Sin embargo, los acontecimientos confirmados oficialmente por la agencia "Tass" me parece que son definitivos,—replicó el primero.

—¡Y qué piensa Ud. de eso, señor Zappa!

Me limité a contestar que nunca estuve en Rusia.

—Aquí hay, pues, una excelente ocasión de reportazgo periodístico.

—Estoy convencido de ello: pero, si no lo hice nunca, no es mía la culpa. Hace meses presenté a las autoridades diplomáticas de la U. R. S .S. regular demanda de visa a mi pasaporte. Me la rehusaron sencillamente.

—Lo comprendo: usted es periodista italiano...

—¡Y con eso!

—Su buena fé se puso en duda "a priori". La desconfianza es un defecto y, si usted quiere, también una virtud oriental... y los rusos son algo orientales.

—¡Lo cree usted!

—Relativamente. Si ellos no tuvieran nada que ocultar...

El colega me interrumpió: Pruebe usted todavía por medio del **Intourist**, calle Auber... preséntese usted en mi nombre.

El **Intourist** es el ente oficial turístico de la U. R. S. S.

EN LA OFICINA DEL INTOURIST

El día después, nada más que para probar, me fuí a la sede parisiense del Intourist, calle Auber.

Un letrero de caracteres colosales a la entrada invitaba a los buenos franceses a visitar la U. R. S. S.

En la oficina dos o tres curiosos interrogaban a los funcionarios. Me atendió un joven correcto y sonriente.

—En este mes tenemos dos expediciones colectivas...

—Prefiero viajar solo...

—En ese caso las condiciones son otras.

—Es decir...

—Ante todo el viaje para el que quiere viajar solo es mucho más caro.

—Eso no importa.

Y siempre mirándome con fijeza el empleadito, continuó titubeando:

—Y después... después...

Para simplificar el asunto dí el nombre del colega de tendencias sociales-comunistas.

El joven se hizo repetir el nombre un par de veces y después fué a la oficina del Director.

Cuando volvió estaba más tranquilo y me dijo:

—Para ir a Rusia solo, además de que el viaje costará más, necesitamos establecer un programa y un itinerario...

—¡Naturalmente!

—Para el turista que viaja solo, nuestro ente tiene cuatro itinerarios muy interesantes... observe usted.

Me presentó un voluminoso prospecto. Con un gesto instintivo traté de ponérmelo en el bolsillo.

—Dispense usted: no puede llevárselo.

Me puse pues a hojearlo y me fijé en un viaje de 60 días. Tenía un programa muy bien arreglado en sus más mínimos particulares: hospedajes, visitas, excursiones, teatros, etc., etc. Todo estaba bien fijado, precisado, enlistado: había nombres de hoteles y restaurantes, el nombre de las oficinas, escuelas, sanatorios, factorías, etc., etc.... y prisiones que debían visitarse diariamente; los teatros y dancings que había que conocer cada tarde y cada noche: nombres de ciudades y villorrios que se atravesaban en ferrocarril y aún las calles que había que atravesar en cada desplazamiento.

Busqué con cuántos días, de los 60, podía disponer libremente el turista. Ni uno. Como compensación, guía-intérprete obligatorio.

¿PASEARSE SOLO?

—¿Y es siempre obligatorio el guía?

—Cada vez que salga usted del hotel...

—Pero siquiera en el hotel...

Equivocando mi idea contestó el joven:

—Si usted quiere el guía-intérprete puede ser una mujer.

—¿Sin aumento en el precio?

—¡Oh! ¡qué dice usted querido señor!

Sonrió y sonreí yo también. Eso le pareció al joven mi probable aceptación y sacando un modelo me dijo:

—Le advierto a usted que si firma ese modelo debe comprometerse a no variar en lo más mínimo el programa.

—Pero si allá quisiera más bien visitar una oficina en lugar de un club, y una tarde irme a un teatro en lugar de a un dancing...

—Cambiar el programa, mi buen señor, podría dar lugar a algún contratiempo...

—¿Y si me enfermase?

—Los días de enfermedad se calculan aparte y se le abonarían al terminar el viaje...

—¿Y si quisiera pasearme solo, sin guía?

—El programa no admite ese caso.

—¡Muchísimas gracias, con todas estas condiciones prefiero quedarme en mi casa!

Y me salí. Alguien me habló a la espalda. Era un señor que ví en la oficina del Intourist, de apariencia tranquila.

—¡Muy bien!, hizo usted muy bien al renunciar a ese viaje, ahorra usted seis mil francos y mucha bilis.

—¿Ha estado usted en Rusia?

—Es decir... He estado en Rusia alojado en hoteles para extranjeros, he comido en restaurantes para extranjeros, he visitado teatros y dancings para extranjeros...

—¿Y qué vió usted?

—¡Nada!

TODO UN "BLUFF"

Se retractó en seguida:

—Sí, he visto una oficina modelo, un asilo modelo, una casa modelo, un comedor-obrero modelo, un casino modelo, una pensión modelo. He visto, pues, todo lo que han querido que viera y nada de lo que habría yo querido ver.

—¿Y habló usted con rusos?

—¡No!, es decir, hablé en francés y el guía tradujo en ruso, los obreros contestaron en ruso y el guía tradujo en francés.

—¿Y qué traducía?

El desconocido me miró con compasión, pero en seguida dijo:

—No. La pregunta de usted no es tan necia como parece, ¿qué tradujo?, que los obreros en Rusia viven muy bien, que son felices, que trabajan en oficinas modelo y se alojan en casas modelo, que se les paga muy bien y tienen víveres y cigarrillos cuantos quieren... dicen todo eso con mirada turbia.

—¿En resumen?

—¡Todo un bluff y truco!

Hablaba con la intransigencia de los desilusionados y su tono no admitía réplica ni duda.

Todavía me hice ánimo y:

—Pero, Gide Céline y Dorgelés vieron...

—¡Excepciones!

Y al decirme "excepciones que confirman la regla" me preguntó:

—¿Sabe usted qué fin han tenido **Auervacs**, presidente de la federación de escritores soviéticos, e Ivanov, secretario de la U. K. S., o sea de la oficina de las relaciones culturales con el extranjero? ¿Los dos precisamente por pilotear a los tres escritores franceses?

—No sé.

—Auervacs en la cárcel e Ivanov, el más directamente culpable, ¡fusilado!

Me dió un golpecito en el hombro:

—¡Nadie sabe nada, nadie ve nada; sólo lo saben todo los que viven la vida soviética y por lo tanto pueden ver!

PRIMEROS PASOS

Me dió su nombre, me saludó y se fué. Sus palabras resonaban en mi mente: "todo bluff y truco". ¡Sería posible? y ¿qué hacer por otra parte para saber la verdad?

El hombre que había vuelto de Rusia y me habló en la calle de Auber me dió también un consejo excelente. ¿Por qué no trata de interrogar a los que estuvieron en Rusia? No a los extranjeros que faltan casi siempre de posibilidad, cultura e imparcialidad para un sano juicio, para juzgar de prisa y bien; ni a los viejos emigrados rusos cuyas peripecias dolorosas e impresiones no pueden ya darnos luz sobre las condiciones actuales de Rusia. Es necesario informarse entre los más recientes emigrados rusos, entre aquellos que por un motivo u otro han dejado su país recientemente y que vivieron siempre en el clima bolsheviqui su vida bella o fea, trabajando en el gigantesco mecanismo de los planes quinquenales. Es necesario buscar su testimonio y saber ver la verdad descartando todo lo que puede ser dictado por el temor o la venganza.

Empecé mi encuesta en París: fué larga y difícil, complicada y más dolorosa de lo que yo pensaba.

II

La Ley de los Rehenes

Cuando un ciudadano de la U. R. S. S. huye al extranjero, si los miembros de su familia lo supieron y al saberlo no lo denunciaron, son castigados con trabajos forzados de 5 á 10 años.

París, junio. 1937.

—¡Yo soy por naturaleza imprudente!—me dice Nicola Nicolaievic Jurov.—Mi última imprudencia fué contestar en francés al señor Céline...

—¿En Rusia está prohibido hablar en francés?

—No está prohibido, pero hablando con un extranjero, aun cuando se habla su idioma, es preferible usar el ruso y dejar la traducción al guía-intérprete oficial..., y sabrá usted que a su vuelta a Francia el señor Céline...

El señor Céline es el conocido médico autor de "El Viaje al Fin de la Noche". Simpatizador comunista, como André Gide, fué el año pasado previa invitación, al país del Soviet. Y lo mismo que André Gide, volvió completamente desilusionado y perdió su fé. "Mea Culpa" es el título de sus desilusiones soviéticas.

HABLA JUROV

Fué precisamente Luis Fernando Céline quien me dió la dirección de Nicola Nicolaievic Jurov en una calle de Passy. Una de esas calles chicas, solitarias, donde las últimas casas de provincias se esconden tras de la hiedra obscura.

Nicola Nicolaievic es huésped provisional de un conocido suyo, ruso emigrado desde 1920. Tiene 40 años, es alto y robusto: pero su cara pálida, su mirada brillante y un extraño tic nervioso a la derecha de la boca, indican cuán profundamente sufrió en la vida. Dejó su país hace mes y medio.

—Antes de ese tiempo—me informa—yo estaba bien. Empleado en la administración de la escuela marítima de "Frunze", de Leningrado, ganaba 175 rublos al mes.

—¿Mucho o poco?

—Bastante para no sufrir hambre.

Dice esto con tono apacible, sin darse cuenta del valor que su contestación tiene para mí, como ciertamente para ustedes mis lectores.

Nicola Nicolaievic es el primer emigrado ruso que pude entrevistar. Por quince días he vagado inútilmente de París a Bruselas, de Bruselas a Ginebra, y de allí a París sin haber podido encontrar ningún emigrado ruso recientemente llegado. Indicaciones, rastros, nombres, todos inexistentes y falsos. ¿Por qué razón? Sencillamente porque de esa clase de

emigrados hay muy pocos y los pocos prefieren quedarse en la sombra y no hablar.

Todos, o casi todos, tienen allá familia o parientes, y si su huída se conociera, estas familias o parientes podrían ser arrestados. ¿Podrían? No, lo son.

El decreto del 8 de junio de 1934 sobre la pena de muerte, o sobre la institución de los rehenes es preciso y sin piedad "**para reprimir la traición a la patria Soviética**". El simple hecho de dejar la U. R. S. S. sin autorización, es considerado aún en tiempo de paz, como "Huída al extranjero" y esa huída "es traición a la patria".

TRES PARRAFOS

El reglamento en relación con los delitos de Estado (contrarrevolución y delitos contra el orden administrativo son particularmente peligrosos en la U. R. S. S.) dice:

1o. La traición a la patria, es decir, el espionaje, la revelación de secretos estatales, el tránsito de frontera sin pasaporte, la huída en aeroplano, se penan con la muerte, confiscación de todos los bienes y, en caso de circunstancias atenuantes, con trabajos forzados por 10 años.

2o. Los mismos delitos hechos por militares, con la muerte y confiscación de bienes.

3o. Cuando huye al extranjero un ciudadano de la U. R. S. S., los miembros de su familia, si en

cualquier forma favorecieron su huída, o si sabiéndolo no lo denunciaron, se castigan con 5 ó 10 años de trabajos forzados y confiscación de bienes. Los otros parientes o todos aquellos que con él vivieron se privarán de los derechos electorales y serán deportados a Siberia, aun cuando nada supieron de la huída.

Firmado:

M. Kalnin, Presidente del Comité Ejecutivo Central.

M. Medvediev, Secretario del Comité Ejecutivo Central.

Esta ley que codifica por primera vez en el mundo la práctica de los rehenes, cierra las inmensas fronteras de la U. R. S. S. más que con una muralla china.

Pero a pesar de esto y aun cuando una verdadera muralla de hilo espinado delimite el territorio ruso, aun con todas las ametralladoras, los guardas, los perros policías, las caballerías y los periscopios, muchos ciudadanos soviéticos intentan la huída y algunos llegan a escapar.

Los agentes de la **Progranotriad** (sección confinaria de la G. P. U.), están autorizados a tirar a la primera orden del **Alt** no contestada en una zona de 2 kilómetros de anchura en la línea limítrofe, en la cual ninguno puede encontrarse sin un salvoconducto especial.

QUIEN ESCAPA

Y no son los delincuentes, los canallas, los fuera de la ley, los que intentan huir: son hombres normales como yo y como vosotros, como Nicola Nicolaievic Jurov: son funcionarios, profesionistas, obreros, gente del campo que viven la vida de imposición de la U. R. S. S.

Son unos cuantos de los 160 millones de rusos que luchando contra la suerte adversa, contra las dificultades y las vejaciones, cansados un día de tanta miseria, no se rebelan, no tienen un gesto, un acto, contra los poderes constituídos; pero sienten nacer en su corazón un deseo ardiente de irse para ver si en otros países la vida es mejor.

¿Por qué no piden a las autoridades un pasaporte?, preguntaréis vosotros. Os contestarán como me contestó Nicola Nicolaievic:

—En Rusia los pasaportes para el extranjero no se otorgan más que a los encargados de misiones especiales: diplomáticos, propagandistas, espías.

Y al contarme su historia, añade:

—Por mi cuenta, antes de mi torpeza con Céline, tuve la imprudencia de pedir un pasaporte para el extranjero.

—¡Cómo!, ¿no se puede pedir un pasaporte para el extranjero?

—Sí se puede; se necesita tan sólo depositar, al pedirlo, 230 rublos.

—¿Y después?

—Después se espera un mes, dos, tres. Al cabo de tres meses, más o menos, viene la resolución desfavorable

—¿Y los 230 rublos?

—Doscientos se devuelven y treinta se quedan al Gobierno como gastos de trámites.

—¡Demonio!

TREINTA RUBLOS

El emigrado ruso me mira con indecisión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que 30 rublos para los trámites me parecen mucho.

—Ud. se equivoca. ¡Ah!... ¡qué suerte sería si mi demanda de pasaporte para el extranjero costara sólo 30 rublos! ¡mi personal experiencia me probó que cuesta mucho más!

—¿En qué sentido?

—Provoca las sospechas de la autoridad. "... si ese Nicola Nicolaievic quiere irse quiere decir que tiene algo que reprocharse, que no está satisfecho o está relacionado con ciudadanos de países capitalistas..."

Estas sospechas son de una gravedad excepcional. El que no está contento puede, tarde o temprano, volverse **sabotador**; y quien tiene relaciones con ciudadanos de países capitalistas no puede ser más que un espía... Ahora, mi querido señor, añada usted

mis imprudencias al pedir un pasaporte con la otra de contestar en francés a Céline, y saque Ud. la conclusión...

Queriendo exagerar exclamé:

—¿Le aprisionaron?

—Peor que eso; me quitaron el empleo.

—No me parece...

Nicola Nicolaievic me sonría con benevolencia:

—Comprendo lo que usted quiere decir, le explicaré a usted. El cese tiene como consecuencia la anulación del contrato de trabajo, la pérdida de la habitación común y del pasaporte interior...

Y como yo lo miro asombrado, el ruso se calla un momento, mueve la cabeza y continúa:

—Sí señor, el pasaporte interior, ya que también éste existe.

—Existió también en la época del Czar.

—Sin duda, y Lenín lo abolió; pero en 1933 fué repuesto por Stalin. Oficialmente fué una medida para impedir la continua emigración interior de la gente del campo a las ciudades.

—He leído efectivamente que el éxodo de los campesinos para las ciudades llegó, en estos últimos tiempos, a 27 millones.

—Es absolutamente verdadero. Pero Stalin tuvo por único objeto controlar el movimiento de las ciudades. El que no tiene pasaporte interior no puede quedarse en las grandes ciudades, ni moverse de un lugar para otro.

—Pero quien lo tiene puede ir adonde quiera...

—Sí, siempre que obtenga el visto bueno de la policía, la cual, antes de darlo, tiene que pedir el parecer del Comité o Soviet de la localidad; éste al sector, y este último a los comités de la oficina, del taller, del Club, etc., etc. Y todos estos no siempre encuentran justificado el desplazamiento.

—Si es así, en Rusia no hay libertad.

LAS FUGAS

Nicola Nicolaievic ya no sonríe. Hasta ahora habló con serenidad, como si todo lo que decía no le concerniera; mas en este punto sus facciones se contraen, su voz se hace dura y sus ojos brillan con luz extraña. No puedo olvidar fácilmente la extraña luz que brilló en las claras niñas de sus ojos.

—Lo que usted dice, querido señor, es un lugar común, y yo le contestaré con otro lugar común: en Rusia la sola libertad es la de morirse de hambre. Y es precisamente para no gozar de esta libertad que yo me decidí a expatriarme... ¡La ley de 1934!... ¡las balas de los Pogranotriad! ¡qué importaba! Sin pasaporte interior y por lo tanto sin casa y sin trabajo, yo era un ser perdido, un candidato a la deportación a Siberia o a los Urales... y no teniendo familia no me quedaba más que una solución, la última: la fuga.

Y partí con un compañero, un imprudente como yo, Teodoro Stefanovic. Después de diversas peripecias llegamos a la frontera Estone, cerca de Narva. La vieja fortaleza de Narva se perfilaba de lejos cuando los Pogranotriad nos balacearon. Mi compañero cayó a mi lado... yo fuí más favorecido.

El crepúsculo, entrando por la ventana semiabierta, revivió un instante el ajado rostro de Nicola Nicolaievic y sus labios, en la penumbra, parecían sangrar.

El coloquio se acabó: me levanté para despedirme.

Para concluir pregunté todavía:

—Dígame usted, mi querido Nicola Nicolaievic, ¿por qué motivo las autoridades soviéticas no dejan la libre salida de su país?

Sonríe otra vez:

—Otro lugar común y le contestaré a usted con otro: porque jamás regresarían.

III

Hay Casas, Pero.....

Leímos en el **Pravda** del 24 de noviembre... "los obreros viven en chozas: en el invierno el agua se hiela, y en el verano las chinches hormiguean..." Hay que añadir que el director de la Pravda poco tiempo después fué deportado.

Basilea, junio. 1937.

Después de algunas tentativas infructuosas alguien me aconsejó:

—Busque usted entre los viejos emigrados. ¿Dónde quiere usted que los nuevos se encuentren, sino a la vera de los que los precedieron en el destierro?

Según el comisario de la Sociedad de las Naciones los viejos emigrados rusos son 1.160,000 esparcidos en el mundo. En realidad su número es mucho mayor. En Francia solo hay, cuando menos, de 800 a 900 mil, y en el extremo oriente más de medio millón.

Es gente que se adapta a todos los trabajos.

En París viejos generales hacen de choferes, abogados, porteros de cabarets y viejas duquesas cocineras y recamareras perfectas. "**Tovarisc**" de Jacque

Deval no es una comedia de pura fantasía. Muchos emigrados rusos viven una vida mucho más dura que los personajes de Deval.

UNO QUE SABE LA VERDAD

¿Creen estos emigrados en la caída del Bolshevismo?

Sí, pero al mismo tiempo no se hacen la ilusión de que pronto terminará su destierro.

Reunidos en asociaciones, más que en propaganda política, hacen una labor de asistencia mutua.

En París estas asociaciones son cuatro o cinco.

Pasé de una a otra y me dijeron:

—Vaya usted a Ginebra y busque a Boris Wartanoff.

En Ginebra lo encontré. Se crió en Suiza a donde llegó muy chico al principio de la revolución rusa. A los 22 años decidió volver a su país.

Poco después de su llegada a Moscú, desesperado, decidió abandonar lo más pronto posible esa patria recuperada. Pero, ciudadano soviético, no podía ya alejarse del país: no tuvo más remedio que expatriarse clandestinamente.

Lo alcanzaron en Batum. La ley del 8 de junio de 1934 no existía todavía y pudo salvarse con 6 meses de prisión.

Cuando estuvo en libertad huyó otra vez.

Sobre esta hazaña del hijo pródigo que retorna a su patria, Boris Wartanoff escribió **"Un ruso vuelve a encontrar su propio país"**. En la portada escribió el célebre verso dantesco **"lasciate ogni speranza, o voi ch' entrate"** que es la síntesis de todo el libro.

—Verdaderamente—me dice el autor—al principio quise que mi libro llevase por título **"El Infierno Rojo"**, después cambié de idea.

—Este título ¿le pareció a usted demasiado exajerado?

—No, me pareció incompleto y quizá inexacto. En la literatura, en los periódicos y en las películas se emplea con demasiada frecuencia la palabra **infierno**. Así tenemos el infierno blanco: la banquisa, el infierno amarillo: el desierto, el infierno verde: la floresta virgen.

En todos esos casos la palabra infierno sirve tan solo para indicar la fría e inexorable hostilidad de la naturaleza. En Rusia son los hombres los que son hostiles y crueles. Me equivoco: sólo algunos hombres y entre ellos, Stalin.

—Háblame usted, amigo mío, de lo que vió al llegar.

Boris Wartanoff levantó los hombros: no quiere hablar. Honradamente me advierte:

—Todo lo que yo ví allá no puede interesar a usted ni a sus lectores. Han pasado ya demasiados años: tres. Y en estos tres últimos años las cosas rusas han cambiado mucho...

—¿Mejoraron o empeoraron?

—Ud. bromea: empeoraron, amigo mío.

¡POR FIN, UNA CAMA!

De Ginebra vine a Basilea y aquí la asociación local de emigrados me advierte:

—¡Es usted muy afortunado! Llegó uno de los nuestros hace pocos días. Llegó de Alemania; parece que se expatrió pasando la frontera ruso-finlandesa por el lado de Viborg.

—Y ¿dónde se encuentra actualmente?

—En el hospicio de mendigos. Nosotros no somos ricos, no hemos podido encontrarle trabajo desde luego. Por el momento debe adaptarse...

En el hospicio de mendicidad el recién llegado se encuentra muy bien.

—Venga usted a ver el dormitorio.

Subo y encuentro una sala alta, larga y blanqueada. Dos anchas ventanas dan sobre un hermoso paisaje en el fondo del cual corre el Rhin.

—¡Mire Ud. qué camas!

Frente a las ventanas hay veinte camas chicas, camas de hierro con pequeñas mesitas al lado.

—¡Son verdaderas camas con colchón de lana y sábanas!—clama con entusiasmo el emigrado, y como si la cosa le pareciera increíble—¡con sábanas blancas!

—Es natural.

—Natural para Ud., no para mí, que llego de Rusia.

Se detiene un instante, menea la cabeza y continúa:

—¡Ah! ¡si todos en Rusia tuvieran un lecho como éste y sábanas blancas como estas!

—¡Sería suficiente lavarlas!

—¡Es fácil decir lavarlas! ¿lavarlas y con qué? Con agua y jabón, Ud. dirá. Hay agua: pero ¿y el jabón? El jabón en Rusia es más precioso que el oro.

Se pone de pie otra vez y siempre meneando la cabeza:

—Mi querido señor: ¡Ud. no puede imaginarse cuál es la tragedia de la falta de jabón!

Después, indicando el dormitorio, sus paredes cándidas, sus anchas ventanas:

—¡Y si los dormitorios comunes fueran todos como este hopicio de mendicidad!

Lo miro irónicamente. El me contesta:

—¿No sabe usted que el 25% de la población y el 30% cuando menos de los obreros viven en barracas comunes?

—No lo sé.

—Bien. Puede usted informarse en el **Pravda** del 24 de noviembre...

PEDAZOS DE PERIODICOS

Saca de sus bolsillos un pedazo de periódico y lee: "... **En Gorki, el 44.5% de los obreros de nuestra**

fábrica de autos, es decir, 10,146 obreros, viven en barracas. En el invierno el agua se hiela y en el verano hormiguean las chinches. Como no hay gabinetes W. C., el aire es permanentemente viciado..."

—¡Los obreros de Gorki constituirán una excepción!

—Ni por pienso.

Saca otro fragmento de periódico. Es del **Troud**, periódico sindicalista que escribe desde Istomkinski: "...**más de 3,300 obreros viven, desde hace tres años, en barracas hechas provisionalmente, mientras se construyen las gigantescas oficinas. Estos obreros son muy afortunados. Otros 2,000 viven en viejas isbas del campo a más de 6 verste de la oficina y más de 12,000 a más de 8. Así que cada día entre ida y vuelta deben hacer muchas horas de camino a pié ya que faltan medios de transporte.**

Esta vez soy yo el que menea la cabeza:

—Es muy extraño: con la severidad que parece existir en Rusia ¿cómo han podido el **Pravda** y el **Troud** escribir estas cosas?

—Es verdad, pero los directores de esos periódicos acabaron en las minas... Radek y Pristenko...

—A pesar de todo—añadí—he visto fotografías de casas modelo.

—Puede ser.

—No querrá usted hacerme creer que sirven sólo de propaganda. Deben alojar a alguien...

—Sí. Alojan a "**los grandes especialistas**" a "**los grandes responsables**" y a algunos obreros con fines de propaganda.

—Pero, y las viejas casas de Moscú, Leningrado, Odessa, Kiew...

Levanta las manos al cielo con un acto de desesperación:

—¡Por caridad, no me hable usted de esas viejas casas!

No pierdo el ánimo:

—Verdaderamente desearía que usted me hablara de esas viejas casas y de la cuestión de los alojamientos en general. Me parece que usted conoce muy bien la materia.

—Ya lo creo: como que yo fuí por seis años vicecabo y por un mes cabo de la oficina técnico-constructora urbana de Leningrado.

UNA FAMILIA DE OBREROS

El ex jefe de la oficina técnico-urbana de Leningrado se llama Isidoro Piulka. Mi interlocutor se calma y me explica:

—No sé si digo a usted cosas nuevas. De todos modos es notorio que al iniciarse la revolución, los inquilinos se proclamaron dueños de los edificios.

En cada edificio se constituyó una cooperativa "**el giltropp**" con un reglamento interior y con un **soviet** para la equitativa repartición de los locales.

Después, a raíz de la inmigración de los hombres del campo, los viejos inquilinos debieron aglomerarse.

El área para cada familia se estableció con precisión y para economizar espacio se estableció la cocina en común. El **soviet** local fué absorbido por el **Soviet Central de alojamientos** con un jefe responsable, el cual, poco a poco, se convirtió en el patrón absoluto de las reparticiones.

En los primeros tiempos del **primer plan quinquenal** los inquilinos debieron ceder parte de sus viviendas para dar cabida a los obreros necesarios a la realización del plan. Acabado el primer plan y al empezarse el segundo se impuso una tercera disminución de local...

—Actualmente ¿qué área corresponde a cada familia?

—¿Habla usted de una familia de "**responsables**" o de una sencilla familia de obreros?

—De una sencilla familia.

—Bien; cuando no vive en una barraca común una familia obrera compuesta de dos personas vive en una pieza de 8 a 10 metros cuadrados; una familia de 5 personas en una o dos piezas de 20 metros cuadrados. Es poco ¿verdad?

—¿Poco?, nada,—contesto yo y en tono festivo añado: —y puesto que a la nada corresponde nada, pienso que también el precio de alquiler debe ser nulo.

Isidro Piulka da una carcajada histérica y dice:

—Está usted en un error; el alquiler lo pagan todos y nunca es inferior al 10% del salario que perciben.

—Pero ¿a quién se le da si la casa es común?

Me hiela con su risa ronca, y:

—Oficialmente sirve para los trabajos de reparación: En realidad esos trabajos se transfieren de un año para otro y nunca se realizan.

Me quedé con la boca abierta.

—No invento: como ex cabo de la oficina técnico urbana puedo dar cifras. Desde hace varios años la tubería del agua de la casa donde yo vivía se quebró por el hielo y nadie la repuso.

SI ALGO QUEDA...

—¿Qué hace, pues, la oficina técnico-urbana?

—Construye casas modelo, repara los palacios gubernamentales y las mansiones de los grandes responsables. Los alquileres sirven para eso.

—¿Sólo para eso?

—¡Dios mío!, si algo queda...

—¿Acaba en los bolsillos de los responsables?

—No, aparentemente, o por lo menos se dice que sirve para la propaganda. Un día mi director pidió dinero para las reparaciones de un pozo negro que perjudicaba el cuartel ¿y sabe usted lo que le sucedió?

—Se lo rehusaron.

—Lo pusieron preso por descuido y por sabotaje. Los habitantes del lugar habían protestado y como siempre hay que buscar un chivo expiatorio tomaron esa ocasión. Yo...

—¿Usted ocupó su lugar?

—Exactamente y reparé el pozo. Pero acabado el trabajo el responsable de los alojamientos vino a mi oficina gritando: "fué una reparación inútil y costosa, ¡600 rublos! tú los pagarás de tu sueldo". Yo sabía que había cumplido con mi deber y contesté: "mi sueldo, querido compañero, tú no lo puedes tocar."

Y al fin del mes mi alquiler subió de 40 a 100 rublos. Protesté y al día siguiente me echaron a la calle por **"incomprensión de mis deberes cívicos"**.

El ex jefe de la oficina técnico-urbana se frota las manos nerviosamente y añade entre dientes:

—Y entonces decidí huir...

—No me parece—observé—que eso haya podido constituir un motivo tan grave para correr los riesgos de una expatriación clandestina.

—Evidentemente, mi querido señor; no sabe usted o no recuerda: primero: quien es dado de baja por incomprensión de sus deberes cívicos no encuentra ya alojamiento, ya que esta sanción puede volverse en la más grave que es de contrarrevolución o de **trotzkismo**; segundo: en el invierno, en Lenin-

grado, el frío baja a más de 30 grados bajo cero. A mi edad, sin casa y sin trabajo ¿cómo habría podido resistir? ¿encontrar albergue entre conocidos? ¿y quién se atrevería a alojar a un sospechoso? Asi pues, una de dos: o m orir de frío o de un balazo al tratar de huir. ¡He escogido la segunda solución y he escogido bien!

IV

¿Por qué los Emigrados del Infierno Rojo son tan Escasos?

En 1935, un marinero trató de evadirse de su nave; fué fusilado. Dos de sus compañeros fueron condenados a 10 años de trabajos forzados por no haberlo denunciado: sus padres y tres hermanos fueron deportados a Siberia por **complicidad posible aun cuando pasiva e inconscientemente.**

Marsella, junio. 1937

—¿Cómo se llama usted?

El interpelado lanza una mirada estúpida y calla. Es un joven de 30 años, alto y sólido: cabellos rubios a medio rasurar cubren un cráneo bajo y un poco irregular: los pómulos bien delineados comprueban que en sus venas corre algo de sangre tártara o mongola.

Hace poco los agentes de policía lo recogieron en un callejón del puerto de Marsella; parecía estar muy cansado.

—¿Cómo se llama usted?—insiste el comisario, uno de aquellos clásicos funcionarios franceses, de gran bigote, voz dura, pero de ojos y corazón buenos.

AZUCAR, CIGARRILLOS

La pregunta no tiene contestación. ¿Será acaso un amnésico, o más bien un extranjero que no comprende el francés?

Quedan sin contestación las preguntas que se le hacen en inglés, alemás, ya que una cabeza así no puede ser de latino; ¿de qué país será? no puede ser chino ni negro.

Una pequeña carta de Europa está colgada en la pared; el comisario la indica al desconocido.

Ese titubea al principio, después pone un dedo sobre la parte oriental de Europa.

—¡Vamos!,—exclama el comisario con asombro. —es un ruso, un bolshevique.

Y como si ese descubrimiento pudiera obrar el milagro de la unificación de las lenguas, pregunta:

—¿Cómo se está en Rusia, **mon vieux?**

Y al no obtener contestación, llamó por teléfono a un intérprete. Entre tanto hizo sentar al ciudadano soviético y, con un gesto universalmente conocido, con la mano, le preguntó si tenía hambre.

—¡Ta, ya, yes, oui!

Se le trajo una taza de café con leche, pan, queso y terrones de azúcar.

Indicando estos últimos el ruso exclamó:

—**¡Confetti!**

—Y qué—observó el funcionario—¿quiere usted también confetti?

No, Confetti en ruso significa azúcar. Es que el ciudadano soviético se admiró de que le diesen azúcar ya que en Rusia el azúcar es una de las substancias más preciosas.

Con satisfacción bebió su café con leche, comió el pan y el queso y después bebió más café con leche.

Sonríe. También el comisario sonríe y le ofrece un cigarrillo.

—¡**Papirosi!**

En ruso **papirosi** es cigarrillo. Pero por el modo de hablar y el gesto indica su asombro al ver que un funcionario le ofrece un **papirosi**.

DIECIOCHO HORAS DIARIAS

Al fin llega el intérprete. Yo estoy con él.

En Francia, desde el año de 1920, ese intérprete es el secretario de la asociación de emigrados rusos.

—Vamos, vamos, venga usted conmigo; el comisario no tendrá inconveniente en dejarle asistir al interrogatorio.

Y efectivamente, el comisario, el de los grandes bigotes y ojos buenos, después de refunfuñar consiente.

—¿Cómo se llama usted?

—Krilenko, Stephan Vassilieovic Krilengo, nacido en Odessa en 1906, de profesión marinero.

Mientras el comisario escribe, el hombre habla apresuradamente al intérprete.

—¿Qué dice?

—Dice que es un maldito y un infame.

A estas palabras el comisario se enoja.

—¿Un infame?... ¿Qué hizo? ¿Mató a alguien?

—No.

—¿Hirió a alguien?

—Tampoco.

—Y bien, ¿entonces?

—Dice que después de haber desembarcado del piroscafo **Rosa Luxembourg** ya no quiso volver a bordo y el buque se fué sin él...

El funcionario suspira. Pero desconfía y no comprendiendo la gravedad del caso mira al marinero de la cabeza a los pies.

—Diga su historia.

Y a través del intérprete, Stephan Vassilieovic Krilenko cuenta:

—Después de dos años de navegación en el **Rosa Luxembourg** era la primera vez que me permitían bajar a tierra en un puerto extranjero. Se trataba de otorgarme un premio por haber estado en máquina 18 horas diarias.

—¿Cómo?, en Rusia ¿no se aplican las 40 horas?

—No.

—Así es que bajaste a tierra ¿solo?

—¡Oh, no!, con seis compañeros y el agente.

—¿Qué agente?

—El agente de la G .P. U. encargado de vigilarnos y acompañarnos a bordo.

OTRA SORPRESA

El comisario no puede sofocar una exclamación:

—Continúa.

—Después de pasear por los muelles, pasamos por calles muy angostas y otras muy anchas y en todas vimos restaurantes con gente que comía, y escaparates llenos de golosinas...

El hombre hace una pausa y después vuelve a hablar al intérprete.

—¿Qué dice?

—Dice que se asombró al ver tantas tiendas y tantas mercancías...

—¿En su país las tiendas están vacías?

—Propiamente vacías no, puesto que si no hay otra cosa hay folletos de propaganda.

—¿Y son suficientes para vivir los folletos de propaganda?

A esa pregunta que los franceses dirían "**saugreneuse**" el marinero contesta con seriedad que no.

—Pregúntele usted qué es lo que más le sorprendió en Francia.

—La gente que comía lo que quería y el pan blanco.

—¿No tienen en Rusia pan blanco?

—Sí, pero es sólo para los **responsables**, los propagandistas, los funcionarios de la G. P. U. y para las mujeres de los unos y de los otros...

—¡Bah! ¡Bah!—exclamó el funcionario:
¡Ca c'est de la politique!
Y para volver a su interrogatorio:
—Así pues, ¿por todo eso usted decidió a quedarse en tierra?
—Así es. La idea me vino de golpe. Atravesando una calle, un gran camión me separó de mis compañeros, tres autos que vinieron en sentido opuesto me impidieron avanzar. Un tranvía después...
—Sea usted breve.
—Vi una pequeña puerta a mi derecha: la observé un minuto... y eso fué suficiente para que me viniese la tentación... Las cosas vistas me habían subyugado. Me dijeron siempre que en los países capitalistas se vivía peor que entre nosotros... ¡al contrario!... Así, pues, entré por aquella puerta, atravesé un patio y me salí por otra puerta a otra calle.
Vino la noche; la aproveché para salirme de la ciudad, subir un cerrito y esconderme en un bosque. Tenía miedo...
—¡Miedo de qué?—interrumpió el comisario que no entendía la gravedad del acto del marinero ruso.

LO QUE SUCEDERA

—De la ronda que, seguramente organizada por el comandante del buque, trataría de encontrarme y devolverme.

—Algunos días de **tole** (prisión) nunca hacen mal, —observó el comisario que seguía sin comprender.
El intérprete explica al marinero que la **tole** es la prisión del cuartel. Pero el marinero hace gestos de negación con la mano y habla apresuradamente.
—¿Qué dice?
—Que un hecho como el suyo en Rusia se castiga con la muerte.
—¡Imposible!
Pero el intérprete sigue:
—Me cita una ley muy precisa tocante al caso. En 1935 un marinero, cierto Kavolenko, que había tratado de escaparse fué fusilado; dos de sus compañeros, Putkine y Karlov, condenados a 10 años de trabajos forzados; sus padres y tres hermanos deportados a Siberia por "**complicidad posible aunque pasiva e inconsciente**".
Ahora empieza a comprender el comisario y con voz lenta pregunta:
—¿A quién dejó usted en Rusia?
—A mi padre y a mi madre... por eso soy un infame y un maldito.
Stephan Vassilieovic calla: se pasa una mano por la frente, ¿quiere quitarse el sudor o alejar una sombra?
Sólo después de largo rato sigue:
—Mi padre tiene 68 años y mi madre 65...
No puede continuar: no llora, parece que su lengua está trabada. Balbucea y con fatiga el intérprete puede traducir:

—A esa edad mandarlos a Siberia quiere decir condenarlo a muerte.

—Vuelva, pues, usted a Rusia aprovechando el primer buque de paso...

—Me fusilarían lo mismo y a mis padres los deportarían de todos modos.

—Busque algunas excusas... no sé...

—No admiten excusas.

—Yo podría hacerle un certificado... de una enfermedad súbita, un accidente callejero...

—No sería suficiente. Desde 1935 no han podido alcanzar a ninguno de los que se escapan... y las evasiones que se realizan con éxito son contagiosas... Necesitan ejemplos...

—¿Y entonces?

Stephan Vassilieovic Krilenko levanta las manos y dice:

—¡Nicevo!

Es la palabra de la resignación, la contestación de los desesperados, de los malditos. ¡Y al oírla, en aquella pieza desnuda, en la boca de ese marinero torpe me parece el grito de todo el pueblo, ruso como la voz de la fatalidad!

V

El Escarnio de las Siete Horas

"Udernik" es en Rusia el obrero modelo; pero para llegar a obrero modelo no es suficiente trabajar velozmente; se deben frecuentar todas las reuniones, aprobar con entusiasmo todas las disposiciones y, sobre todo, ser espía.

Istambul, julio, 1937.

—Llegué a ser un elefante y cuando uno llega a serlo todo se acaba.

El prófugo ruso que me habla es un hombre seco como una algorroba. Se llama Katia Molakov y trabajaba en los astilleros navales de Nicolaiev en la desembocadura del río Ingul sobre el mar Negro. Ni él sabe cómo pudo escaparse. Vagabundeaba por el puerto en el momento en que un buque de carga inglés quitaba las amarras. Pudo treparse a bordo y quedarse escondido hasta que los agentes de la G. P. P., que suben a bordo de todas las naves extranjeras, se alejaron en su embarcación fuera ya de las aguas territoriales. Cuando lo descubrieron, el capitán con severidad le informó:

EL LATIGAZO DE STALIN

—Os desembarcaré en Istambul.

—¡Por vida suya, no en Istambul!

Katia Molakov sabe que en virtud de un tratado entre Rusia y Turquía, ésta devuelve todo ciudadano soviético que se expatríe clandestinamente.

Como buen inglés el capitán fué inflexible.

Al desgraciado no le quedó otro remedio sino echarse a la mar antes que el buque atracara en Istambul.

Afortunadamente topó con gente más humana que la ley del capitán inglés. Acogido y ayudado en una casa en la periferia de la vieja capital bizantina, allí puedo hablarle.

Para llegar a verle el camino no fué sencillo ni fácil.

Llegué a Istambul sin conocer el terrible tratado ruso-turco, hice inútilmente varios viajes de Scutari a Pera buscando a los individuos que me interesaban.

Por fin, en un café de Pera, un paisano mío me presentó a un viejo emigrado ruso; le informé de mi deseo: el hombre se acarició la barba y me dijo sencillamente:

—Venid esta tarde, trataré de ayudaros.

Me ayudó realmente. Al anochecer lo ví, subimos en un taxi y pasando por unas callejuelas mal alum-

bradas llegamos a una casa obscura y dormida. Llamó, dió su nombre: en el segundo piso se alumbró una estancia. Después de algunos minutos me encontré frente al hombre enjuto como una algorroba.

Sin perder tiempo en inútiles ceremonias me contó su huída y los motivos que la provocaron.

—Huí porque había llegado a ser elefante... elefante no desde el punto de vista físico, usted lo puede ver. Elefante desde el punto de vista ¿cómo diría?, profesional... Desde hacia dos semanas no podía llegar a la cuota...

—¿Qué cuota?

—La cuota del trabajo, aquella que los obreros rusos llaman **"el latigazo de Stalin"**.

—No entiendo.

DE "TORTUGA" A "ELEFANTE"

—Os explicaré en seguida. Sabrá usted que desde que Stalin estableció el régimen de los **"planes quinquenales"** la actividad de cada rama de la industria, de cada oficina, sección o reparto y por ende de cada obrero, fué reglamentada, fijada, calculada científicamente. Para que todo proceda y sea hecho en el tiempo establecido, es necesario que cada obrero realice la cuota de trabajo establecido: debe hacerla cueste lo que cueste...

—¿Hasta el agotamiento? ¿Y si no se puede?

—El látigo empieza a chasquear... metafísicamente desde luego. Tomemos mi caso.

La primera vez mi nombre se escribió sobre el pizarrón negro que está a la entrada de la oficina y fué pregonado a cada hora por medio de los micrófonos.

La segunda vez mi nombre apareció bajo las efigies de marmotas, caracoles y tortugas mientras a cada media hora el micrófono pregonaba: **"el compañero Katia Molakov es una marmota, es un caracol, es una tortuga"**.

La tercera vez ya llegué a elefante y los micrófonos lo gritaron cada cuarto de hora. Para que yo lo oyera mejor me pusieron el micrófono a una distancia de pocos metros.

El chasquido del látigo me sonaba en los oídos, en el cerebro, por la columna vertebral, por los brazos, las piernas, como una corriente eléctrica que me oprimía y que en lugar de ayudarme en el ritmo de mi trabajo me dejaba un deseo loco de golpear las máquinas y quebrar las cabezas de **"los responsables"**.

Eso explica por qué todo acaba para un individuo cuando llega a elefante.

Cuando menos el látigo de Stalin nos lleva al cese. Ser despedido en Rusia es peor que recibir veinte latigazos diarios bajo la planta de los pies. Ya que una vez despedidos...

HORAS Y SALARIOS

—Ya me lo dijeron: quitan el contrato de trabajo y sin éste... Más bien explíqueme usted por qué llegó a marmota, caracol, tortuga y elefante...

—No por mala voluntad, créamelo usted: trabajaba en el torno y las puntas y contrapuntas se quebraban a lo menos dos veces al día...

—Circunstancia atenuante, me parece.

—Y efectivamente consideraron estas circunstancias atenuantes: si no, me habrían fusilado por sabotaje!

El obrero me contesta seriamente mientras se dirige a la ventana y mira hacia afuera.

Ya había anochecido: hacia el Bósforo las estrellas brillaban sobre las cimas de los cipreses que se perfilaban como cirios funerarios.

El coloquio se reanudó después de una pausa.

—¿Y los obreros que llegan a cumplir la cuota?

—Le llaman galgos, ciervos, corceles.

—Si no me equivoco, estos obreros se llaman **"Udernik"**...

—No, **"udernik"** quiere decir obrero modelo y para llegar a udernik, en Rusia, no es suficiente ser veloz en el trabajo: el obrero debe concurrir a todas las reuniones, comicios, conferencias y aprobar con entusiasmo y, más que otra cosa, servir de espía!

—Me parece que usted exagera!

—Nada de eso. Antes de mi infortunio he sido galgo, ciervo y corcel. He merecido muchas alabanzas, pero nunca suplemento de salario como se da a los **Uderniks**...

—¡Debía usted reclamarlos!

—Lo hice ¿y qué me contestaron? "Querido Katia Molakov, en seis años que tú estás aquí nunca denunciaste a un compañero. Y nosotros sabemos que no todos están satisfechos, que muchos se quejan..."

Se calla otra vez y mira otra vez por la ventana. Una gran luna amarilla sube lentamente del mar Negro, y se esfuman una a una las estrellas sobre los cipreses.

Soy yo el que reanuda la conversación.

—Sea como sea ¿cuántas horas se trabaja?

—Siete horas.

—¿Y cuántos días en la semana?

—Cinco. Desde 1932 los días de descanso son el 6, el 12, el 18, el 24 y el 30 de cada mes.

—Así pues, si no me equivoco hay 60 días de descanso al año y no 52...

—Sí, oficialmente, y sobre el papel impreso, ya que desde el momento que se inició el movimiento **"Stakhanovista"**...

EL STAKHANOVISMO

—¿El movimiento **"Stakhanovista"**?

—Habrá usted oído hablar de ésto; pero, me imagino, en forma vaga y confusa. Bien, le daré a usted los detalles del caso.

Surgió a mediados del año de 1935. El plan quinquenal se había retrasado y la producción no alcanzaba las cuotas fijadas.

"Los grandes responsables" no encontraron otra solución y aumentaron las horas de trabajo.

Pero, aumentando las horas de trabajo el Gobierno Soviético "perdería su prestancia" frente al proletariado de todo el mundo. ¿Qué hacer? **"El que busca encuentra"**, afirma el dicho popular. Y los grandes responsables" encontraron que si obligaban a los obreros mismos a proporcionar **espontáneamente** horas suplementarias de trabajo esta sería la solución ideal. ¿Pero cómo? Sencillamente estimulando las energías y poniendo en juego la emulación.

En resumidas cuentas, había que vencer y obligar **por las buenas o por las malas**, esto no tiene importancia, a que se hiciera un buen papel en el extranjero ¡para la propaganda!

Sucedió que el obrero **Stakhanov, de las minas del Donbass**, un día de septiembre juró hacer caer 100 toneladas de carbón en sus horas de trabajo: y mantuvo su dicho.

Los periódicos estallaron en coros de alabanzas.

Una semana después ese **tour de force** fué superado por Savcenko de Enakievo que tumbó 150 toneladas.

Stakhanov no se dió por vencido y tumbó 155 toneladas y después 225.

Surge el minero Nikita Ozatov que tumbó más de 250 toneladas.

La competencia se establece así entre mina y mina y se comunica a los otros ramos de la producción: en las fábricas, en los astilleros, en los kolkhozes (establecimientos estatales) y entre toda clase de obreros: albañiles, ordeñadores...

La ordeñadora María Duncenko del Kolkhoz de Starassalié ordeñó 12 vacas en una hora con un promedio de 15 litros por cada una y fué condecorada con la estrella de Lenin.

LO DEMAS, GRATIS

—Así que, sigue Katia Molakov, desde que surgió el "movimiento Stakhanovista" cada director de fábrica por emulación o por interés quiere realizar la cuota de su hacienda antes del término y aún superar a los colegas de la oficina cercana. Junta pues el Soviet Sindical, invita al representante del Soviet local, redacta una orden del día, la hace votar por los obreros y la manda a Stalin...

—¿Y qué dice esa orden del día?

—Que "los obreros de la oficina Putilov o Elektrozavod ofrecen al compañero José Vissarianovic Stalin su tiempo de descanso, trabajando una, dos, tres horas suplementarias y si es necesario también el día de descanso..."

—¿Y la votan todos.

—La unanimidad es siempre de rigor.

—Naturalmente, ¿el trabajo es bien retribuído?

—¡Retribuído! La orden del día lo dice muy claro: "ofrecen" y cuando se ofrece...

—¡Ninguno reclama!

—Con los pelotones del G. P. U. siempre listos y las balas a 6 kopegs ¡se atrevería usted a reclamar algo!

VI

Salarios: de 80 a 10,000 Rublos

La diferencia que existe entre "los pequeños" y "los grandes" es mucha: pero en compensación a "los grandes" se les fusila más fácilmente. Después las contribuciones y los famosos préstamos...

Bucarest, julio de 1937.

Debía salir para Bucarest y llegar a la frontera ruso-rumana, donde a pesar de las matanzas, las evasiones a través del Dniester continúan sin descanso. Más, quise volver una vez más, e hice bien, al café-pastelería de la gran calle de Pera adonde continúa la vieja poesía oriental de la gritería de los vendedores ambulantes, el ronco parlotear de los ociosos, las invitaciones petulantes de los tenderos y los ofrecimientos discretos de mujeres hermosas.

FANTASMAS DEL TIEMPO CZARISTA

El café-pastelería es como un oasis tranquilo. Yo lo visitaba, no por su café o por sus pasteles, sólo porque el patrón era ruso, el público ruso y rusas

las meseras que llevan la cruz ortodoxa en el pecho y una gran nostalgia en los ojos.

Un gran retrato de Nicolás II cuelga en una pared y en un ángulo una pequeña llama ilumina una icona dorada.

Sabía yo que todos los desterrados rusos de Istambul se reunían allí: los viejos, pero ¿y los nuevos? Quizá alguna vez los encontraría.

Y volvía allí una y otra vez con el obscuro presentimiento que siempre guía a quien tiene una misión que cumplir.

Cada vez saboreaba como perfume delicado el encanto un poco nostálgico del lugar y para matar el tiempo me divertía en forjar historias de nobles existencias en torno de cada cliente y de cada mesera.

Así, la camarera de andar altivo y grandes ojos violetas era la hija de la princesa Olga, salvada por el viejo cochero fiel; aquella otra, de falda corta y el corpiño multicolor, la sobrina de la gran duquesa Tatiana, venida de la frontera sobre el fogoso caballo de un cosaco del Don; mientras esta otra, más anciana, de sonrisa esquiva y de ojos extraños, no podía ser más que la condesa Miviza que en los bailes de la Corte solía encender violentas pasiones, pasiones que apagaba con una sonrisa sardónica. El señor de barba cuadrada y de porte austero no podía ser más que el gran duque Cirilo. Me quedaban algunas dudas sobre aquel señor de 40 a 42 años,

de cabellos bien alisados: ¿Sería un príncipe? ¿un conde o un oficial de la guardia?

El enigma me lo aclaró el mismo interesado:

—Yo era, me dice en pésimo alemán, un pequeño "especialista" en la refinería No. 2 de Batum...

CUANTO SE RECIBE...

Empezamos a hablar por casualidad y no me habló con sinceridad sino cuando supo que yo era periodista.

—Me llamo Elia Potianki, añadió, y huí hace dos meses por la frontera turca, cerca de Ikdir, en la región del Monte Ararat.

—¿Y los turcos no le aplicaron la extradición?,—le pregunté, ya yo sabía que Turquía devuelve a Rusia los emigrados clandestinos.

—Me salvé por medio de mis escasas nociones de alemán. Cuando los guardias turcos me arrestaron, empecé a contestar en alemán. A sus preguntas en ruso: silencio. Después encontré un cónsul muy humano... ¡Y aquí me tiene!

—¿Y qué hace usted?

—El vendedor de cacahuates.

—¿Y cuánto gana usted?

—Depende: hay días afortunados y otros aciagos Pero gano siempre más que en mi país... Como usted ve, yo puedo venir todos los días a beber una

taza de té con azúcar y comer pastelitos exquisitos En Rusia, ni por pienso...

—¿Por qué?

—Porque el azúcar y los pastelitos son una quimera. Y cuando la quimera se vuelve realidad, el salario...

Le interrumpo y le pregunto:

—¿Cómo son los salarios en Rusia

—Es difícil establecerlo con precisión. Hay muchas categorías de salarios y en cada categoría graduaciones...

Y Elia Potianki, como algunos días antes Katia Molakof, me habló de obreros tortugas y elefantes, de obreros galgos y corceles, de obreros "Udarniks" y "Stakhanovistas".

... Y CUANDO SE PAGA

—Cada categoría tiene su salario. Después viene la clasificación de los chicos, los medianos y los grandes empleados; los chicos, medianos y grandes **especialistas**; los chicos, medios y grandes **responsables.**

En resumen ,en 1937 la escala del salario de los pequeños obreros varía de 80 a 300 rublos al mes, la de los medianos de 200 a 600; y la de los grandes de 1,000 a 10,000 y más...

—¡Caramba!, observé. En un país de tendencias comunistas, como quiere ser Rusia, esta diferencia entre chicos y grandes es demasiada!

—En compensación a "los grandes" se les fusila más fácilmente, me contesta Elia Potianki.

No objeté más y dejé continuar.

—El promedio del salario de un "Udarnik" y de un chico no llega nunca a 200 rublos, aún con los últimos aumentos.

—¡Oh! ¿tuvieron ustedes aumentos?

—Sí, del 10% al principio de 1937. Mas en compensación el pan de centeno negro, que en 1934 valía 50 centavos de rublo, vale ahora 90: casi el doble.

Toda la vida ha aumentado en proporción y las contribuciones también.

—¿Contribuciones?

—La contribución sobre los sueldos subió del 3 al 4% y así también la del plan quinquenal y la otra para cooperativas. No varió la del 2% para las obras sociales, las del 2% para los Sindicatos y también la del 2% para la difusión de la cultura popular, del arte, del teatro, etc., etc.... y el 2% para la subscripción a los periódicos oficiales. Para subscripción a los préstamos estatales el 10%.

—Si uno no quiere dejará de subscribirse a esos préstamos y también a los periódicos.

—¡Imposible! La subscripción mínima del 10% del salario y el abono a los periódicos se detienen a fin de semana sin pedir ni siquiera el permiso al interesado...

—¡Puede uno protestar!

—El ciudadano que protesta **"es institución de países capitalistas"**.

—Comprendo: pero hagamos la cuenta: el 10% para préstamos, el 2% para periódicos...

—La cuenta de las contribuciones me la sé de memoria: es el 28% para quien no tiene hijos...

—Quien no tiene hijos pagará menos.

—¡Menos!, quien tiene hijos y quiere mandarlos a la escuela debe pagar 5 rublos al mes por cada hijo...

—He leído, no recuerdo donde, que la instrucción es gratuita...

—Seguramente, pero esos 5 rublos no son para el pago de la enseñanza, son para los libros...

—... que al finalizar el año se pueden vender...

—¡Ni pensarlo! Al fin del año los libros quedan como propiedad "social" de la escuela y sirven para pasarlos a otros escolares que pagarán a su vez sus 5 rublos.

—Esto no lo sabía yo.

Y me quedé mirando a Elia Potianki con tamaños ojos.

CUANDO FALTA EL PAN

—Yo creo,—sigue impasible,—que ahora le interesa a usted saber cómo puede vivir el obrero so-

viético con lo que le queda de salario.. Con una sola palabra: como pueda.

Es mejor que me explique.

Hasta el año de 1935, con lo que quedaba de salarios y con la tarjeta del pan, las compras se hacían sólo en las tiendas cooperativas, distribuidoras o tiendas de su categoría: y los diversos tipos de tiendas eran infinitos.

Al terminar el año de 1935 con un plumazo Stalín unificó todo: cooperativas, distribuidoras y tiendas: no más víveres racionados, tarjeta de pan y tiendas de categorías. ¡Mercado libre, ventas libres!... Se declaró eso como un triunfo del plan quinquenal.

—¡Y me parece que lo es!

—¿Le parece a usted? En realidad con esa libertad también los precios quedaron libres: el pan negro subió de 0.50 a 0.90 de rublo; el arroz de 4 a 7 rublos; el azúcar de 15 a 25; la carne de 5 a 12; la mantequilla de 12 a 28; las legumbres secas de 3 a 5.50...

—Con la nueva reforma ya no hubo que hacer cola frente a las tiendas...

—Naturalmente, porque sabiendo que no se podían pagar precios tan altos ¿quién quería usted que se molestase en ir a comprar?

—Si se tiene con qué, todavía ahora se puede comprar lo que se desee!

—Con una condición: que lo que se desee exista. Porque hoy falta azúcar, mañana mantequilla y

pasado mañana el té! y a veces esto dura semanas enteras.

—¿Y cuando falta el pan?

—Mandan un propagandista que hace un hermoso discurso.

—¡Un hermoso discurso no quita el hambre!

—Es lo que pensé también yo y tuve la imprudencia de decírselo a uno de esos señores propagandistas.

—"Aquí,—me contestó,—se trabaja para el triunfo de la causa proletaria; no se tolera el sabotaje".

Contesté:

—¿El hambre es sabotaje?

Debe de serlo porque como caso excepcional y por mis buenos servicios se limitaron a echarme de la refinería. ¡Me salvé por milagro!

VII

Los Forzados de las Oficinas

La orden de ese decía: "Especuló con el trabajo de la "Unión de los Soviets".—Pidió únicamente aumento de salario.

Thigina (frontera ruso-rumana)
julio de 1937.

En la antesala del Palacio Municipal a donde fueron conducidos estaban los cinco fugitivos sentados sobre un banco estrecho y corto.

Cuando llegué con el intérprete se levantaron y se inclinaron.

Con la mano los invité a que se sentaran. Me miraron estupefactos y no se movieron.

Rogué al intérprete que los invitara a sentarse.

Los cinco movieron la cabeza, me miraron, miraron al intérprete, pero no se movieron.

—Dígales usted que se los mando.

UNA NOCHE SOBRE EL DNIESTER

Por fin se sientan.

—Pídales usted que me cuenten su historia.

No obtuve contestación.

—... que me digan como se escaparon.

El mismo resultado: se quedaron los cinco impasibles: se dirían autómatas cuyo mecanismo interior se hubiera deteriorado, y parecen viejos, muy viejos.

Comprendo que no envejecieron como los otros hombres. Llevan sobre las espaldas, en los ojos, en sus facciones, en las carnes, algo más que el peso de los años: llevan la congoja de un pasado demasiado reciente.

—Explíqueles usted que yo no soy un funcionario...

Todo inútil, no hablan. ¿Será miedo, temor a la policía o temor supersticioso?

Recuerdo aquella frase de un gitano forzado que después de haberme contado con dos o tres palabras su evasión de la Guayana, me dijo: "no hay que recordar días tristes; si se recuerdan vuelven. Si se recuerdan se llaman otra vez..."

¿O es que su silencio se debe al hecho de que no se pueden convencer que desde luego puedan hablar libremente, expresar libremente sus impresiones, sus juicios, sin miedo a espías o delatores?

—Infórmeles usted que yo soy el corresponsal de un periódico y que desearía conocer sus casos para relatarlos.

Esta vez uno habla.

—¿Qué dice?

—Pregunta a quienes pueden interesar sus historias.

—Contéstele usted que en este mundo hay todavía gente buena que se interesa por aquellos que sufren...

El hombre habla a sus compañeros y después al intérprete.

—Si promete usted no dar sus nombres, hablarán.

—Lo prometo.

Entonces hablan todos a la vez. ¿Su historia? Historia de miseria: ¿su huída? Una pesadilla de la cual todavía no logran salir.

Llegaron a la ribera del Dniester, después de un viaje nocturno lejos de villorrios, de los caminos, de los senderos. Un bosque tapaba el río: la localidad parecía desierta. Avanzaron entre espinas y zarzales: llovía y estaban mojados. El ruido de la lluvia sobre las hojas cubría el de sus pasos. Sobre la orilla del río había masas obscuras: eran los centinelas que sobre sus impermeables verdes llevaban ramas y hierbas para mayor mimetismo. Los cinco esperaron la noche y se echaron al río en el momento en que más fuerte caía la lluvia. La lluvia, terror de los pobres y de los vagabundos, los salvó y ahora los cinco la bendicen.

—Pregúnteles usted por qué se escaparon.

Uno empieza: el más decidido de los cinco.

Tiene una enorme cabeza pelona bajo una cachucha rusa un poco estrecha. Sus ojos son vivos e inteligentes.

—Por mi naturaleza soy muy distraído y de la distracción nacieron todos mis males. Piense usted que en un mes perdí tres veces mis credenciales.

PRIMER CESE

Como su falta no me parece muy grave él me hace una larga explicación que aquí resumo.

En Rusia cada oficina es custodiada militarmente de día y de noche por repartos de la G. P. U., aún durante las horas de trabajo. Así es que a la entrada siempre hay un centinela armado.

—¿Y qué temen?

—El sabotaje.

—¿Existe seriamente ese sabotaje o es una invención de la G. P. U.?

Me contestó otro:

—Ciertamente, por una causa que ninguno entiende la G. P. U. exagera, pero el sabotaje existe. ¿Cómo no existir si existe el mal trato que se da a los obreros? La venganza está en la naturaleza humana y para muchos no hay otro medio de venganza...

El primero continúa:

—A la entrada y a la salida cada obrero debe presentar su credencial con fotografía y huellas digitales, cuyo color cambia cada mes para evitar falsificaciones. Su presentación es de rigor.

Ahora, el 3 de abril yo llegué a la oficina y no encontré ya mi credencial: me apresuré para ir a la ventanilla donde hay todo el material para hacer otra y que se obtiene pagando 3 rublos de multa y 3 rublos por el cartón. Yo ganaba al mes 180 rublos así que perdí un día de salario.

—¡Mucho!

—Peor fué para mí la anotación en mi credencial de trabajo: "3 de abril 20 minutos de retraso".

—Podían haberle dado un certificado provisional para no perder tiempo...

—Hubiera sido lo mismo ya que se pierde mucho tiempo en la búsqueda de informes.

—Por mi mala suerte el 9 de abril se repitió la cosa con la pérdida del pasaporte interior y el 23 de abril con mi carta de trabajo.

—¿Cuántos documentos necesitan?

—Tres, **la credencial, el pasaporte interior y la carta de trabajo.** Rusia es el país de la sospecha y del formalismo.

En total otros **22** y **18** minutos de tiempo perdido. Mi suerte estuvo decidida.

El 13 de abril, a medio día reunión del Comité General. "Sistemáticamente un obrero—empieza el secretario del Soviet-Sindical—comprueba no conocer sus deberes..." y debido a la propuesta del **"Gran responsable"** se pone a votación la orden del día que dice: **"se despide al compañero X... por haber demostrado la incomprensión de sus deberes ya que podría ofuscar con su conducta la lealtad de**

todos sus compañeros hacia la patria comunista y hacia el sol del proletariado, nuestro José Vissarianovic Stalín..."

OTRO EPISODIO

Movido por el recuerdo y el ejemplo, su vecino el segundo, dice:

—La orden del día en que se me despedía decía: "... negoció su trabajo a la Unión Soviética..."

—¿En qué sentido negoció?

—Había pedido dos veces un aumento de salario: no podía vivir con 80 rublos en un rincón que me costaba 12...

—¿Qué rincón?

—Sabrá usted que en Rusia hay crisis de alojamientos. Muy pocos tienen la suerte de alojarse en casas modelo, y no todos en el invierno pueden resistir las barracas. Entonces se pone en los periódicos un anunció: **"Busco un rincón"**. El rincón de una pieza, y se encuentra siempre una familia que, aún limitándose, trate de ganar un pequeño suplemento y un poco de calor...

Aún cuando recuerdo que en Basilea Isidoro Piulka, ex jefe de la oficina técnico-urbana de Leningrado me aseguró que una familia de 2 personas no disponía más que de 8 a 10 metros cuadrados y

una familia de cinco de 18 a 20 metros cuadrados, pienso que es muy difícil limitarse más.

El tercero dice:

—El trabajo es duro, el sueldo miserable, la disciplina severa. Como compensación los discursos abundan.

Los llamados meetings se tienen en la mayoría de los casos en las mismas oficinas y tan luego acaba el trabajo, es decir, hacia las 4 p. m., si no hay horas extraordinarias: la asistencia es casi siempre obligatoria.

En todo caso, mientras dura el meeting, se suprimen todos los medios de transporte; mas esto no impide que muchos se vayan a pie para no oír los discursos de siempre.

Se me enjuició y despidió por "sistemática apatía e incomprensión..."

Ahora habla el cuarto, el más joven.

Tiene un pañuelo alrededor del cuello, una cachucha sobre los ojos rojos y una cara de enfermo.

—Yo era un "simulador"...

—¿Simulador usted?

—Nada de eso. Estoy enfermo de veras: el médico no quiso reconocerce y me quedé en casa lo mismo...

—¿Cuántos días?

—Medio día.

SE PROHIBE ENFERMARSE

Si no me equivoco, sucede en las oficinas rusas lo que sucede en el ejército: el enfermo o quien pretenda estarlo, debe enlistarse y hacer cola en el consultorio.

—Después de haber sido reconocido vuelve a casa con el seguro de socorro que fluctúa de un tercio a salario completo, según la edad y méritos especiales.

Los "Udernik", reconocidos como enfermos, tienen salario completo. Desgraciadamente el reconocimiento no depende siempre de las condiciones físicas del enfermo: muy a menudo depende de la necesidad del **"plan"**, o de la idea política del enfermo o pseudo enfermo.

Quien falta tres veces sin haber sido examinado por el médico o se queda en casa una sola vez es declarado "simulador".

—¿Y tú?, pregunto al último que siempre estuvo callado.

—Me declararon desertor del trabajo...

—¿Qué hicistes?

—Quería cambiar de oficina para estar más cerca de mi casa.

—Un deseo muy lógico.

—Para usted: no para mi "gran responsable"

"Tu salida puede desbaratar el plan..." me dijo. Yo no creía ser un engranaje tan importante y quise insistir. Otra negativa.

—Podías aducir motivos de salud o la de tu familia...

—El médico, antes de decidir consulta siempre al triángulo, es decir, al director de la oficina, al presidente del Soviet Sindical y al secretario de la célula comunista interior.

—Entonces, no sé, podrías indisciplinarte y hacerte despedir.

A estas palabras los cinco exclamaron en coro:

—¡Habría sido un acto de locura!

—Entonces, quedarte sencillamente en casa.

—Es lo que hice: de allí vino la motivación de **"desertor del trabajo"** con todas las consecuencias que una tal frase implica.

—¡Es raro! imaginaba que podía uno quedarse donde estaba, cambiar de oficina o de ciudad si le agradara.

—Usted ciertamente no sabe que si las necesidades del plan lo requieren pueden no sólo cambiarlo de oficina y ciudad, más también de región...

—¡Hay que rehusar!

—Ni pensarlo: se le declara saboteador del plan...

—Al diablo con el plan. Por este plan los obreros rusos deben trabajar como máquinas, con horarios suplementarios sin remuneración; por este plan no se puede cambiar de oficina...

Todas esas condiciones son para condenados a trabajos forzados!

Me contesta uno de los cinco:

—No. Esos condenados no se encuentran en las oficinas: están en Siberia.

Y lo otros aprueban.

Cuando me voy todos se inclinan para saludar.

Así también me saludaron los forzados de las Guayanas.

VIII

Obreros y Técnicos Prensados por El Plan Quinquenal

Se trabaja según un ritmo inhumano: pero a los pocos días el 60% de la maquinaria se para.

Bucarest julio de 1937.

Esta vez puedo entrevistar a un emigrado ruso en el más elegante hotel de Bucarest.

No es ni un obrero ni un empleado pequeño o mediano: es "un gran especialista"; se llama Nicolau Saratov. Dirigió durante un determinado período de tiempo la "**Elektrozavod**", la enorme oficina eléctrica de Moscú, y fué colaborador del trazo de "los planes quinquenales" y del canal del Volga. Llegó a ganar 5,000 rublos al mes: tenía un apartamento de seis piezas con objetos de arte de la época czarista y tapetes de Bukara: seis piezas con un total de 114 metros cuadrados. ¡Y no tenía familia! Como dijimos, las familias obreras de 5 personas se amontonaban en aposentos de 18 a 20 metros cuadrados.

UNA CRISIS DE CONCIENCIA

Y a pesar de esto se fugó. ¿Por qué? Por una crisis de conciencia. Aún cuando no habla mucho sobre su crisis y no generaliza, puedo darme cuenta de que hay muchas de estas crisis de conciencia en Rusia.

Mas el gobierno al considerarlas como expresiones antirrevolucionarias tratan de sofocarlas en sus comienzos.

De todos modos la crisis de Nicolau Saratov nació debido al "plan quinquenal" o, mejor dicho, según lo que él mismo dijo, por los "planes quinquenales".

Nicolau Saratov me habla utilizando frases cortas de gran presición científica.

—¿Qué piensa usted de esos planes?—le pregunté.

—En teoría yo fuí un convencido, pero mientras se desarrollaba el primero, se acababa el segundo y se empezaba el tercero, mis ideas iban lentamente modificándose ante la realidad. Ví que los obreros sometidos al régimen del plan, por la naturaleza de éste, se volvían autómatas, soldados que se empujaban unos a otros en su propia miseria como los anillos de la cadena en la cual trabajaban...

—¿Y entonces?

—Entonces comprendí, que si yo no me iba, todo ésto lo habría gritado muy alto. ¿Y con qué consecuencia? Que el comité de depuración me llamaría y me aplicaría la "sanción comunista suprema."

Puesto que yo no comprendía bien levantó la mirada:

—Artículo 98 item 10: pasado por las armas por labor antirrevolucionaria.

—¡Y por eso huyó usted!

—No huí, corrigió sonriendo, salí de Rusia en misión de estudio oficial y con pasaporte regular...

Y con un tono más irónico:

—¡Un pasaporte que se me concedió por error o por distracción, sin haber consultado mi hoja de servicios! Quien sale para el extranjero, aún sea Embajador o Mariscal, debe dejar alguien que responda por él. ¡Y yo no dejaba a nadie!

Pasó largo rato antes de que Nicolau Saratov me hablara de "los planes quinquenales" y me confesara que quebraron.

—Lo que yo comprobé sobre la suerte de los obreros, me dijo sencillamente, y lo que usted dice haber oído por los obreros evadidos ¿no le parece suficiente para juzgarlos?

—Desde el punto de vista social sí, ¿pero, y desde el técnico? ¡Publicaron cifras impresionantes!

LOS RESULTADOS

Y después explica:

—Desde el comienzo de "los planes quinquenales" los jefes soviéticos fueron presa de cierta obsesión de megalomanía. Más que los americanos tie-

nen ansia, locura de cantidad: la más grande oficina eléctrica del mundo, la más grande fábrica de tractores del mundo, la más alta producción industrial del mundo, el más rápido ritmo de trabajo del mundo... y éste es el punto más débil del plan: la megalomanía de lo grandioso y el "ritmo soviético" impuesto para alcanzarlo.

Corporaciones y obreros consagran sus esfuerzos sólo para poder "acabar" lo que se les impone, sin importarles cómo realizan el trabajo. Bien o mal, pero que la cuota colectiva o personal se obtenga. ¿Qué se saca de ésto? La fábrica de tractores de Stalingrad produce 420 carros al día, la de automóviles Gorki 1.200, la de aeroplanos 120.

Mas, el 60% de los tractores después de pocos días se para; los aeroplanos deben de ser revisados antes de 100 horas de vuelo y los automóviles después de 15 a 16 mil kilómetros de marcha. ¿Y qué decir del deterioro que padece la maquinaria? Tornios que en otros países duran cinco o seis años, en las oficinas rusas duran sólo cinco o seis meses; altos hornos, que en el extranjero duran una eternidad, en Rusia se quiebran después de un año... y aún antes! ..

Por necesidad, debiéndose hacer todo, se hicieron las oficinas lo más pronto posible para poder comenzar.

Los demás, casas obreras, caminos, depósitos, etc., etc.... se harían después. Mas el ritmo de las exigencias del plan no lo permitieron. A esto se debe

el por qué el 40% de los obreros viven en barracas, y por qué, sin caminos transitables, se llega siempre con retrazo!

Nicolau Saratov no se detiene en su charla. Sigue hablando con precisión, con voz clara que parece dar resalte a lo que dice.

—Y ésto no es todo. Se necesitó crear el 85% de técnicos y el 75% de obreros. En los primeros tiempos los técnicos se importaron con objeto de formar la maestranza local.

En 3 años en Rusia se llega a ser ingeniero, sobre todo si el que lo pretende sabe hacer los mejores discursos.

DE LA ESTEPA A LA OFICINA

—¿Y para hacer obreros cómo se procede?

—Cuarenta millones de hombres trabajan en la industria: 30 millones eran gente de campo que de golpe y porrazo se volvieron metalúrgicos, mecánicos y especialistas varios, es decir, se iniciaron en trabajos extraños a su capacidad instintiva...

—Con el tiempo llegarán a ser buenos obreros...

—No lo creo: serán lo que eran en su tundra, en las estepas, en los campos... Porque nadie como los rusos ama a la tierra y el trabajo de la tierra.

Y por ser gente de campo y testarudos no llegarán nunca a la eficiencia de los americanos, es decir,

a la adaptación, a la intuición, a tener el ojo avizado.

Se pretendió poner gente sencilla de campo a descifrar gráficos, hacer cálculos y todo aquello que los teóricos del "plan" habían establecido con rigor científico para el obrero perfecto...

—Con todo eso se alcanzaron resultados imponentes... Las cifras, las estadísticas aseguran...

No me da tiempo de acabar.

—Ya lo creo. ¡Cantidad, siempre cantidad! Por otra parte, con la espada de Damocles sobre la cabeza del obrero o técnico que sea y con los criterios directivos vigentes, es lógico y natural que así sea.

En cada oficina los que dirigen no son "los grandes especialistas", son los "grandes responsables".

Usted sabe que en cada oficina funciona el así llamado triángulo: **director, secretario del soviet sindical, secretario de la célula comunista.**

Quien manda es este último, "el gran responsable" y en general el más ignorante de los tres; pero en cabio el más enérgico.

Estas calidades: ignorancia y energía, tienen una gran ventaja, le permiten exigir "ciegamente" de los servicios técnicos la ejecución del programa de trabajo recibido de la central: ya que no pudiendo comprender las explicaciones dadas por "los especialistas" sobre los diversos obstáculos que se refieren al trabajo, ignorante y enérgico "el gran responsable" esgrime frente a "los especialistas" este dilema: "**o el éxito o la sanción**". Así que no es ra-

ro ver que ingenieros y técnicos trabajan de 12 a 14 a 16 horas diarias y hacen lo imposible para evitar las sanciones, sanciones que están siempre listas para aplicarse cuando la conducta de la masa obrera, cansada y desilusionada, traduce su mala voluntad y rencor en una negligencia general peor que cualquier sabotaje...

—¿Y entonces?

—Esto, que parece paradójico: los especialistas se vuelven responsables... del mal de éstos...

—¿Y los responsables de profesión?

—Continúan su profesión, poniendo a votación órdenes del día con las cuales se "reclama para el especialista X o Y responsable de la quiebra del plan o de obstrucción o de sabotaje..." y la orden del día, como siempre, es votada por unanimidad.

IX

Los Forzados de la Tierra

Cuento tremendo de Vassili Vassilieovic Probuko: reducidos a la esclavitud más espantosa, sus hijos fueron despedazados, sus carnes mezcladas con la tierra y las flores de la estepa por los carros armados de la Guepeú.

Balti (Besarabia), julio de 1937.

—Ese que usted ve es un evadido ruso—me dicen señalándome a un viejo que pasa en una carreta de campesinos. Creí que era una broma. Ruso ciertamente, pues tiene las características del ruso: una cara con pómulos mongólicos, ojos azules, pestañas amarillas y sobre todo posee la barba larga de la cual se habla en los cuentos de Tolstoi o Destojewski.

Mas es tan viejo, que me parece imposible haya podido tentar y realizar una fuga tan llena de peligros.

—¡Será un emigrado del 19 ó 20!

—No. Llegó aquí hace un mes: venía de **Ucraina** por Polonia. Dijo haber hecho a pié muchos kilómetros sin que fuera detenido por los agentes: qui-

zás porque era demasiado viejo y a su edad ¿cómo podía despertar sospechas?

UN PASAPORTE SEGURO

En realidad su caso fué así: Con todas las vigilancias, los alambrados, los guardias de fronteras a caballo, los perros policías, los periscopios, el viejo **Mugik** pudo pasar sin molestias; sus años, la barba blanca y el aire soñador del que está ya fuera de esta vida, le proporcionaron un pasaporte seguro.

—Los guardias que encontraba,—me dice por medio de un intérprete,—me preguntaban: ¿A dónde vas papacito? Contestaba con la mano: "Más allá de la frontera".

Los guardias se reían con risas burdas y sonoras.

Más adelante otros guardias me dijeron: Papacito, ¿no sabe usted que aquí no se puede estar?

—¿Y por qué no se puede estar?

—Porque está usted en la zona prohibida. ¡Podría usted pasar más allá!

—Y yo contesté: "Es precisamente lo que quiero hacer".

Escupieron y se rieron mientras yo seguía mi camino...

El viejo mugik habla comedido, con gestos lentos, con un estilo y frasario que da la idea precisamente de un personaje de Tolstoi o Destojewski ¿y no es el

personaje que me habla, Vassili Vassilieovic Probuko, el símbolo del campesino ruso? ¿Es su historia la que narra o más bien la de todos los hombres del campo ruso?

Estamos sentados uno cerca del otro: frente a nosotros, el intérprete.

—Pregúntele usted—le digo—por qué abandonó su país.

El intérprete habla y el viejo mugik me observa un instante, menea la cabeza y dice:

—Es una historia larga...

—Puede contarla tal como es.

Antes de comenzar Vassili Vassilieovic Probuko se concentra un instante y su cara se llena de arrugas sutiles y trémulas como agua movida por la brisa.

—Hasta que cumplí los cincuenta años mi vida transcurrió tranquila junto a mi mujer y a mis hijos. Mi **isba** no era ancha, pero daba cabida a todos nosotros. Trabajaba y comía y comían también los míos.

—¿Era usted el dueño?

CUANDO LOS COSACOS VOLVIERON...

—En aquel entonces ningún mugik era el dueño. Nosotros trabajábamos en la tierra del duque Tadoleski, un hombre grueso y un poco sanguíneo. Te-

nía a veces arrebatos violentos, pero nos dejaba vivir...

Después vino la guerra con los alemanes y mis dos hijos marcharon. Volvieron dos o tres años más tarde: "El pueblo ya no quiere la guerra, volved a casa", les habían dicho hombres llegados a las trincheras ¡quién sabe de dónde!

Algún tiempo después los mismos hombres llegaron a nuestra aldea, se subieron sobre una mesa en la plaza y gritaron:

—"El Czar ya no manda y los dueños tampoco, la tierra es vuestra, tomadla y repartidla entre vosotros".

Y nosotros, pobres mugiks, nos repartimos la tierra del patrón.

Mas después corrió la voz de que los dueños volvían con los cosacos para tomar sus bienes y despedazar a los mugiks. Estos se reunieron y abrieron alrededor de aldea hondas trincheras y rechazaron a los dueños.

Mis hijos fueron de aquellos que más se prestaron a la formación de las trincheras y que mejor combatieron...

—¿Y después?

—Las tierras se les quedaron a los mugiks y cada cual trabajó en su lote respetando el de los otros y también las trincheras. Estas quedaron y todas las primaveras crecían en ella las hierbas y las flores amarillas de la estepa... se trabajaba con toda tranquilidad.

De vez en cuando llegaba alguien de la ciudad, se subía sobre una mesa en medio de la plaza y decía. "¡Mugiks, uníos!"

Un día uno de éstos anunció que el hombre casado podía volverse a casar cuantas veces quería, puesto que el viejo matrimonio ya no servía, si el interesado declaraba que quería otro mujer; y así también podían obrar las mujeres.

La gente se rió. Mas **Anuka,** la mujer de mi primogénito Vladimiro,, apretándose a él exclamó: "¡Nosotros no nos separaremos jamás!" Contestó mi hijo: "Estaremos juntos hasta la muerte".—"Hasta la muerte".

LAS IGLESIAS SE VOLVERAN TEATROS

Otra vez llegó uno de los que siempre volvían y dijo: "Desde hoy en adelante ya no habrá religión y las iglesias se tornarán teatros y círculos". La gente ya no se rió y yo empecé a pensar que aquellos hombres no eran buenos y que alguna cosa mala podía sucedernos... y efectivamente...

A su manera el viejo Vassili está contando verdaderamente las vicisitudes de los hombres de campo rusos y el advenimiento del comunismo.

El mugik casi nunca fué dueño de la tierra pero cuando el régimen czarista cayó, creyó serlo.

El poder central empeñado en luchas civiles de una violencia extrema dejó que el régimen rural se organizara como mejor podía.

Entre los nuevos poseedores de la tierra muchos se enriquecieron y cuando Lenín aflojó el rigor del sistema comunista y estableció con la Nep las bases de una economía menos comunista, los mugiks pensaron que su situación se afianzaba.

¡Ilusión! El día en que Trotzki fué eliminado y Stalin tomó en su mano el poder supremo y ordenó "los planes quinquenales" los directores soviéticos se dieron cuenta que no era posible construir el Estado Comunista si no se llamaban a la ciudad millones de obreros, si la campiña no se volvía ella también una oficina y los campos, como las oficinas, no se volvían propiedad estatal.

—Y efectivamente, continúa el viejo mugik, un día, cuando frizaba los sesenta años, llegaron de la ciudad hombres que subidos sobre la mesa gritaron: "Desde hoy las tierras son del Estado". Mi Vladimiro observó: "¿Cómo es eso? ¡Ustedes mismos nos dijeron que nuestras eran ya las tierras!

El hombre de la mesa replicó: "Son del estado y por tanto de todos".

Con el tiempo los campesinos debían darse cuenta que las tierras podían ser de todos, pero no ciertamente de los del campo. Y quisieron protestar...

MATANZAS Y DEPORTACIONES

¡Es mal protestar!

Como a su tiempo dije, otro fugitivo **Elia Potianki** me explicó un día que el **ciudadano que protesta** es una institución de los países capitalistas y las protestas de cualquier especie provocan en Rusia sanciones inmediatas impresionantes.

En este caso especial, las sanciones contra los campesinos que protestaron fueron despiadadas por haberse opuesto al comunismo integral de una manera dura, solapada y testaruda.

Si es difícil, efectivamente, hacer de un campesino un técnico, es más difícil hacer de él un comunista soviético después de que se le permitió gozar de los privilegios de ser propietario.

Para crear pues las factorías de estado o las factorías colectivas, es decir, los **Solkhozs** y los **Kolkhozs**, el gobierno de Moscú debió luchar paso a paso, de aldea en aldea, con todos los medios de que dispone la G. P. U., pues ninguno se atreve a servirse del ejército rojo, compuesto en su mayoría de hijos de campesinos.

Las carnicerías y las deportaciones se siguieron sin descanso de 1928 a 1936 y aún continúan.

¿Cuántos murieron? ¿Cuántos se deportaron a las florestas del Norte, donde el clima y el trabajo sobrehumano los diezma? ¿Cuántas, en una palabra, son las víctimas aplastadas por el engranaje del Comunismo integral que el mismo Lenín en el período 1921-22 atenuó en su práctica aplicación?

Se habla de millones: 12 exactamente.

¿Será abultada esta cifra por la propaganda anticomunista? No lo creemos si debemos atenernos a la frase expresada por N. Krylenko, comisario del

pueblo y al Ministerio de Justicia: "aún cuando 20 millones de kulases muriesen quedarían bastantes hombres todavía para continuar nuestro trabajo".

Poco a poco, por la fuerza y sin entusiasmo, los campesinos fueron obligados a trabajar en las factorías colectivas. Las mismas normas que rigen el trabajo de las oficinas se aplican en el campo y los técnicos del kremlin trazan **"planes quinquenales agrícolas"**.

Todo está establecido y previsto por los diagramas y los cálculos de trabajo: cada trabajador del campo tiene su "cuota" diaria que cumplir y hay trabajadores tortugas y elefantes, ciervos y lebreles, udernicks y Stakhanovistas.

El "Stakhanovismo" se infiltra también entre los ordeñadores hombres y mujeres. Naturalmente el mugik no tiene ningún derecho sobre la tierra y sobre lo que produce, lo mismo que el obrero en la fábrica. Como éste, está ligado al kolkhoz y al solkhoz, no puede dejarlo por su voluntad sino cuando "los responsables" lo exijan.

EL HAMBRE

Pero, cuando menos, ustedes dirán, ¿el trabajador del campo recibe salario? Naturalmente. ¿En productos agrícolas? No: tres rublos al día por término medio, y esto es lo grave. Mas,—ustedes me dirán,—con ese dinero y la parsimonia atávica de

Uno de los carteles que se exponen en las oficinas para despreciar a los obreros que no cumplen su trabajo en el tiempo establecido.

El mujick ... i Vassilievic Protenko.

campesino, se puede vivir. Sí, pero a menudo sucede ésto: no siempre la tierra produce cuanto establece la teoría y los cálculos hechos lejos de la realidad. Entonces todo el trigo o los otros productos del campo se llevan a la ciudad y los trabajadores, que siembran y cultivan, se quedan sin nada con que aplacar su hambre.

Así que los 3 rublos diarios pierden su valor ya que no pueden comprar lo que no existe.

En estas condiciones ¿cómo quieren ustedes que no haya revueltas cuando sacan los productos agrícolas de la aldea?

Y es lo que les sucedió a los hijos del viejo Vassili. He aquí lo que me contó:

—Siendo la tierra propiedad de todos, en nuestra aldea se fundó un kolkhoz, es decir, una factoría en común. Mis dos hijos, Vladimiro y Kolia, con Anuka, mujer de Vladimiro, trabajaban juntos con otros 150 compañeros.

El primer año los productos fueron abundantes porque se trabajó con las máquinas: pero todo lo que se recolectaba se mandaba a la ciudad.

—¿No les dejaban a ustedes lo necesario para vivir?

—No. Decían: "ante todo debemos mandarlo a la ciudad donde será repartido en partes iguales entre obreros y campesinos y después se devolverá a ustedes la parte que les corresponde".

Esto, por algunos años, volvió a repetirse: pero en tan poca cantidad que los 3 rublos se empleaban todos para comprar nuestro pan. Con el transcurso del tiempo disminuyó todavía la cantidad que nos daban y el año pasado no nos devolvieron nada.

Nos hartábamos con hierbas y al comenzar los trabajos, en primavera, nos negamos a trabajar para el gobierno y volvimos a adueñarnos de nuestras antiguas tierras.

Inmediatamente, de la ciudad mandaron carros de hierro, en vez de la caballería de los cosacos.

La aldea fué exterminada con estos carros.

—"Regresaremos a nuestras viejas trincheras", dijeron mis hijos. Y allí se apostaron con otros compañeros.

Los carros de hierro empezaron a vomitar fuego.

Los defensores huyeron y las balas los segaron como mieses. Mis hijos quedaron en su trinchera: La hierba estaba ya alta y muchas flores amarillas de la estepa brillaban aquí y allá. Anuka, la mujer de mi primogénito, se quedó cerca de él: "Te puede pasar algo grave y nosotros debemos estar juntos hasta la muerte".

Las máquinas vomitando fuego se acercaban lentamente a la trinchera y llegando a ésta aplanaron sus bordes, la llenaron de tierra y pasaron sobre ella.

Mis hijos y Anuka no se habían movido. Yo ví todo eso desde una casa. Me acerqué más tarde: las

carnes de mis hijos y de Anuka se habían mezclado a la tierra de la trinchera, a las hierbas y a las flores amarillas de la estepa...

El viejo mugik cuenta todo eso sin que su fisonomía se altere: sólo sus pestañas amarillas tienen movimiento fugaz. Y acaba el cuento así:

—Me santigué y partí...

X

La Inútil Protesta

Tiro al blanco a lo largo del Dniester. La orgía en las oficinas de los planes quinquenales. Usura en los engranajes y sabotaje de las máquinas. 'Lo exportan todo..." Cómo el pelotón de ejecuciones impide que se mueran de hambre.

Ataci (frontera Ruso-Rumana)

Julio de 1937.

Tan luego como el prófugo tocó la ribera, las balas que lo buscaban en el agua con rabia felina, se apagaron.

Después de la carnicería de millares de prófugos en la ribera del Dniester, en 1936 entre el Gobierno bolshevique y el rumano se acordó lo siguiente: **"El lecho del Dniester debe considerarse como zona neutral. Los guardias de las fronteras pueden disparar en toda la zona líquida más no sobre las riberas opuestas".**

Fué el ancla de salvación que quedó a los que pudieron escapar de la muerte en el agua.

Pero ¿cuántos pueden aprovecharla?

—¡Muy pocos!—me dijeron las autoridades rumanas, las que en verdad muy pocas veces deben usar de la fuerza contra los fugitivos, ya que casi nadie quiere abandonar Rumanía para entrar a Rusia.

—Podemos recoger, cuando mucho, una docena de prófugos rusos al año!

—¿Y qué tanto por ciento representa una docena de todos los que intentan la fuga?

EL ATROZ TIRO AL BLANCO

—¿Quién puede calcularlo?: Nadie, ya que nadie sabe cuantos son los que intentan pasar el Dniester. Nosotros sabemos sólo que todas las noches hay tiroteos desde la ribera izquierda del río. A veces emplean hasta ametralladoras! ¿Contra quién? Ciertamente no contra la luna o los perros vagabundos!

—En resumen, el promedio de los afortunados debe ser muy bajo!

—Mucho: y antes del acuerdo era más bajo todavía. Muchas veces los guardias se divertían dejando que los infelices pasaran a nado el río y cuando éstos se creían a salvo sobre la ribera rumana, con ametralladoras bien emplazadas los mataban. Sucedió que a veces también ciudadanos rumanos quedaban lesionados. Nuestro Gobierno protestó y se llegó al acuerdo de 1936 y el singular tiro al blanco puede decirse que acabó.

—¿Cómo "**puede decirse**"?

—¡Dios mío! Las balas perdidas todavía existen y, por desgracia, aún cuando sean perdidas casi nunca fallan el blanco!

Y precisamente para evitar estas balas perdidas, nuestro prófugo cree que al llegar a la ribera no está todavía a salvo.

Tiene la ropa empapada, tiene frío, hambre y está cansado. Pero no se detiene un instante a descansar y a tomar aliento. A gatas se encarama sobre el arenal, se arrastra como una serpiente entre zarzales y se orienta hacia una casita que se perfila a lo lejos. La casita posee un pequeño corral; tiene un jardincito, un pórtico que abriga un carruaje y varios instrumentos agrícolas y un montón de paja.

El pórtico acoge al prófugo como a un buen amigo y el fugitivo se deja caer de golpe sobre la paja.

De la casa sale un viejo, ¿lo echará? A lo menos que éste le permita quedarse por un rato más sobre la paja blanca... Es todo lo que el pobre pide con los ojos!

—Si quieres quedarte,—le contesta el viejo que entiende la muda súplica,—quédate, pero en la casa se está mejor...

LA FELICIDAD DE ESTAR LEJOS DE RUSIA

Estas palabras parecen extrañas al prófugo, casi irreales. Quiere reírse de gozo, reírse fuerte; mas

de su boca no salen sino sílabas confusas; quiere decir que en su larga caminata ninguno le habló así! A pesar de la lluvia que caía inexorable, continuamente, ninguno lo invitó a entrar en casa.

"Todo aquel que da hospedaje a un prófugo sin pasaporte, será condenado a diez años de trabajos forzados" dice la ley; y al sospechar que él era un prófugo, la gente, aún la más buena, gente rusa del campo, le cerró la puerta en las narices.

El estaba aún satisfecho y agradecido, pues no lo denunciaban a la G. P. U., ya que la ley añade: **"Es obligatorio denunciar a las autoridades a todo aquel que huye o del cual se tienen sospechas de que trate de hacerlo".**

¡Ahora, al contrario, no lo echan y lo invitan a entrar en casa!

—Levántate, levántate hijito, entra en casa.
—Perdóname, padrecito...

—Eres tú el que me debe dispensar; mi casa es muy pobre...

Por todo comentario el prófugo da en una risotada; se acuerda de repente que ya no está en Rusia, naturalmente en la Rusia colectivista y bolshevique!

Y ríe también porque se da cuenta de que tenía razón cuando en su aldea decía que en el extranjero se debía estar bien, o a lo menos mejor que en Rusia.

Por tales afirmaciones, que el secretario del **Kolkhoz** consideró como propaganda antirrevolucionaria, fué encarcelado.

—Nuestra casa es pobre,—repite entre tanto el viejo que no se ha ofendido por la risotada inoportuna,—pero hay fuego y un plato de sopa. Ven...—y entrando en la casa, grita: **Makina,** atiza el fuego.

Y mientras **Makina,** su mujer, que comprende de lo que se trata, se apresura a echar leña en el hogar, el viejo continúa:

—Tu traje está empapado, quítatelo y toma este mío: no es muy nuevo, pero está limpio!

UN FUGITIVO QUE FUE PROTEGIDO POR LA VIRGEN

Después de haberse mudado de ropa, el prófugo se coloca cerca del fuego: éste chisporrotea y le da calor. Así, sentado, se siente bién. Vagamente observa todo lo que hay en la pieza: una **icóna** en la pared de enfrente, una lámpara de latón sobre la mesa, oleografías de colores vivos, retratos de mujeres sentadas, con vestidos anchos, otros de hombres de porte derecho, de chaleco bordado, sombrero ancho y barba poblada.

El calor le penetra en el cuerpo y le proporciona tal bienestar que casi lo entorpece.

Y observando casi sin querer, las cosas que lo rodean, le parece volverse pequeño, cuando vivía en una casa pobre, sencilla y linda como esta.

Mas en aquellos tiempos no mandaba aún un secretario de la **Kolkhoz** y las icónas de Cristo y de la Virgen estaban en todas partes.

La voz del viejo lo vuelve a la realidad.

—Hace tiempo que no llegaban fugitivos. El último, un joven de trienta años como tú, vino por Navidad. En el invierno el Dniester se hiela, y al correr sobre la superficie helada se cayó y se facturó una pierna: pero de todas maneras se salvó. Nos llegó con una pierna inflada, así...

—Estaba protegido por la Virgen,—exclamó la vieja Makina.

—También yo debí ser un protegido de la Virgen: en el río las balas levantaban a mi alrededor chorros de agua como granos de granizo.

—Todos los que se salvan lo son,—comentó el viejo.

—Sin embargo,—suspiró el prófugo,—yo creía que Dios me había abandonado. Lo habían quitado de las iglesias y nos habían prohibido tener Su imagen en las casas. Y entonces creía que Dios, disgustado, se hubiera marchado para siempre de nuestros hogares.

—Eso es una blasfemia,—exclama la vieja y se santigua.

—Lo sé y pido por ello perdón a Dios. ¡Mas la vida era tan mala! Todo nos faltaba...!

—Sin embargo,—observa el viejo,—en mi juventud, cuando también nosotros vivíamos bajo el Czar,

yo me iba al otro lado del Dniester y las tierras eran buenas...

—Y todavía lo son: el trigo crece tan alto como un hombre, con espigas largas como la mano.

—¿Y entonces?

—¡Se lo llevan todo!

FALTA EL PAN

—¿A dónde? ¡Me dicen los fugitivos que también en la ciudad falta el pan!

—¡Dicen que lo mandan al extranjero!

Aquí se impone un pequeño paréntesis.

El fugitivo, que se llama Pablo Krotov, del Kolkhoz de **Tornovka**, sin quererlo nos da la explicación de la tragedia rusa: "Dicen que el trigo lo mandan al extranjero".

—Precisamente, lo mandan al extranjero para poder pagar la orgía de las oficinas pedidas por los planes quinquenales. Toda la maquinaria que existe en la U. R. S. S. proviene del extranjero y se paga con moneda extranjera, que se obtiene exportando oro, materias primas o productos agrícolas: petróleo, trigo, patatas".

Con el tiempo,—diréis,—los planes quinquenales llevarán a la autarquia. Por lo que se refiere a Rusia, los peritos lo dudan. Debido a los sistemas que rigen,—y tiempo ha me lo dijo Nicolau Saratov, ex gran perito en electricidad,—los planes quin-

quenales son como el dios **Molok**: comen a sus hijos, es decir, a las máquinas con las cuales se llega al monto de producción establecido y aprobado por los técnicos del **Kremlin**.

La usura, el descuido, el sabotaje directo e indirecto reducen a las maquinarias a un estado tal que no hay tiempo para rehacerlas en el país. Hay que volverlas a importar del extranjero y pagar con moneda extranjera.

Y aquí, dejando el paréntesis, escuchemos a Pablo Krotov.

—Lo exportan todo y a nosotros no nos queda nada.

—Y ¿cómo hacen ustedes para poder vivir?

"CAVAD VUESTRAS PROPIAS FOSAS..."

—Todas las mañanas, temprano o al atardecer, después del trabajo en las haciendas del Estado, los hombres van por el campo buscando raíces, hierbas, pajas y todo vegetal no venenoso. Se hierven sin grasa y cuando están cocidos la sopa está hecha; con un poco de pan se tiene toda la comida. La cena no es diferente.

Para hacer el té se emplean hojas secas...

—Y ¿es posible vivir así?

—Naturalmente, desde el momento que todavía viven millones de individuos en el campo. Desde luego hay protestas y demostraciones.

Un día nosotros, todos los de nuestra aldea, decidimos ir a Uman para pedir una parte del trigo que habíamos cultivado. Las mujeres y los niños iban a la cabeza. Y a pesar de nuestra hambre llegamos pronto a Uman.

—Y ¿cómo os recibieron?

—Un recibimiento atroz. Tomaron doce de los nuestros al acaso y les ordenaron cavar doce fosas.

Cuando acabaron nos dijeron: "Ahora partid y que os sirva la lección! Ay de vosotros si volvéis a protestar!

Regresamos a la aldea y, como no teníamos modo de protestar, los hombres viejos y los jóvenes decidimos dejarnos morir de hambre...

La vieja Makina se santigua otra vez, mientras Pablo Kortov dice:

—Mas no lo lograron, ¡los fusilaron antes!

XI

El Hijo de Nadie

Byalistok (Polonia) julio de 1937.

Los dos fugitivos del infierno rojo que yo encuentro en Byalistok son muy jóvenes. Mas entre los dos, por lo menos desde el punto de vista de la indumentaria, hay alguna diferencia.

Fodor viste mejor, como vosotros y yo, traje de tela de lana tramada con mucho algodón: no es muy elegante, pero su vestido en Rusia, se considera como extranjero.

Volodka está cubierto de andrajos.

El procedimiento que emplearon para fugarse de Rusia es también muy distinto el uno del otro.

Fodor llegó a **Stolpze**, estación polaca de la frontera sobre la línea Varsovia-Moscú, en un vagón con muelles, es decir, de asientos acolchonados. Formaba parte de una comitiva de jóvenes comunistas en viaje de instrucción y visitó las grandes ciudades de la democracia: hasta la famosa zona de París, los países de gran desocupación y la región minera

de Galles. "¡Ved en qué condiciones los burgueses dejan a los proletarios!", decía en cada visita el jefe de la expedición.

Aún cuando los ocho jóvenes eran hijos de papá, es decir, de "grandes responsables", un jefe y tres agentes los acompañan.

El viaje se efectuó sin molestias.

Después de Varsovia estaban los cuatro agentes seguros de devolver sanos y salvos a su patria a la progenie de los "grandes responsables". Pero en Byalistok sucedió el desastre. Aprovechando el momento en que el tren se ponía lentamente en movimiento y cuando la vigilancia iba disminuyendo, Fodor abrió la portezuela del vagón, brincó a tierra y se fué!

Para llegar a la estación de la frontera, Volodka no se valió ni de un vagón "duro". Hizo el viaje desde Moscú hasta **Negorolaia** sobre el techo de un vagón.

En Negorolaia el ferrocarril cambia de línea y Volodka se dejó caer del techo del vagón para colocarse sobre el eje de un vagón de la nueva vía. Después de algún tiempo una sacudida violenta le echó a tierra y allí se quedó mientras el tren se iba. Su buena suerte quiso que cayera cien metros fuera de la frontera ruso-polaca, frontera que por 1,800 kilómetros está marcada por caballos de frisia y tiene una zona neutral de trescientos metros sobre la cual los guardias pueden disparar.

Es oportuno hablar aquí de esta frontera.

Se sabe que entre Rusia y Polonia no hay de por medio ni ríos ni montañas: hay sólo un trecho montañoso en Galicia; después kilómetros y kilómetros de llanuras muy poco onduladas; poco bosque y muchas estepas.

Por un lado y por el otro la gente del campo se fué hace tiempo, dejando en posesión de las autoridades militares la enorme faja de terreno, mientras las pocas ciudades fronterizas, debido al comercio escaso entre los dos países, envejecen poco a poco y mueren.

LOS JINETES "CACHUCHAS VERDES"

Por el lado ruso la frontera está dividida en secciones de ochenta kilómetros al cuidado de un destacamento para la defensa de frontera, organismo que depende del **Comisario del Interior**. Cada destacamento de 3,000 hombres, más o menos, está dotado de un escuadrón de **Programotriades**, los famosos jinetes de **cachuchas verdes.**

Las secciones se dividen en cuatro subsecciones con lugares de vigilancia esparcidos de 4 en 4 kilómetros y centinelas aislados de 500 metros en 500 metros. Entre lugar y lugar de observación los Programotriades continuamente van y vienen.

Los puestos de vigilancia de cada compañía tienen locales de habitación, ametralladoras, perreras para los perros policías. Los centinelas se disfrazan

según el lugar de observación: bosques, praderas, pantanos... En el invierno se visten de blanco. Hay más: bajo tierra hay otros guardias en galerías de cemento armado, periscopios y reductos a fuegos cruzados.

Es muy raro pues, que alguien pueda pasar esta frontera que no ha sido marcada por la naturaleza, pero sí por la obra de los hombres.

El pequeño Volodka afortunadamente pudo salvarla.

Y volvamos a él y a Fodor.

La diversidad de vestido y el modo diferente mediante el cual se fugaron, nos indican diversas condiciones sociales.

Fodor es un **Consomol**, pues es miembro de la juventud comunista; Volodka es un **Besprizorní**, un niño abandonado, el hijo de nadie.

Según la Krupskaia, la viuda de Lenín, en 1925 los besprizornis llegaban a dos millones. En 1932 eran tres millones. Después de la carestía de 1932-33-34, después de los resultados del plan quinquenal y la matanza contrarrevolucionaria, aumentaron de número. Hoy día parece que han llegado a 5 millones.

"Parece" digo, porque es opinión general que sean mucho más.

Pregunté a muchos rusos si el estado soviético se interesa por estos hijos de nadie; la contestación puedo traducirla con una expresión italiana: "**se ne infischia**" (le importa un bledo).

LOS NIÑOS FUSILADOS

—Verdaderamente,—me informa un colega polaco de Byalistok,—hace tiempo el Gobierno soviético se interesó por esos besprizornis cuya actividad consistía en robar no teniendo otros medios de vida.

Emanó el 4 de abril de 1935 este severo decreto:

"Para terminar con la criminalidad de los menores el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de los Comisarios del Pueblo decretan: 1o.) Los menores, desde la edad de 12 años, culpables de hurtos, violencia, golpes o heridas, asesinatos o tentativas de asesinato serán conducidos a los tribunales comunes para la aplicación de todas las medidas previstas por el código penal y reglamento criminal de 1927:

Firmado: M. Kalinin y V. Molotov.

Y el colega de Byalistok me explica:

—El reglamento criminal de 1927, compuesto por 27 artículos, tiene 19 que piden la pena de muerte. Debido a ésto también los niños de 12 años pueden ser condenados a muerte!

El decreto de 1927 contra los besprizornis, decreto que no tiene precedente en la legislación de ningún país, no se pone todavía en vigor. Los destacamentos especiales de la G. P. U., frente al impresionante número de besprizornis, después de muchos fusilamientos en masa, renunciaron a su captura.

Después de todo ¿vale un besprizorni los seis copeks de la bala?, y más aún, ¿qué mal hacen al gobierno?

¡Pueden pues robar, saquear las casas y las pocas tiendas siempre que no hagan actos de sabotaje!

El pequeño Volodka, sin embargo, es un K. R., o sea un antirrevolucionario y por eso debió escapar.

Pero antes de profundizar esta inesperada actividad escuchemos lo que dice el guarda que lo recogió en medio de la calle. El guarda está todavía impresionado.

—Mientras lo tenía sujeto por la muñeca el muchacho deslizó su mano en mi bolsillo y se robó mi portamonedas.

—¿Qué haces?, dije, ¿no sabes tú que aquí los muchachos no roban? y el replicó: "aquí los muchachos tienen padres".

Tan pronto como llegaron a la estación el jovencito dió un brinco.

LAS BANDAS DE BESPRIZORNIS EN ACTIVIDAD

—¿Para escaparse?

—Nada de eso: para buscar en un bote de basura cáscaras de plátanos y de naranjas... En la comisaría le dimos dos salchichas y un pan. Mas él no tomó nada.

—"¡Come!"—"Ni pensarlo"—dijo él—¡ustedes quieren envenenarme!

Pablo Krotov del Kolkhor de Tomooka, fugitivo del Dniester.

Pogranotriades o agentes de la G. P. U. de frontera.

—Muerdo yo una salchicha para probarle que no están envenenadas—y el muchacho observa: —Tengo hambre, pero no comeré, hasta que ustedes no me digan lo que quieren de mí.

—Nada, o mejor dicho, una sola promesa: "que ya no robarás".

—Lo prometeré, mas ¿qué tendré que hacer para vivir?

—¡Trabajar!

El besprizorni da una carcajada: "trabajar y ¿después?

—Ganarás para comprarte pan y pagarte el alojamiento y los vestidos.

—"¡**Niet, eto nié verno**! (no, no es verdad). En Rusia los que trabajan no siempre tienen que comer".

—¡Aquí no estás en Rusia!

Estas palabras son para él como la revelación de un mundo nuevo y en seguida se pone a comer con voracidad...

Volodka fué enviado de Stolpze a Byalistok y aquí, por medio del colega polaco que nos hace de intérprete, me revela su historia:

—Los besprizornis,—dice,—viven sólo en bandadas. Hacen sus golpes y se dividen el botín según el trabajo respectivo. Tienen jefes y yo era uno de éstos con cincuenta muchachos a mis órdenes. Mas en estos últimos tiempos se trabajaba poco... La gente decía: "El plan quinquenal no rinde, nos mata de hambre a todos". Lo decían en voz baja, pero lo

decían. Y era verdad porque en los bolsillos de la gente no se encontraba nunca un kojeke y las casas estaban vacías.

¿Qué hacer? Piensa y piensa un día tuve una idea. Había oído decir que muchos empleados eran condenados por falta de documentación. ¿Por qué no robar documentos personales para devolverlos después? Los dueños, para no confesar su pérdida, los pagarían bien.

Así se hizo y en los primeros tiempos las cosas marcharon bien. Hecho el golpe, uno de los nuestros avisaba cautelosamente al que había sido robado, y éste en seguida trataba con nosotros para recuperar el documento.

Mas, después de algún tiempo, la G. P. U. se puso de por medio y empezó a darnos una caza sin cuartel. No eran estos hurtos ordinarios, más parece que actos antirrevolucionarios".

RICOS Y POBRES

—¿Y entonces?

—Entonces muchos de los míos fueron apresados y fusilados. De mi pandilla fusilaron 58: el más viejo era Sacha de 18 años y el más joven Peter de 10 o quizás sólo de 8 años.

Para no acabar como ellos, decidí escaparme al extranjero. Algunas maletas robadas a extranjeros me llenaron de esperanza, ¡contenían muchas cosas bonitas! "Quizás en el extranjero, pensaba yo, la

miseria no sea tan grande como en Rusia y mis golpes me rindan más..."

—Pero, ¿quieres seguir robando aquí?

—Ya no, he visto que trabajando se puede todavía vivir y trabajando no se corre el riesgo de ser apresado y fusilado ¡como allá...!

En calidad de Konsomol, por el momento, Fodor, hijo de un "gran responsable" no corría el riesgo de morirse de hambre. Como konsomol y como hijo de un "gran responsable" al contrario, tenía ante sí un brillante porvenir: podía llegar a "gran responsable" o a "gran especialista" con sueldo de 1,000 a 10,000 rublos al mes.

—Y a pesar de todo, saltando del tren de Byalistok, renunciaste a todo para siempre. ¿Por qué?

—Había en mí, como por otra parte en muchos otros konsomoles, una gran inquietud. Criado en clima soviético y no habiendo conocido el viejo régimen y el de los otros países, creía en lo que contaban mis jefes, creía en el comunismo, ya que en Rusia no hay más religión que el comunismo.

Mas el ambiente en el cual vivía, ambiente de delaciones y sospechas, me sofocaba.

Tenía unos deseos locos de ver cómo era verdaderamente el mundo fuera de Rusia, si se vivía mejor o peor que entre nosotros. Hice lo que pude para emprender el viaje...

—¿Y has visto?

—Sí; a pesar de la zona de París, de la región minera de Galles y las estadísticas de la marcha del hambre y las huelgas de hambre, etc., etc., he visto.

He visto y he comprendido que nuestra religión es falsa y nuestros sacerdotes, falsos sacerdotes, que no es justo sacrificar al mito del comunismo la sangre del pueblo ruso en provecho de unos cuantos. Por eso decidí no volver más a mi país!

—Mas tu padre, según la ley, pagará las consecuencias de tu gesto...

Fodor arqueó las cejas.

—¡Mi padre! Mi padre,—repite con voz dura,—es un jefe como todos los otros jefes que me engañaron. ¡Que pague su engaño!

Fodor es hijo de Miguel Dobrinski, el cual hace poco era secretario del Comité Ejecutivo de Kiew.

¿Y Volodka, preguntaréis, ¿de quién es hijo?

Volodka es un besprizorni y esta palabra lo dice: **"hijo de nadie".**

Pero él sabe que tuvo un padre y una madre y que vivían en una pequeña casa. Un día, llegó a su casa un grupo de hombres armados que detuvieron a su padre y como su madre gritara, se la llevaron también: en aquel tiempo él era tan chico que no recuerda ni la fisonomía de sus padres ni la de los hombres que los prendieron.

XII

El Canto que se Apagó con un Tiro de Revólver

Vida en las escuelas y en las prisiones soviéticas.

Wilno (Polonia), julio de 1937.

Un fuerte golpe a la puerta me hizo levantar la cabeza.

—Entrad.

La puerta se abre y aparece un hombre de edad madura, de barba entrecana que recuerda Paul Muni en la película "Pasteur". Tiene en la mano una gorra de ciclista y una carta: me hace una caravana y me presenta la carta. Esta dice: "Presento a usted a Esteban Teodorovic Krikata, un recién emigrado ruso. Es un tipo muy interesante".

Es un conocido judío que así me escribe.

—Siéntese usted y cuénteme algo...

El emigrado se sienta lentamente, deja la cachucha que desentona con sus facciones finas, se pone los anteojos y comienza:

—Desde el año de 1930 hasta hoy estuve tres veces prisionero, ¿le parece a usted poco o mucho?

—Eso depende...

—Justísimo, depende... Hay gente que entra en la prisión una sola vez y allí se queda diez años, o que ya no vuelve a salir. Yo estuve tres veces y viví en ella sólo 21 meses; fuí afortunado, ¿verdad?

Esteban Teodorovic Krikata me habla con voz cantante y en tono tal que parece que quiere burlarse de mí. ¿Querrá divertirse a mis expensas? Pero, ya que no hay razón alguna para eso, la excluyo desde luego y me digo que quizás no está en su completo juicio.

Mas lo que me dirá, excluirá también esta segunda suposición.

GOBERNAR POR EL TERROR

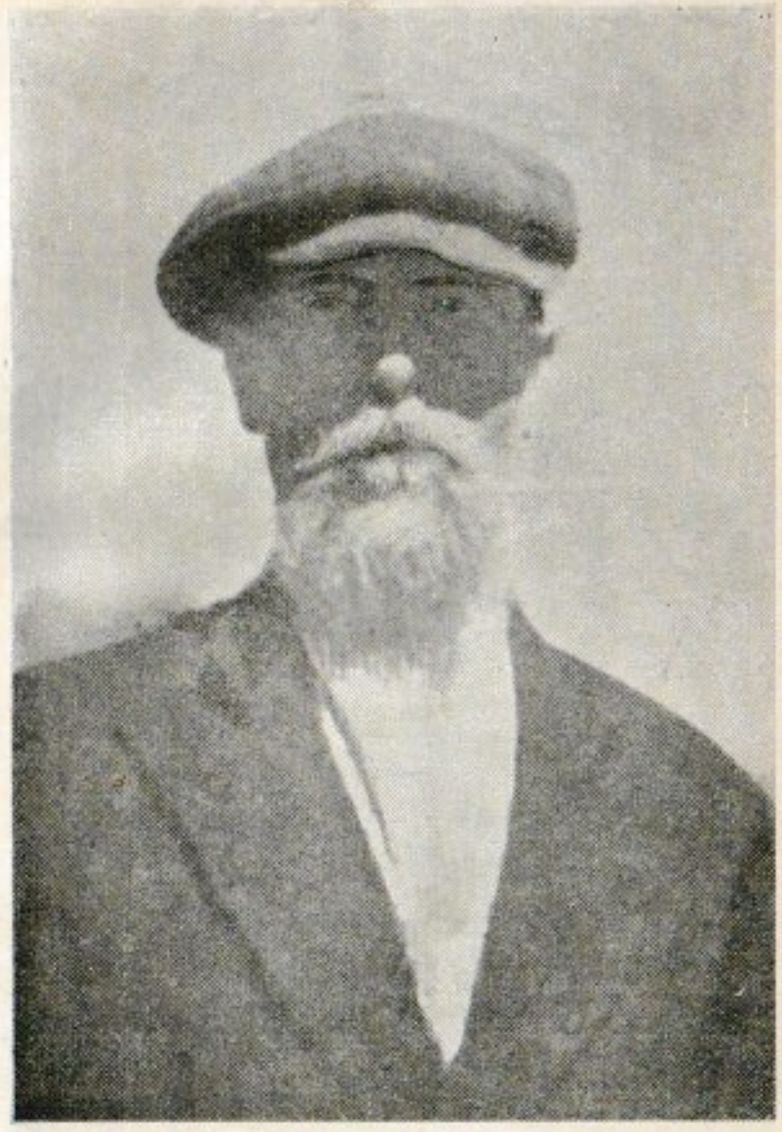
—Bien, continúa, limpiando sus anteojos con un pedacito de lana, ¿qué dirá usted cuando sepa que en Rusia el 99% de los que están recluídos nunca cometieron un delito?

—Diré... que es una injusticia...

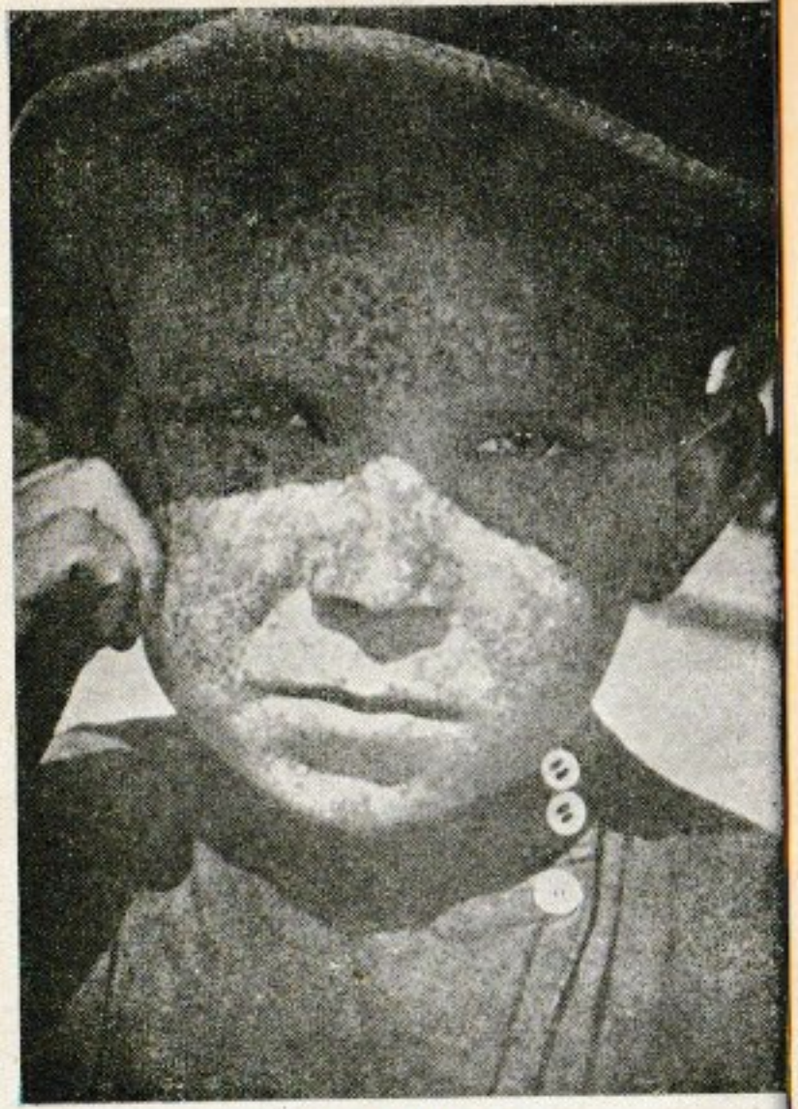
—¡Perfectamente! una injusticia. Mas una injusticia según la moral de otros países.

Ahora bien, ¿qué es la moral? Un complejo de deberes y principios que regulan la conducta de los individuos. Y un acto ¿cuándo es moral o inmoral?

Cuando es alabado o criticado por la conciencia común del ambiente al cual pertenece el autor.



El ingeniero de las almas: Stephan Teodorovic Krikata.



Un "bezprizorni" (hijo de nadie).

Como todos los ambientes, el ambiente soviético tiene leyes, costumbres y tradiciones y aprueba y desaprueba los actos de sus componentes según rige su código moral, sus exigencias políticas, sus necesidades sociales y sus necesidades de vida.

Bien... según el ambiente o estado soviético encarcelar a inocentes no es una injusticia: es una necesidad de Estado, es una manera como otra de gobernar y conservar el poder.

El ex conde Zerzinki, fundador de la Ceka y de la G. P. U., dijo: "Para gobernar es suficiente atemorizar, y fusilando a un individuo se atemorizan cien mil".

Y sus sucesores, fusilando cien y encarcelando mil diariamente, atemorizan a 160 millones de individuos. **Esta es la moral del Estado Soviético.**

No me deja comentar sus argumentaciones de lógica aparentemente extravagante, pero tan sólo en apariencia.

Sigue preciso:

—Como consecuencia de esa moralidad y para su aplicación práctica la población de la U. R. S. S. se puede dividir en tres grandes categorías: los que ya estuvieron en la cárcel, los que allí están y los que serán encarcelados. Estos últimos representan una minoría efectiva.

—¿No exagera usted, mi querido Esteban Teodorovic Krikata?

EL PRIMER ENCARCELAMIENTO

—¡De ninguna manera! Son tan pocos los que se reducen a prisión por vez primera que el **slevadel** o sea el funcionario de la G. P. U. encargado del interrogatorio, si uno afirma: "¡No, nunca fuí encarcelado!", preguntará severo:

—"¿Y por qué razón no fué usted encarcelado?

—Le aseguro a usted,—querido señor,—que no es fácil dar una contestación que satisfaga esta pregunta, una contestación plausible. No es fácil, sobretodo cuando no es uno intelectual de profesión...

—Usted lo será sin duda...

El hombre suspira largamente.

—¡Así no lo fuera!, **fuí ingeniero de las almas** Con palabras menos técnicas: profesor.

—¿Y qué delito consumó usted para ir a dar a la cárcel?

—A esta pregunta yo contestaré: "Según la moral occidental ninguno; según la del Estado Soviético tres delitos que si se hubieran comprobado me habrían reservado la deportación. La primera vez que me encarcelaron diría yo que fué "**por legítima suspicacia**".

Habían encarcelado a todos mis colegas. ¿Por qué no debía yo haber cometido el mismo delito de ellos?

—¿Cuál, para ser más exacto?

—Sabotaje. Estábamos en las postrimerías del año de 1930 cuando el primer plan quinquenal empezaba a dar sus primeros frutos o para no mentir, ningún fruto. Era necesario darse prisa para denunciar al pueblo a los culpables del hambre y explicar la quiebra del plan.

Como **víctimas expiatorias** se eligieron a los intelectuales técnicos. Fusilaron un primer grupo de 48 con exclusión del Profesor Ramzin que los acusó, y encanceerlaron muchas docenas de millares. Afortunadamente yo pude probar que no me dedicaba a ninguna actividad técnica o científica, ni siquiera desde el punto teórico...

—¿Le devolvieron pues la libertad inmediatamente?

El ingeniero de las almas sonríe por algunos instantes.

HAY QUE DENUNCIAR A LOS PADRES

—También yo lo creí, ya que el **slevadel** me dijo: "Dentro de pocos días..." En la cárcel, comprobé que los funcionarios de la G. P. U. no tienen una noción precisa del tiempo. "Dentro de unos días..." es una expresión de duración indefinida: desde una semana hasta un año o más.

En mi caso, fueron seis meses y medio.

La segunda vez me encarcelaron por haber reprobado a un muchacho. ¡Desdichas de la profe-

sión! El muchacho reprobado me denunció como antirrevolucionario. Y en espera de comprobar la denuncia, como de costumbre, me encarcelaron y quedé preso esperando el juicio siete meses.

Después de ese tiempo me interrogaron: "Un alumno te denuncia por sabotaje",—"Decidme el nombre de ese alumno",—"Kolya Alexandronovic Felizin",—"¡Ah!, dije yo, aquel que negó lo que dijo nuestro amado Stalin!"

El slevadel se puso serio: "¡Hablad, hablad!"

—En el examen le pregunté: "Alumno Konya Alexandronovic Felizin, dime cuándo acabó el régimen feudal en los países capitalistas". Me contestó: "En los países capitalistas el régimen feudal acabó hace tiempo",—"¡Te equivocas!, el régimen feudal en los países capitalistas todavía no acabó!, lo dijo nuestro amado Stalin!"

El slevadel me pone libre con mil excusas y pone preso al alumno y a su padre.

—¿Y la tercera vez?

—La tercera vez por haber promovido un alumno...

Como por un esfuerzo de memoria el ingeniero de las almas frunce la frente, y:

—Exactamente, el alumno Sacha Alfredovic Nikitin a mi pregunta de lo que debe hacer un konsomol para combatir la contrarrevolución, me contestó: "Denunciar a todo el que obre como contrarrevolucionario",—"¿Y qué entiendes por todo el

que...?",—"Entiendo mis vecinos de casa, mis conocidos, los amigos de mi familia, los transeuntes que hablen en la calle, mis compañeros y sus padres, mi... profesor..."—"Muy bien, también tu profesor: debes denunciarlos a todos... ¿y a quién más debes denunciar?",—"A mis parientes, a mi tía, a mi tío, a mis primos",—"¿Y a quién más?",—"Y además...",—"Añade, alumno Sacha Alfredovich Nikitin, añade sin miedo... a mis... a mis... padres".

Mas el muchacho se puso a llorar y dijo: "¡Yo quiero a mis padres!"

Lo aprobé igualmente. Al día siguiente me encarcelaron debido a la denuncia de un sinodal "por debilidad en el cumplimiento de mi misión".

—Dispense usted, ¿qué enseñaba usted precisamente?

—Historia del Comunismo y Ciencias morales.

No pestañeó y continuó:

—No crea usted que sea cosa fácil enseñar la historia del comunismo y ciencias morales. Los niños en general son observadores y curiosos. Los rusos lo son en modo particular: hacen a cada momento preguntas capciosas, proponen cuestiones curiosas. Algunas veces si hubiera querido ser severo, habría debido denunciarlos a todos por contarrevolucionarios. Mas mi deber era enseñarlos y hacerlos...

—¿Quiere usted un ejemplo?

LECCION DE MORAL COMUNISTA

—Un día, explicaba yo las numerosas emigraciones de campesinos hacia las regiones del Norte y de Siberia: "Se trata de un movimiento demográfico", decía yo.

Mas un alumno me interpeló:

—¿Cómo explicas tú, Esteban Teodorovic, que en la Estación de Octubre yo veo siempre pasar trenes cargados sólo de hombres; acaso las mujeres no sirven para el movimiento demográfico?

—Las mujeres,—contesté,—pasan por otra estación.

—¡Muy bonito! Si las mujeres se van por un lado y los hombres por otro, ¿cómo podrán tener hijos?

—Le confieso a usted que ya no supe que contestar.

Otro ejemplo: Hablaba yo del plan quinquenal: "Es la construcción comunista de más significación para el bienestar de todos los proletarios".

Mas un alumno, Víctor Adamovic Prokiov: "¡Qué bienestar!"—clamó,—"En mi casa viven muy mal, mis vecinos lo mismo, y oí decir que la gente se muere a causa del plan!"

Contesté: "No te preocupes, Víctor Adamovic. ¡No importa si dos o tres millones de gente mueren en la lucha, si más tarde la realización de estos planes dará vida a milones y millones de hombres!"

Mas la clase en coro contestó: "Nosotros no queremos ser de los que se mueren".

—Mi querido señor, vea usted lo difícil que es armonizar la moral natural con la moral soviética. Aún cuando se despliegue muy buena voluntad el peligro de ir a dar a la cárcel fluctúa siempre sobre la cabeza como la espada de Damocles! Y en la cárcel no se está bien...

—Ya lo creo.

—¿Lo ha probado usted?

—Afortunadamente no.

LA CARCEL SOVIETICA

—No importa, aún cuando lo hubiera usted probado, su afirmación no tendría ningún valor: las cárceles burguesas nada tienen de común con las soviéticas. Cuando me evadí, me tuvieron algunos días en una cárcel polaca. ¡Qué asombro! ¡Me pareció ser huésped de un hotel! ¡Cama de resortes, comida dos veces al día, 600 gramos de pan, una pieza limpia!

Las cárceles soviéticas al contrario, son cloacas, llenas de **comisarios**...

—¿Cómo, cómo?

—En Rusia, las pulgas se llaman **comisarios.** ¡Como los comisarios del pueblo chupan la sangre de la gente!

—Es verdad. Mas dígame usted, ¿cómo se vive en las cárceles soviéticas?

—Es lo que siempre me he preguntado, ¿cómo se vive? A pesar de todo se vive, contra todas las reglas fisiológicas. Son suficientes 200 gramos de pan negro y una tacita de **ballada** o sea un caldo de agua sucia con pedazos de col y cáscaras de patatas y zanahorias.

Y es suficiente media hora de aire puro cada día: durante las otras 23 horas y media del día se queda uno en un atmósfera que se puede cortar con un cuchilo. En una pieza en que no caben más que 20 hombres ponen cuarenta, cincuenta y hasta sesenta.

Cuando duermen se amontonan los unos sobre los otros. En algunas piezas hay el **narí** o sea un tapanco de madera. Son afortunados aquellos que pueden hospedarse en estas piezas. Una parte duerme arriba y la otra debajo del **narí** y así pueden extender las piernas.

—¿Y cómo se pasa el día?

—Esperando y callando, para que no haya oportunidad para denuncias. Por otra parte está prohibido hablar en voz alta y llorar, so pena de ser mandado al **aislador**, un agujero adonde ni en pie se puede estar.

—¿Son muchos los que lloran?

—Desgraciadamente sí, ya que los seres débiles y nerviosos existen siempre. Más numerosos son los que cantan...

—¡Increíble!

—Evidentemente usted no conoce el fondo del alma rusa. Para los rusos, cantar es una necesidad como el comer, el beber y el respirar... Más que el llanto, el canto alivia el dolor del alma...

—Ahora comprendo por qué la música rusa es melancólica...

EN EL AISLADOR, AL FIN

—Hay también música alegre, como las marchas, los himnos, que sirven de deshago.

Un día llegó un preso el cual tan luego como se sentó sobre el **narí** empezó a cantar un himno marcial. Suspiró al principio como un caballo fatigado y empezó en voz baja. Después subió de tono, con voz siempre más sonora y fatigosa. Hacía vibrar el aire que parecía derribar las paredes. Corrieron los guardias y le impusieron silencio. El hombre se calló un instante para volver a empezar en seguida: y continuó por horas y horas hasta que lo sujetaron y se lo llevaron al aislador.

Mas no calló.

Su canto nos hacía enloquecer y hacía enloquecer también a los guardias, a los jefes de servicio, al director de la prisión.

Frente al aislador hubo un revoloteo de gente, un dar y recibir órdenes, imposiciones bruscas: mas sin resultado alguno.

A la mañana siguiente, su voz resonó todavía un instante; se lo llevaron al patio. Después...

—¿Después?

—Su voz se calló para siempre: una bala en la cabeza lo hizo enmudecer.

—¿Y qué cantaba el desgraciado?

—El himno oficial soviético: "**Y nosotros derribaremos iglesias y prisiones**".

XIII

Máscaras de Hielo

Así son los rostros de los que vieron los terribles dramas y sufrieron indecibles dolores.—Las "colas" frente a las cárceles y el engaño.—Una atroz canción infantil.

Memel (Lituania), julio de 1937.

Llegó usted a tiempo, me informa un viejo emigrado ruso. En estos días llegó de Rusia Claudia Badinovna, hermana del Dr. Badinov...

—¿Evadida?

—No, comprada por su hermano.

Para vosotros mis lectores y para mí, estas palabras son obscuras. Por mi parte no me entretuve en pedir cuenta de ellas al ruso, pedí y obtuve una carta de presentación para el Dr. Badinov.

Me apresuré a visitarlo y me recibió sencilla y amablemente.

LA QUE LLEGA DE LEJOS

—"Comprendo", me explica el doctor, no es la palabra exacta o por lo menos "oficial". Yo compré,

sencillamente, y pagué muy caro, el visto bueno de salida de la U. R. S. S. para mi hermana y su hijito. ¿No me entiende usted? Me explicaré: Se cree que en Rusia el pasaporte se concede tan sólo al que tiene una misión oficial. No: se concede también al que quiere pagar, sin posibilidad de recuperarlos, 500 rublos en oro o, más bien, en moneda extranjera equivalente. Por desgracia muy pocos son los ciudadanos soviéticos que pueden disponer de tal suma. Para ser más exacto: ninguno...

—¿Y entonces?

—Entonces la G. P. U. que encuentra siempre el modo para hacer dinero, le saca la vuelta a la dificultad: los 500 rublos oro, por intercesión del **Inturist**, pueden ser pagados por los parientes residentes en el extranjero: práctica ésta larga y difícil y llena de sutilezas burocráticas.

Ante todo, el que paga debe estar en el extranjero desde antes de la revolución rusa y no debe haber hecho labor antisoviética. Las personas que pretenden abandonar Rusia deben ser de una conducta ejemplar desde el punto de vista político.

Se excluyen pues los condenados políticos y sus parientes, hasta el tercer grado. Aún más, mientras que para las mujeres no hay limitación de edad, para los hombres sí, deben tener menos de ocho años y más de sesenta.

—Con estas restricciones,—observo,—los expatriados de esta clase deben de ser pocos...

—Y en realidad, son pocos; pero son más numerosos de lo que debía ser permitido por las condiciones: más con la G. P. U. todos los compromisos son posibles. Es suficiente pagar...

—¿500 rublos oro, o algo más?

—Puede usted decirlo, mucho más, el doble, el triple y a veces diez veces más. Por mi hermana y su hijo...

En este momento la puerta se abre y entra una suave mujer. Alta, delgada y vestida de blanco: ella me parece, desde el umbral, la reproducción viviente de **"la que viene de muy lejos"** del célebre cuadro del pintor ucraino Strogonof. Sobre su frente blanca, las cejas levemente marcadas hacen resaltar más las pestañas muy largas bajo las cuales relumbran dos grandes ojos azules, fríos y fijos como de vidrio. Y también el rostro es frío, inmóvil y sin contracciones. Mas es joven, fresco y sin arrugas: parece un fenómeno singular: los sufrimientos, los insomnios, la fatiga, el hambre en lugar de imprimirse profundamente dejaron sólo una máscara de impasibilidad.

En cambio, la voz de Claudia Badinovna es dulce y más dulce es su alma.

—He ahí un santo,—exclama,—indicando a su hermano. ¡Cuánto penó por mí!... ¡y cuántas deudas contrajo para comprarme! Le costé 5,000 rublos de oro!

Claudia Badinovna se detiene de improviso y después con voz que se ha vuelto dura como su rostro precisa:

—Le costé tanto, porque mi marido era un intelectual... ¿oyó usted hablar de las persecuciones contra los intelectuales?

—En la época del proceso Ramzin...

—Precisamente. Sin otra culpa que la de ser un hombre de estudio mi marido fué arrestado en el otoño de 1932 y yo pocos días después.

En Rusia, después de encarcelar al marido, encarcelan a la mujer, a menos que la detención del primero no sea debido a la segunda. Esta eventualidad es muy rara...

—¿Y por qué encarcelan también a la mujer?

—La mujer, o si no es ésta, la madre, la hermana o todas juntas. ¿Por qué las encarcelan pregunta usted? Para que el hombre se decida a confesar, admitiendo aun delitos que nunca pensó cometer, acusando a personas que ni conoce de vista.

Así, la mujer, la madre, la hermana, vuelven a obtener la libertad para poder llevar de comer al preso, ya que en la prisión la comida es muy escasa.

¡El hambre es un mal consejero, y el amor también! La G. P. U. sabe todo eso y abusa de ello.

¿Confesó mi marido? No lo sé: de todos modos, a los tres meses me soltaron y sólo sé que durante cinco meses, cada semana, entregué a la prisión un paquete de alimentos para él.

Procurar alimentos para el prisionero no es cosa fácil. Ante todo se necesita dinero para poder comprarlos. Y ¿cómo lograrlo con los salarios de hambre que hay en Rusia? Privarse de lo necesario, éste es el único medio posible. A menos que la esposa, si es joven y bella, se reduzca...

CUANDO EL MARIDO ESTA EN LA CARCEL

Claudia Badinovna se calla por un instinto de pudor. Se limita a hacer un gesto con la mano y prosigue:

—Son hechos éstos que, por lo menos en Rusia, no se leen sólo en las novelas de carácter social. ¡Cuántas de esas desgraciadas conocí yo! Me decían: "¡Los odio y con todo eso no puedo hacer otra cosa que juntarme con ellos!"

Porque los hombres con las cuales trataban eran casi siempre propagandistas, agentes de la G. P. U. o responsables; sólo éstos tienen salarios suficientes para regalarse con distracciones de este género.

Pasando hambres, ahorrando, sacrificando su honor de esposas, las mujeres de los prisioneros soviéticos pueden comprar víveres catalogados.

Las conservas, como todo lo que no se deteriora está prohibido. Producen el escorbuto, dirá usted, mas están prohibidos también los limones. Además está absolutamente prohibido envolver las provisiones en papel de periódico, amarrar los paquetes con

cordeles o escribir algo. Un número es suficiente. Hecho el paquete hay que entregarlo a la prisión, el día y la hora señalados.

En Butirki, prisión subsidiaria de Lubianka, las ventanillas se abrían de las 8 a. m. a las 3 p. m. el tercer día de cada semana. El que no podía entregar su bulto antes de las 3 p. m. debía volver a la semana siguiente. Era necesario pues, hacer cola desde la tarde anterior. Como no se permite agolparse frente a la prisión, la cola se extiende por una callejuela lateral y allí se pasa la noche en vela.

POR CINCO MESES, INUTILMENTE

—¿Y también en el invierno?

—También, con la nieve y a 30 grados bajo cero. Mas como las mujeres son siempre numerosas, los centinelas de Butirk especulan encendiendo grandes fogatas y exigiendo 50 kopeks a las que quieren dormir cerca del fuego y que se les despierte a tiempo. La precedencia está asegurada.

Durante todo el invierno de 1933 yo hice esa vida y podía considerarme afortunada ya que siempre llegaba a tiempo a mi oficina ¡dónde un modesto empleo me daba 90 rublos al mes!

Hacia los primeros días de la primavera encontré un conocido que me dijo: "salgo de Butirk y os traigo los saludos de vuestro esposo!", —"Está bien?".—"Ahora no sé, hace cinco meses sí",—"¿Cómo, hace cinco meses ",—"Desde hace cinco meses salió para la Carelia a trabajar en la vía del ferrocarril Leningrado-Murmank..."

"Durante cinco meses yo había llevado, cada semana, un paquete de víveres que se recibía regularmente..."

—¿Dónde iba a dar?

—Al remate.

—¿Quiénes lo remataban?

—Los detenidos aquellos naturalmente que al entrar a la cárcel dejaban dinero depositado en la Dirección.

—¿Y el producto?

—Se lo repartían los guardias.

—¿Y vuestro esposo?

Me dí cuenta de haber hecho una pregunta indiscreta, de haber cometido una falta de delicadeza como el que habla en voz alta en la pieza de un muerto.

Claudia Badinovna tarda en contestarme; después, con voz dura:

—El antecesor de Jagoda me dijo un día: "De los intelectuales la G. P. U. se servirá para abono en Carelia". ¡Mi marido sirvió para eso!

Ni una arruga aparece sobre su bello rostro, ni tiemblan sus labios pálidos ni brillan sus ojos.

Callamos. Por la ventana, veo un árbol en el patio: una rama larga se balancea movida por el viento y su sombra se perfila sobre el muro como una vena azulosa y palpitante.

Repentinamente, Claudia Badinovna, continúa con voz dulce:

—No se admire usted, mi suerte es la del 60% de las mujeres de los intelectuales.

LA LIBERTAD FEMENINA

—Háble me usted, señora, de las mujeres rusas en general.

—¿Qué puedo decir a usted? ¿Que la emancipación prometida por el comunismo se volvió una esclavitud mayor? ¿Que la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, que corresponde a una igualdad de deberes, hizo que el 40% de los trabajadores esté formado por mujeres? ¿Y que por consiguiente en la U. R. S. S., más que en otra parte, la mujer está obligada a seguir al hombre en las oficinas, en las minas, en el campo, en el trabajo de las máquinas, a las cadenas, o en las perforadoras, también en el tiempo en que amamanta?

—He leído, observo yo, que 56 días antes y 56 días después del parto, la mujer rusa tiene derecho a descansar y que se le paga...

—Es verdad: la ley así lo dispone. Mas como ganan en general tan poco, las puerperas imploran como una gracia el permiso para trabajar durante ese tiempo, para poder doblar el salario.

—¿Y les dan el permiso?

—Sí, ya que las necesidades de los planes quinquenales son grandes.

Claudia Badinovna, medita un instante y después continúa:

—He aquí cómo muchos explican la gran natalidad en Rusia: es debido al deseo de las mujeres de doblar su salario cuando menos por cien días al año.

—Mas, ¿y los hijos?

—Los hijos, si ellas quieren, pueden entregarlos al Estado. Desentenderse de los hijos es la única libertad que tienen las mujeres en Rusia. ¡No! También tienen otra: aquella de desembarazarse del marido por medio de una denuncia.

—De la una y de la otra ¿abusan las mujeres?

—No, por lo menos no abusan de ellas las mujeres de la vieja generación. Las de la nueva, las que crecieron en clima soviético, no digo nada. Ciertamente la educación soviética nada bueno promete. ¿Un ejemplo? Me encontraba un día en la ventana: unas niñas jugaban en corro cantando un estribillo que yo no conocía. Traté de seguir lo que decía la canción: "¿Y de tu padre qué harás", preguntaban unas a otras, y éstas respondían "¡Lo mataré!"

"¿Y de tu madre, qué haras?"—"¡La mataré!"

Y todas en coro golpeando las manos: "¡Si traicionan a la revolución, nosotras mataremos a nuestro padre y a nuestra madre!"

¡Tuve miedo por mi hijo!

COMO EN UN MUNDO NUEVO

Se detiene e indicando a su hermano:

—Lo salvó él con su llamada, la que había rehusado siempre mientras creí que mi marido vivía. Muerto él, y la noticia la recibí a los tres años, solicité el visto bueno. Para obtener el permiso esperé diez meses entre prácticas y prácticas burocráticas. Por fin, ante ayer, pasé la frontera y aquí me tienen ustedes. Decir que me parece haber llegado a un mundo nuevo, sería repetir un lugar común. Ciertamente, cuando ayer en la mañana desperté por primera vez en esta casa, en el primer momento no pude comprender dónde me hallaba.

Por la ventana entró un rayo de sol e iluminó una icona. Esta con su lámina de metal dorado recortado sobre la faz de la Virgen, con su Hijo en brazos me pareció una cosa extraña e irreal y me quedé un buen rato incapaz de moverme.

¿Un sueño? Me pasé instintivamente una mano sobre la cara como para despertar. Mas la voz de mi hijo me llamó a la realidad: "Mamacita, ¿puedo decir mis plegarias en voz alta"?,—"Sí",—"Entonces estoy seguro que Dios y la Virgen me oirán! ¿Por qué me prohibías en Moscú rezar en voz alta, por qué me lo prohibías, mamacita?"

Hablando de su hijo, la voz de la mujer se anima, mas su cara está siempre fría como una máscara de hielo, y no sonríe cuando el hijo, un muchachote serio de seis años, entra en la pieza y le hace ver con gran interés una revista ilustrada donde está la cabeza momificada de Rockfeller.

—¿Quién es este hombre feo?

—Un hombre muerto.

El niño contempla un rato la fotografía de Rockefeller y, levantando sus cándidos ojos, pregunta:

—¿Ha sido fusilado?

La fantasía del niño, llegado del infierno rojo, no sabe imaginar otra forma de muerte.

XIV

Una Obra Dedicada a Stalin que Costó 75 Mil Víctimas Humanas

Helsinki (Finlandia) agosto de 1937.

Llegué a la capital finlandesa desde Tallinn en 20 minutos de aereoplano; a Tallinn había llegado de Riga en poco menos de una hora. Ni en la capital de Letonia, ni en la de Estonia me fué posible encontrar un fugitivo del infierno rojo.

En Riga un italiano me dijo:

—Algún fugitivo llega a Letonia de vez en cuando: pero no se detiene. En Tallinn el director de la Agencia Oficial Estona fué más perentorio:

A Estonia los fugitivos rusos ya no legan desde 1929. Desde ese año existe un tratado de extradición entre los dos países.

Y como yo lo miraba estupefacto me explicó:

—Usted sabrá que buena parte de la frontera ruso-estonesa pasa por el centro del lago Peipus. Sucedía, y sucede todavía, que muchos de nuestros pescadores, por error o distracción, o empujados por el viento, transpasaban la invisible línea limítrofe y los guardias rusos los arrestaban a pesar de las protestas del gobierno estonés. ¿Qué hacer?

Después de varias discusiones, nuestro gobierno se vió precisado a aceptar lo que pretendían los rusos: devolver los eventuales fugitivos rusos. Con esta condición nos devolvieron a nuestros pescadores. El acuerdo fué firmado en 1929.

—Y ¿todavía existe?

—Naturalmente. A pesar de que ésto parece duro y cruel se explica...

ACERCAMIENTOS DIFICILES

No me queda otra cosa que hacer que irme a Finlandia a donde en estos últimos años, hubo muchas evasiones sensacionales.

¡Pobre de mí! Hace tres días que estoy aquí y no puedo encontrar ni siquiera un fugitivo: lo busco entre la gente rusa.

Es gente que prefiere pasar inadvertida, me dice para consolarme un finlandés que conocí en mi viaje a Laponia hace años. Busquemos de todas maneras en el mercado. Allí siempre hay rusos.

Y fuimos al mercado. Entre vendedores y compradores vimos en seguida muchos que por su aspecto físico y sus vestidos nos parecían rusos.

El amigo interroga a algunos.

—Soy emigrado desde 1920.

—Estoy aquí desde 1922.

El con menos tiempo vino en el año de 1925.

Más decepcionado que nunca estuve a punto de volverme al hotel cuando veo frente a una librería a dos rusos que señalan y comentan títulos de libros rusos.

Visten tanto el uno como el otro blusón pijama a la rusa: uno tiene una pequeña barba a la Trotzki y nariz abultada, y el otro una barba muy ancha y greñuda color de estopa; su nariz es regular y derecha.

—Interrogue usted a estos, digo al amigo.

A la primera pregunta los dos se estremecen y se consultan con los ojos en silencio. La segunda pregunta les parece aún más sospechosa; a la tercera quieren irse.

En resumen, nos costó mucho trabajo hacerlos hablar y saber si realmente eran ciudadanos soviéticos fugados hace poco tiempo. Su circunspección se explica: acostumbrados a estar siempre sobre "el quién vive", la decepción, la sospecha y el espionaje siendo una ley, los fugitivos del infierno rojo ven siempre en cada persona que les habla un espía y en cada gesto un lazo.

Mas cobrando confianza, hablan, quizás demasiado.

NO SE LEVANTARON

Mientras nos dirigimos a la catedral ortodoxa, me hablan de su fuga; una fuga trágica. Habían ya caminado cuatro días desde su partida de Lenin-

grado con intención del llegar a la Carchoi: a pie, avanzando de noche y durmiendo de día entre los matorrales de la estepa, iban hacia al frontera amiga.

El recuerdo de los sufrimientos e injusticias sufridas los empujaba a soportar la marcha sobre la nieve helada por senderos imposibles y peligrosos. Pensando en el peligro de ser descubiertos respiraban fatigosamente y su piel escurría sudor.

Después de cuatro días de hambre, de sed y de frío temblaba todo su ser. Cuando encontraban un espacio limpio de nieve se inclinaban para escuchar apoyando la oreja sobre la tierra, esa tierra blanca de la estepa que como la arena del desierto transmite los sonidos.

Por fin vieron la cinta helada del río **Vichlica.**

Antes de seguir se inclinaron para escuchar y oyeron un rumor sordo, un ruido apagado.

Y efectivamente, después de poco aparecieron en el horizonte los Pogranotriades, los agentes de a caballo de la G. P. U.

En seguida se escondieron entre los matorrales de la ribera tendidos sobre la superficie helada del río.

Los jinetes venían hacia ellos. ¿Los habían visto? No, ya que a los 100 metros se apearon, encendieron un gran fuego y prepararon el té. Y tomando el té se quedaron alrededor del fuego, una, dos, tres horas... ¿Cuántas? ¡Quién sabe! Tendidos sobre el

hielo ellos no se atrevieron a moverse ya que el mínimo ruido despertaría la atención de los Pogranotriades, gente acostumbrada a ver sin mirar y oír sin escuchar. Al anochecer los jinetes montaron a caballo y se fueron.

Mas cuando ellos se levantaron para irse a su vez, vieron que sus dos compañeros se habían quedado como crucificados en el suelo, para siempre.

—Sin embargo,—dice el de barbita a lo Trotzki. —sin embargo, estaban acostumbrados al frío pues habían vivido en una carpa por tres años a la altura del círculo polar!

—Y ¿qué hacían ustedes allá?, pregunté.

—Trabajábamos en el famoso canal del Mar Blanco al Mar Báltico.

—Lo bautizaron "Canal Stalin," dijo el otro, el de la barba color de estopa, y repitió entre dientes: El canal Stalin, nada más indicado para inmortalizar al señor del Kremlín!

—¿En qué sentido

—¡Ese canal costó la vida a 75 mil hombres! Nosotros dos, como nuestros compañeros muertos de frío, como otros 350 mil, fuimos deportados...

—Deportados forzados,—precisó su compañero,— ya que hay también deportados libres.

—¿Deportados libres? ¿No hay contradicción en los términos?

—La G. P. U.,—me contestó el de la barba a lo Trotzki,—no hace distingos. Deportados libres son

aquellos que llegan a los lugares de deportación sin ser acompañados por guardias: se les ha dicho sencillamente que dejen la ciudad y lleguen a un tiempo determinado a una determinada localidad en la provincia de Viaka o en los Urales...

—¿Y qué diferencia hay entre éstos y los deportados forzados?

—Que los primeros se pagan ellos mismos sus gastos de viaje.

—¡No!, dice el otro, hay otra distinción: que los primeros reciben un sueldo por su trabajo, mientras los segundos no.

BALANCES COMODOS

Evidentemente el sosia de de Trotzki es amante de la exactitud y especifica:

—El dinero lo toma la G. P. U., los jefes o el jefe de la G. P. U. siendo los campos de deportación una vasta empresa de explotación, una especie de sociedad que contrata el trabajo; y su administrador hace poco fué Jagoda.

—¿Y producen estas sociedades?

—¡Ya lo creo! Producen. Los balances oficiales nunca se publican: mas los cálculos son posibles y muy claros. Escúcheme usted. Por cada deportado el Gobierno paga a la Sociedad 2 rublos diarios. Con estos 2 rublos la Sociedad se compromete a rodear los campos de trabajo respectivos con cercados de

espinas, torrecillas para los guardias, cuarteles para las escoltas; debe pagar a todo el personal y mantener a los deportados.

Estudiemos uno de estos campos, por ejemplo, el que se arregló para la construcción del Canal Stalin con 350 mil hombres. Si por cada uno de ellos reciben 2 rublos diarios se obtienen diariamente 700 mil rublos.

El personal de guardia está compuesto más o menos de 10 mil hombres que si reciben 10 rublos diarios por cabeza, ocasionan un gasto de 100 mil rublos diarios. ¿Y la comida de los deportados?

Con sabios criterios administrativos la Sociedad economiza hasta el centavo. Mas nosotros calcularemos con amplitud.

Calculemos 300 gramos de pan que a 0.90 de rublo el kilo, nos dan la cifra redonda de 0.30 de rublo para el pan.

Para la **ballada** o supa, 0.20 de rublo, ¿es poco? ¿Y qué quieren ustedes que valga un plato de sopa hecha con todas las verduras desechadas por las grandes ciudades?

Cada día por el ferrocarril Leningrado-Murmansk llegaban a los varios campos furgones de verduras podridas, cáscaras de patatas y zanahorias. Así que en total 0.50 de rublo por hombre y por comida.

Y hagamos la cuenta.

Entrada diaria, 700 mil rublos menos 100 mil, sueldo de los guardias y 175 mil para la comida de los forzados. Quedan 425 mil rublos de ganancia. Calculando 300 días laborables al año...

—¿Cómo, los días festivos no cuentan?

—¿Y por qué contarlos si el Gobierno no paga los días festivos?

—¿Y los deportados?

—No trabajan y como quien no trabaja no come, en los días festivos ayunan. Así pues, 300 días a 425 mil dan una ganancia anual de 130 millones aproximadamente de rublos.

Ahora bien, no existe tan sólo el grupo del campamento 'Canal Stalín", tenemos también los de **Minussinsk** y **Naryn** en Siberia, los del distrito minero de **Doubass**, los del canal Volga-Moscú. En total se calcula que hay 3 millones de deportados. Haga usted los cálculos relativos y obtendrá la ganancia total de la Sociedad Contratista: Centenares de billones de rublos que aún siendo papel moneda tienen un valor no despreciable en oro...

MEJOR LA MUERTE

Frente a estas informaciones ¿cómo no sentirse estupefacto? ¿Cómo evitar una mueca? ¿Cómo no sonreir, no se sabe si de estupor o de incredulidad?

Yo no puedo ver mi cara, mas la duda debe ser más marcada que el estupor ya que el otro fugitivo, después de un largo silencio, dice:

—Es posible que el señor necesite de otra observación: Hemos dicho que 75 mil hombres murieron al construir el canal, deberíamos pues quitar del cálculo esos 75 mil hombres y los dos rublos diarios para cada uno. No es necesario, ante todo porque "oficialmente" nunca hay muertos y el Gobierno continúa pagando, y después porque cada día llegan nuevos reclutas a ocupar los lugares vacíos ya que la G. P. U. nunca deja que falte la mano de obra.

El canal del Mar Blanco al Báltico que debía hacerse en 5 años se hizo en 3. Stalín se quedó tan satisfecho que con el decreto del Comité Ejecutivo Central del 4 de agosto ordenó la liberación por stakhanovismo de 12,484 deportados y la condonación de la mitad de la pena a otros 59,516. Nosotros dos y los dos muertos en la **Viclica** estábamos entre los 12,484.

—¡Así pudieron ustedes volver a su casa!

—Sí.

—¿Y por qué se fugaron entonces de Rusia?

—¡Qué quiere usted! Stalín quiere hacer de Moscú el puerto de los cuatro mares: Mar Blanco, mar Báltico, mar Negro y mar Caspio, uniendo entre sí los ríos Neva, Volga, Moscova y Don, por medio de cinco canales. Dos de estos están terminados: el

Stalín y el **Volga-Moscú**. Faltan tres y Stalín quiere que se acaben lo más pronto posible.

La G. P. U., Sociedad Constructora, busca en estos días la mano de obra: lo puede usted comprobar por las numerosas detenciones en masa. Ahora bien, puesto que nosotros ya sabíamos de qué se trataba por haber trabajado en el canal Stalín, tuvimos miedo que la G. P. U. aprovechara otra vez nuestros servicios... ¡Frente a esa amenaza preferimos desafiar la muerte y huir lo más pronto posible!

XV

La Isla de las Agonías

Cómo se libró el Conde Ivan Vladimirovic Kamelin de una bala en la cabeza. El método que siguen los guardias de la Guepeú para gozar de la vida a pesar de que se les haya suprimido el sueldo.

Helsinki (Finlandia), agosto de 1937.

En lugar de perder el tiempo contándome la historia de su fuga, el ruso que llegó ayer a Helsinki desde Rovianemi de Laponia se presenta y al presentarse resume toda la tragedia de su existencia:

—Ivan Vladimirovic Kamelín, conde de nacimiento, chofer de profesión e imbécil por temperamento...

—¡Cómo!...

No me deja acabar, y:

—Como conde, me fugué de Rusia en 1919; como chofer trabajé en París 16 años, y como imbécil volví a Rusia en 1936 escuchando a la sirena... de Jagoda y a aquel malvado levantino **Kalthus**. Este, un día fué a verme a París y me hizo este hermoso discurso: "sé que al principio de la revolu-

ción usted, no pudiendo llevarse su oro y sus joyas las escondió en un lugar seguro..." "Puede ser", contesté. "Si usted quiere, por mi conducto el Gobierno ruso le hace a usted esta proposición: si indica usted dónde se encuentra el tesoro recibirá el 50% del mismo y el otro 50% pasará al Estado. Si usted quiere puede ir por él: un salvaconducto especial del **Comisariado por el Interior,** visado por Stalín le asegurará a usted la libre entrada y salida de Rusia y el tanto por ciento de su tesoro". Este fluctuaba más o menos de 8 a 9 millones de rublos. Mi tanto por ciento me habría asegurado una vida cómoda ¡como chofer, usted comprende, yo ganaba apenas lo indispensable para vivir!

"No tenga usted miedo alguno, añadió Kalthus, el conde Novkovski fué a Rusia, tomó su porcentaje y regresó".

¡Esto era verdad!, más también era un trampa, y yo como perfecto imbécil que soy, caí en ella.

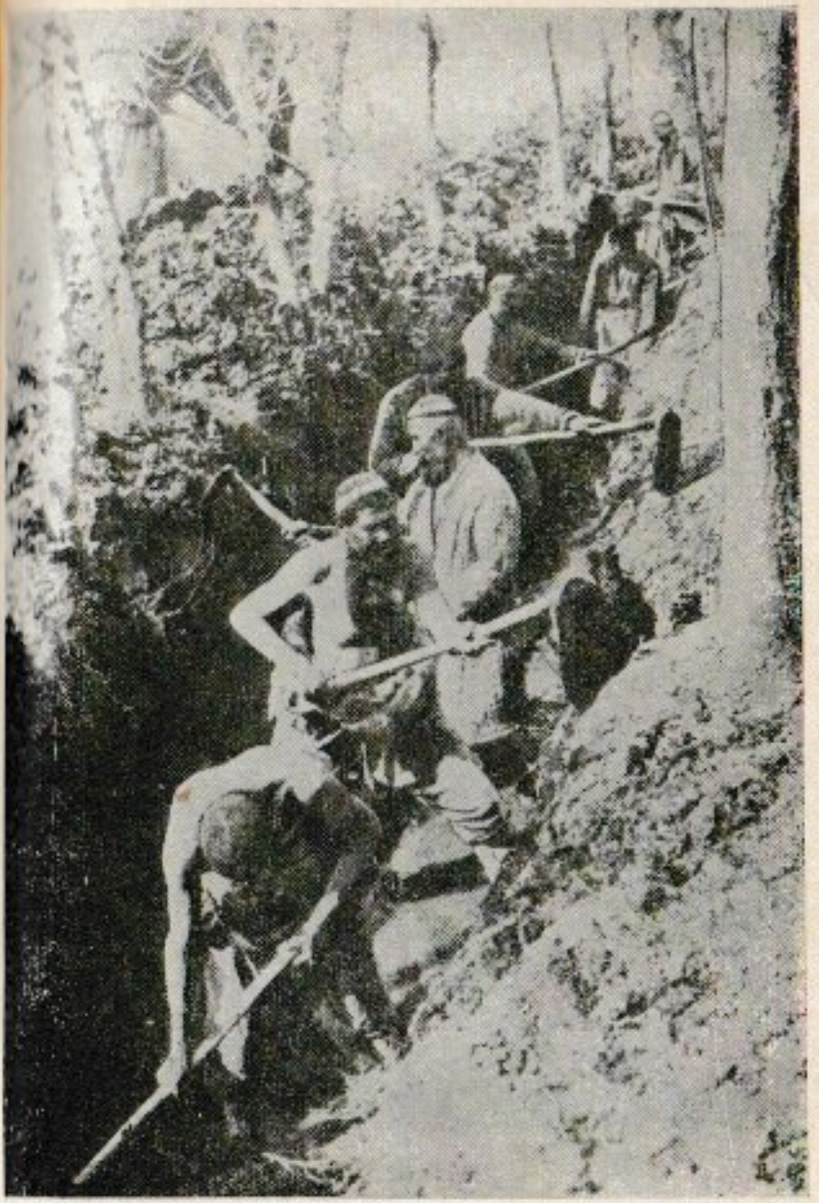
Partí, llegué a Moscú precisamente en el tiempo de la caída de Jagoda. Esto seguramente fué un bien para mí...

—¡No entiendo!

—Si hubiera vivido Jagoda, una vez indicado el tesoro, mi parte hubiera sido una bala en la cabeza; con su sucesor acabé en **Lubianka.**

—¿Y el tesoro?

—Lo tomó el Estado o quien actuaba por él, **hundred hundred:** el ciento por ciento. Después de dos meses en Lubianka un guardia vino y me dijo:



Los forzados al trabajo del Canal.

Los dos fugitivos del "Canal Stalin".

"¡Ivan Vladimirovic Kamelín, toma tus harapos!" Toma tus harapos quiere decir tres cosas: tú serás libertado, deportado o fusilado... Era el amanecer...

LA CUARTA SOLUCION

En este momento, sin querer, yo hice un gesto, y mi interlocutor:

—¿Por qué hace usted ese gesto?

—Usted lo sabe, al amanecer casi siempre hay ejecuciones capitales.

—¡En los países burgueses! En Rusia para estas ejecuciones no hay hora fija. Sea como fuere, para mí hubo una cuarta solución, mucho peor que la muerte súbita: **Solovki.**

Más tarde, confrontando con el intérprete una vieja enciclopedia czarista leo: "Solovki, isla del Mar Blanco, más allá del círculo polar, cerca de la desembocadura del río Onega. Se llamó más comúnmente "isla Santa" por el grandioso monasterio fundado en el 1450 por tres santos ermitaños, por sus numerosas iglesias y capillas votivas, etc., etc...."

La más reciente enciclopedia soviética dice:

"Solovki, isla en la parte sud-oeste del Mar Blanco, residencia hace tiempo de monjes holgazanes y politicantes. Ahora campo de concentración con destinación especial, etc., etc...."

Por el momento, Ivan Vladimirovic Kamelín me define Solvki así:

—**Solovki es la isla de las agonías.** Allí nadie se muere inmediatamente como al ser ejecutado, mas en un período que fluctua de pocos días a dos años a lo sumo, se muere: todo depende de la constitución física del individuo, de la suerte... y del humor de los guardias...

Los días que se viven allí son una lenta agonía: y ésto es atroz; el individuo sigue las diversas etapas de su fin con su cerebro completamente lúcido... despejado...

Calla un instante como para observar el efecto que sus palabras producen en mí. Y como mis nervios, mi sensiblidad y mi corazón pueden ya dominarse, sigue y precisa:

—¡En Solovki, por término medio la vida humana no va más allá de 18 meses y el tanto por ciento anual de los muertos es de 350 al millar!

Pronuncia estas palabras con determinación, como quien no admite contradicción. Y añade:

—Si usted quiere, puedo darle una estadística exacta.

—Muchas gracias,—contesto,—este tanto por ciento me es suficiente.

¿POR QUE NO LOS FUSILAN DE UNA VEZ?

Y en silencio pienso que la mortandad anual en nuestros países fluctúa entre el 20 y el 30 al millar,

y que en la Guayana, en la misma Guayana, entre la población penal llega tan sólo a 100 por mil, es decir, tres veces y media menos. Después de un largo silencio pregunto:

—¿Y de qué se muere?

—De todo: de escorbuto, de tifo, de hambre, de tormentos y muchas veces de una bala en la nuca.

—Mas, a veces, ¿algún desesperado...!

—¡Muy raramente! El suicidio se castiga con severidad...

Dándose cuenta del **lapsus verbi** el ex conde se apresura a corregir:

—Se castigan a los compañeros del suicida ya que todo el grupo al cual éste pertenece, es responsable del hecho. Por lo tanto, usted comprende, todos cuidan al propio vecino para evitarse una pena suplementaria.

Le interrumpo y digo:

—Aún cuando no me haya usted referido la vida en Solovki y sus pormenores, me la imagino como **"una vida infernal"** ¿y es posible agravarla?

—Todo es posible cuando hay hombres que piensan, razonan o... tienen fantasía. Y además, a las penas corporales se añaden las morales. ¡Usted no me entiende! Me explicaré.

En Solovki hay tres categorías de internados: **los enemigos de la clase** o sean los sacerdotes, obispos, nobles czaristas, los ex oficiales y en general los viejos burgueses; **los enemigos del Estado**, los K. R., o contrarrevolucionarios; y por fin, **los elementos ne-**

gativos, es decir, los estafadores del erario, las prostitutas...

—¡Cómo, cómo?

—A Solovki mandan también a las mujeres: aquellas desgraciadas, ¿cómo podría explicarme?, aquellas que violaron al comunismo integral haciendo comercio privado y no pagaron el diezmo, y aquellas enemigas de la clase o sean las damas de la alta sociedad czarista, las intelectuales y las religiosas. Por el respeto que debo a usted y a mí no le diré las cosas indignas y bajas que resultan de la presencia de las primeras en Solovki.

Sepa usted tan sólo que la más monstruosa promiscuidad es permitida, ¿qué digo?, impuesta, y que los altares de las iglesias se han vuelto excusados obligatorios...

Esta vez, no pudiendo dominarme, digo:

—¿No sería más humano fusilar desde luego a estos desgraciados?

—No los fusilan puesto que quieren que la pena sea más atroz. Por otra parte, no debe usted olvidar que los internados en Solovki, poco o mucho rinden siempre a la Guepeú.

LOS NEGOCIOS

—¡El gobierno, paga también por éstos dos rublos diarios, como por los deportados a los canales?

—¡No paga nada!

—Y entonces, ¿qué interés puede tener la Guepeú al tenerlos en el campo si el gobierno no paga nada?

—El gobierno no paga, es verdad, mas concedió al campo la explotación de los bosques. Ahora bien, las ganancias deben ser muy importantes ya que el trust soviético de la madera paga bien y la mano de obra no cuesta nada...

—¡Nada, nada?

—¡Dios mío! ¿Qué quiere usted que cuesten 200 ó 300 gramos de pan negro y un plato de **baldurelt** al día?

—¡Cincuenta centavos!

—Y ¿qué son cincuenta centavos cuando cada interesado para obtener la ración diaria mínima debe tumbar y desmochar por lo menos dos pinos?

—¿Y si no puede?

—Lo hará de todos modos. ¡Trabajará de noche!

—De todos modos hay que pagar a los guardias...

—¡Nada de eso! Los guardias de Solovki son agentes de la Guepeú en castigo... sin sueldo. Así que, usted comprende, para ganarse su sueldo no escatiman su celo...

—No creo que se necesite mucho celo para hacer trabajar a los interesados porque no hay mejor látigo que el sistema de "trabajo-pan".

¡DIVERSIONES!

—Lo sé, mi querido señor. Más, el campo de Solovki se estableció, cuando menos teóricamente, para la

reeducación metódica del elemento hostil y negativo... y entonces se emplean muchas horas...

—¿En qué?

—En conferencias, acciones teórico-prácticas del comunismo (las prostitutas sirven para estas lecciones). Además, se dedican dos o tres horas diarias para ejercicios de gimnasia. Se dice que el deporte hace bien tanto al cuerpo como al espíritu. ¡En Solovki ciertamente no! Muy a menudo viejos sacerdotes, viejos nobles, después de media hora de ejercicios se desploman al suelo, muertos...

—¿Y los otros?

—Continúan brincando sobre los muertos. Los guardias se divierten sobre todo con los viejos sacerdotes. ¿Qué quiere usted? En aquella isla las diversiones son pocas y los guardias las buscan donde pueden. Así que, especialmente después de las comidas, sienten el deseo de visitar a sus favoritos. Los encuentren en sus tareas, derribando o cortando árboles y les dicen: "Reciten ustedes las letanías". Los pobres las recitan y ellos las comentan con gritos y gestos obscenos. Una vez un guardia encontró al viejo obispo León de Kiew que temblaba de frío.

"—Oh! Mira. ¡Una carrera alrededor del Monasterio te hará bien!, y además, si la haces en un minuto tendrás una ración suplementaria de pan. ¡Vamos!" El obispo se puso a correr. Llegó con algunos segundos de retrazo. "Por cierto es tu sotana la que te impidió realizar la carrera en un minuto. Quítatela y prueba otra vez".

El obispo titubea.—"Te lo ordeno, tira esos harapos y corre".

Mientras tanto todas las mujeres llegan: el obispo no se desviste. Enfurecido el guardia le desgarra la sotana y grita: "y ahora, a correr". Mas el pobre obispo se arrodilla frente a él con las manos suplicantes: "¿No tienes corazón, no tienes madre?"—"Tengo ésto,"—replica el guardia,— y le asienta un balazo en la cabeza.

Estas son las diversiones más comunes. Hay después las apuestas. Por mi cuenta fuí afortunado en una apuesta macabra...

UNA APUESTA

Es posible que Ivan Vladimirovic Kamelín vea en mi cara cierta nerviosidad y me pregunta:

—¿Quiere usted oírla?

—¡Diga usted, diga usted!

—Esta es la historia: A mediados de mayo llegó de improviso a Solovki, en visita de estudio, Alexis Tolstoi, hijo de León Tolstoi. La dirección que no lo esperaba, alistó a los más presentables para poder salir bien del paso. Como yo había llegado poco tiempo antes y todavía no me parecía a un fantasma, me unieron a los demás. Me dieron un uniforme nuevo de forzado y me presentaron con otros 24 compañeros.

El escritor empezó a interrogar:

A la primera pregunta: ¿Os tratan bien? Ninguno contesta. A la segunda: ¿No estáis satisfechos? Silencio absoluto.

Entonces, el hijo de Tolstoi, busca preguntas que puedan contestarse sin comprometer a nadie:

"¿Y os gusta el lugar?" Silencio. "¿Es bonita la floresta de Solovki?" Siempre silencio.

Decepcionado, Alexis Tolstoi, se va.

Mas, puede ser que en virtud del viejo dicho de que "**quien calla otorga**", nos mandan en peregrinación a **Sekirka**, una pequeña colina en medio de la isla, donde todavía hay un santuario.

Ahora bien, ir a Sekirka quiere decir ir a morir. Llegados allí, nos ponen en fila frente a una pared interior del Santuario. Frente a nosotros nos sonríen las imágenes de santos y de apóstoles, pintados con colores sencillos, pero expresivos. El director, leída la lista de los condenados, dice al verdugo: "¿Listo?" "Listo", contesta. El director enciende un grueso puro, mientras el verdugo mata con un tiro en la cabeza a los condenados enumerándolos: "uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis". Al sexto tiro cambia el cargador y sigue: "siete, ocho, nueve...." El director fuma apresuradamente, casi sin respirar. Yo soy el último de la fila: veo la punta del puro reavivarse de vez en cuando; oigo al verdugo en su enumeración: "trece, catorce, quince..."

Veo caer uno a uno a mis compañeros sin temblar y sigo la cuenta: "veinte, veintiuno, veintidós".

Al llegar al veintidós el director da un paso hacia adelante, alza la mano y ordena: ¡Para, he acabado!

El acabó de fumar su puro y el verdugo perdió la apuesta y yo... ¡salvé la vida!

XVI

Desvelos de Angustias y de Muerte

Diario de una mujer. La hora de los viejos comunistas. La G. P. U. tiene mucho que hacer en el aniversario de la revolución. Una fuga que acaba en tragedia.

Vijpuri (frontera finnico-rusa), 1937.

—¡Es muy raro que mujer y marido se escapen juntos!, me advierte el guía-intérprete. Desgraciadamente la tentativa de los Serminov no acabó bien. Habían ya pasado la frontera finlanda-rusa por el lago Sao en Carelia, cuando el marido cayó muerto por una bala que le atravesó el corazón.

—¿Y la mujer?

—Fué recogida por los guardas finlandeses, y ahora se encuentra en nuestro hospital.

—¿Herida?

—No, mas en tales condiciones que el colapso nervioso hace temer por sus facultades mentales.

—¿Es posible verla?

—Probemos.

En el vestíbulo del hospital, silencioso como un claustro, la contestación del médico de cabecera es negativa.

—Lisa Serminovna está delirando continuamente. La fiebre, debida a la aventura vivida y a su trágico epílogo, no se le corta...

—¿De esta aventura, puede usted doctor, decirme algo?

—No se nada... sólo sé que se creían a salvo y que este pensamiento les hizo olvidar que los guardias soviéticos persiguen a los fugitivos aún más allá de sus fronteras.

Se calla de golpe y después, como reflexionando, dice:

—En los bolsillos de la mujer se encontró un diario...

—¿Un diario? ¿Puedo verlo?

El doctor se encoge de hombros, titubea. Después entra a la pieza cercana y vuelve con un cuaderno de cubierta roja, manchada de gotas de sudor y de lluvia.

Mi intérprete lo toma y lo hojea.

—¡Tradúzcanos usted algún párrafo!

DENUNCIAD A LOS PERROS RABIOSOS

El intérprete lee y después dice:

—Nada de interesante, descripción de Moscú. . visitas a amigos...

Hojea algunas páginas.

—Aquí hay algo interesante...

El doctor entre tanto nos hizo sentar y entonces el intérprete traduce y yo escribo:

—"22. Octubre 1936.—Ayer, Boris volvió de su oficina a casa a las 4.25 p. m., más temprano que de costumbre, y nervioso. "¿Molestias de oficina?", le pregunté. Me contestó secamente que no. "¿No estás bien?" "De salud muy bien". Comió con poco apetito; sin embargo, el té era bueno, hecho con hojas de té verdadero que me costó un ojo de la cara. Además, le había preparado la sorpresa de un poco de mantequilla y de media libra de pan blanco sin trazas de paja desmenuzada. Mientras comía, de repente, me preguntó: "¿Cuánto pagaste por la mantequilla?"—"Veintiocho rublos".—"¿Y el pan?"—"Un rublo y medio".—"¡Locuras! Desde hoy en adelante hay que hacer economías".

Me quedé mirándolo y él, untando la mantequilla sobre el pan, me dijo: —"¡Puedo perder la colocación!"—"¿Qué dices, Boris? ¡Tú eres un **Kompartia**!"—"Precisamente por eso, empezó la depuración en el Kompartia".

No quiso añadir más, ni yo quise insistir. Si no me equivoco ésta es la tercera depuración desde 1930. A Boris siempre lo respetaron: Está inscrito en el Kompartia, al partido comunista desde 1913".

—"23. Octubre de 1936",—en latarde.—Esta mañana salí de casa tan luego como Boris se fué a

su trabajo. Todas las fachadas de las casas están tapizadas de manifiestos. Son manifiestos rojos con letras negras que dicen: "Denunciad a los perros rabiosos". ¿Quiénes son en realidad esos perros rabiosos? Esta tarde se lo preguntaré a Boris.

—"23. Octubre de 1936",—al anochecer.—Boris me contestó con irritación: "¿Y quién quieres que sean estos perros rabiosos? ¡Son los viejos kompartias que hicieron la revolución!

¡Me hirió como con una puñalada en el corazón!

—"24. Octubre de 1936,"—en la tarde.—Salgo temprano: Tengo muchas cosas que hacer. Al doblar la esquina de la calle para tomar un camión, veo un buzón de latón pintado de verde. ¿Un nuevo buzón para cartas? No. Me acerco y leo: "Compañero, echa aquí el nombre de un perro rabioso."

Frente a la parada de tranvías veo otro buzón y también en el tranvía hay un buzón y muchos más en los troncos de los árboles de la avenida a donde voy.

Contorcidos y sin hojas están los árboles alineados como horcas que esperan a sus víctimas. En la plaza, en el fondo de la avenida se levanta una pequeña tribuna cuya base está adornada de tela roja. La guillotina bajo el terror debía levantarse así, derecha, espectral y rígida. Más tarde, a mi regreso, veo un orador propagandista que está arengando y lo oigo gritar: "En todas partes encontraréis los buzones para las denuncias; denunciad a los perros rabiosos".

La recolección del trigo bajo la vigilancia de los agentes de la G. P. U. a caballo.

El conde Ivan Vladimirovic Kamelin, fugitivo de la isla Solovk.

—"24. Octubre de 1936",—al anochecer.—Hablo a Boris de estos buzones. "Toda la ciudad está llena de ellos", me contesta. Parece menos nervioso que ayer y que anteayer. "¡Pero, digo, no he visto a nadie echar sobre alguno!" Boris sonríe: "Ya lo creo, ¡un sobre cuesta 50 kopeks!" "Quiere decir, rectifico, que ninguno..." Me interrumpe y más amargado dice: "¡Quieta! Los espías requieren las horas nocturnas...!", y en voz más baja aún: "No me hagas hablar demasiado, Lisa! ¡Los vecinos podrían escucharnos!" "No hay peligro. Los de la derecha y de la izquierda están fuera de casa..." "¿Y el viejo de enfrente?" "Es un pobre al cual yo doy de vez en cuando un pedazo de pan." "Por eso debe uno ser más prudente. ¡Tú no sabes de lo que es capaz un hombre por un pedacito de pan!"

—"25. Octubre de 1936".—Esta mañana, como de costumbre, el viejo de enfrente vino para recoger la basura. Es un inválido del trabajo al cual el gobierno pasa 50 rublos al mes. Y con 50 rublos al mes no se vive. Mas el viejo se las arregla para ir acaparando el servicio de la basura de toda la casa. En ella encuentra de vez en cuando mendrugos de pan, cáscaras de verduras q algún hueso. Tomando mi cajón, me dice: "¿Has visto Lisa Serminovna? ¡Ya empezó una nueva depuración!" "Lo ví." "¡Parece encauzada en contra de los viejos!" "¡Parece...!" Le doy un pedazo de pan y lo despido. ¿Qué, Boris tendrán razón?

UNA AMIGA CHISMOSA

—"26. Octubre de 1936".—Ayer Boris volvió de su trabajo después de las 20 horas. Su ausencia me atormentó. Cuando llegó, tirando su capote en un rincón, me dijo: "¡Es a causa de Bulier! Esta mañana no vino al laboratorio".—""¡Enfermo, y tu fuiste a visitarlo...?" "No, no está enfermo. ¡Lo arrestaron anoche! Al terminar el trabajo hubo un miting para... pedir un castigo ejemplar... por eso me retrasé".

No habló más en toda la tarde. A media noche, faltando a su costumbre, todavía no se acostaba.

—"26. Octubre de 1936",—de noche.—También esta tarde Boris se retrasó. Vuelve hacia las 19 horas y me dice: "¡Esta mañana no vimos a Taris".—"¿Arrestado?"—"¡Naturalmente!"

—"27. Octubre de 1936".—Boris vuelve puntual a casa a las 16 y media. "¿Nigún arresto hoy?", le pregunto. Y él en voz baja: "¡Cinco!" ¡Pero ya no nos demoraron con la orden del día!"

Después de cenar hablamos de otras cosas hasta la media noche.

El intérprete se calla y levantando la cabeza, dice:

—El diario continúa citando detenciones de colegas, amigos, conocidos... Lee algunos minutos y traduce:

—"3. Noviembre de 1936,—en la mañana.—Después de cenar los Vodonov vienen a visitarnos. Tania Vodonovna estaba desesperada por el arresto de su hermano Sergio. "Ya verás, exclamaba de vez en cuando, ¡lo arrestarán también a él...!", indicando a su marido. "¡Todos los viejos kompartias serán arrestados!

Cuando los Vodonov se fueron yo le dije a Boris: "Pero tú... tú..."

Me calló bruscamente y: "¿Por qué debería yo de ser una excepción?"

Nos acostamos más tarde.

—"4. Noviembre de 1936",—en la tarde.—Hoy encontré al compañero Mulgunov. Me pregunta por Boris. "Está bien, le digo, trabaja mucho".—"¡Por supuesto! Le quitaron todos sus colaboradores. Si siguen así se quedará solo!"—"¿Lo crees tú?"

Mulgunov no puede quedarse sin exclamar: "Siempre que..." No sigue la frase y corrigiéndose, dice "A menos que no le den otros colaboradores..."

—"5. Noviembre de 1936".—Boris me anuncia otros arrestos.

—"6. Noviembre de 1936.—Hace más de tres meses que Sofía Alexandrovna no me visita. Hoy vino hacia las dos. Es una mujer muy chismosa. "¿Tu marido está inscrito al kompartia, verdad?"—"Sí". "—¿Desde hace mucho tiempo?"—"Sí".—"¿Exactamente"?—"No sé, ¡no me intereso nunca por las ac-

tividades políticas de mi marido!"—"Se dice que es uno de los viejos..."

¡La habría echado por la escalera!

—7. Noviembre de 1936,—mañana.—Anoche nos acostamos muy tarde. Boris acostumbra acostarse a las once. Desde que empezó esta depuración tomó la costumbre de desvelarse. Para pasar el tiempo lee, pasea, me habla. Mas cuando me habla lo hace distraidamente. Piensa en otras cosas. Parece esperar a alguien. Aún cuando no me lo diga, yo sé lo que espera. Espera un automóvil verde con hombres de cachucha verde. Mas yo no me atrevo a hablar. Procuro distraerlo y lo escucho con atención aún cuando no comprendo, o no me interesa lo que dice.

MEDIA NOCHE, LA HORA DE LA G. P. U.

"Trato de no asustarme cuando oigo los automóviles, mas ya no puedo contenerme cuando oigo una máquina que se detiene frente a la casa. Boris sonríe a flor de labio mirando el reloj: "Es la media noche, exclama, la verdadera hora de la G. P. U."

Mas la máquina, después de algunos minutos se pone en marcha y se aleja. Más tarde digo: "Es la una Boris, podemos acostarnos, ya no vendrán". No acabo de decir esto cuando otro máquina se para frente a la casa. Esta vez la puerta del zaguán se abre y pasos pesados retumban por la escalera. Bo-

ris empalidece y yo me siento desmayar. Mas los pasos se alejan por el corredor. Y la vigilia sigue: a cada automóvil que se detiene frente a la casa hacemos tres gestos imperceptibles e iguales: un estremecimiento ligero, una inmovilidad absoluta que para el corazón y la sangre y un suspiro de alivio. Cuando ha pasado una de estas máquinas, Boris me dice: "¿Sabes que los automóviles de la G. P. U. son verdes?"—"Sí".—"Bien, en otros países el verde es el color de la esperanza".

A las tres estamos todavía en pie. "Ahora, querido Boris...", yo observo. Y él, con amargura: "Es el aniversario de la revolución, Lisa, ¡esta noche la G. P. U. tiene mucho trabajo... para festejar aquellos que la hicieron!, ¡pueden todavía llegar!" Nos dormimos al amanecer.

—"7. Noviembre de 1936".—Esta mañana Boris se fué al desfile. En la tarde salimos juntos. Las calles están llenas de gente, automóviles, tranvías. En los tranvías repiquetean las campanillas, los autos tocan el claxon, mas la gente va y viene muda.

Los mismos muchachos juegan sin ruido. Esta calma universal es impresionante: parece que es un día de fiesta impuesto..."

Me doy cuenta de que el intérprete omite trozos enteros.

—¿Nada de interesante?

—Siempre arrestos, desvelos y angustias.

Vuelve una página cubierta por una escritura fina y cerrada. Lee y traduce:

—"28. Noviembre de 1936".—Hoy encuentro en la calle a Olga Ademonikovna. Es una simple conocida y también ella me pregunta por Boris.

Nunca como en estos días le interesa mi marido a la gente.

¡Parece que todos se asombran de que esté todavía vivo!

—"29. Noviembre de 1936".—Al regresar a casa Boris me anuncia: "Hoy nos faltó Milostonki". —"¿Deportado?"—"No".—"¿Fusilado?"—"Tampoco, se suicidó. No podía más". Se detiene un instante y añade: "También yo creo que ya no puedo más."

El intérprete lee sin traducir otros renglones, hojea otra página y dice:

UN MAPA GEOGRAFICO

—"14. Diciembre de 1936".—Desde hace algunos días tengo la impresión de que Boris quiere ocultarme algo. Ahora estoy convencida de ello. Dos veces estuvo a punto de decirme algo y siempre calló. De improviso salgo al corredor y cuando vuelvo digo: "No hay alma alguna en toda la casa". Boris se queda mudo. Más tarde hace un gesto, parece que quiere hablar. Lo animo con la mirada y la sonrisa. Mas el mueve la cabeza y sigue callado. Un pensamiento me asalta: ¿Desconfiará de mí, Boris? ¿Tiene miedo que yo lo traicione? El pensamiento me parece monstruoso y me río".

—"16. Diciembre de 1936".—Está más mudo que nunca. Desde hace dos días no me habla ni siquiera de las pequeñas necesidades de la vida cotidiana.

—"23. Diciembre de 1936".—Vivimos horas y horas muy cerca la una del otro en una pieza de 15 metros cuadrados, mas espiritualmente como extraños.

Yo siento como un malestar físico que él dude de mí.

—"4. Enero de 1937".—Me quedo en la calle, sin cuando Boris vuelva a casa: Busco distraerme, alejarme mucho. ¡La calle está llena de gente, me es indiferente, no me ayuda!

—"12. Enero de 1937".—Ya nadie me pregunta por Boris: ¡Y yo quisiera que todos me hablaran de él!

—"18. Enero de 1937".—El viejo de la basura esta mañana me dice: "tu marido, Lisa Sermionov debe de trabajar también de noche, no le oigo hablar..." El viejo pues está en asecho; Boris tiene razón al desconfiar de él y en los otros vecinos. Mas ¿por qué desconfía también de mí? ¿Por no me habla?

—"24. Enero de 1937".—Volví de repente a y sorprendí a Boris trazando a toda prisa un mapa geográfico. Nos miramos largamente; después echamos los brazos al cuello y lloramos largo rato. "quería hablarte de esto cuando todo estuviera

—"28. Noviembre de 1936".—Hoy encuentro en la calle a Olga Ademonikovna. Es una simple conocida y también ella me pregunta por Boris.

Nunca como en estos días le interesa mi marido a la gente.

¡Parece que todos se asombran de que esté todavía vivo!

—"29. Noviembre de 1936".—Al regresar a casa Boris me anuncia: "Hoy nos faltó Milostonki". —"¿Deportado?"—"No".—"¿Fusilado?"—"Tampoco, se suicidó. No podía más". Se detiene un instante y añade: "También yo creo que ya no puedo más."

El intérprete lee sin traducir otros renglones, hojea otra página y dice:

UN MAPA GEOGRAFICO

—"14. Diciembre de 1936".—Desde hace algunos días tengo la impresión de que Boris quiere ocultarme algo. Ahora estoy convencida de ello. Dos veces estuvo a punto de decirme algo y siempre calló. De improviso salgo al corredor y cuando vuelvo digo: "No hay alma alguna en toda la casa". Boris se queda mudo. Más tarde hace un gesto, parece que quiere hablar. Lo animo con la mirada y la sonrisa. Mas el mueve la cabeza y sigue callado. Un pensamiento me asalta: ¿Desconfiará de mí, Boris? ¿Tiene miedo que yo lo traicione? El pensamiento me parece monstruoso y me río".

—"16. Diciembre de 1936".—Está más mudo que nunca. Desde hace dos días no me habla ni siquiera de las pequeñas necesidades de la vida cotidiana.

—"23. Diciembre de 1936".—Vivimos horas y horas muy cerca la una del otro en una pieza de 15 metros cuadrados, mas espiritualmente como extraños.

Yo siento como un malestar físico que él duda de mí.

—"4. Enero de 1937".—Me quedo en la calle, aún cuando Boris vuelva a casa: Busco distraerme, pasearme mucho. ¡La calle está llena de gente, mas me es indiferente, no me ayuda!

—"12. Enero de 1937".—Ya nadie me pregunta por Boris: ¡Y yo quisiera que todos me hablaran de él!

—"18. Enero de 1937".—El viejo de la basura esta mañana me dice: "tu marido, Lisa Sermionovna, debe de trabajar también de noche, no le oigo ya hablar..." El viejo pues está en asecho; Boris tiene razón al desconfiar de él y en los otros vecinos. Mas ¿por qué desconfía también de mí? ¿Por qué no me habla?

—"24. Enero de 1937".—Volví de repente a casa y sorprendí a Boris trazando a toda prisa un mapa geográfico. Nos miramos largamente; después nos echamos los brazos al cuello y lloramos largo rato: "quería hablarte de esto cuando todo estuviera lis-

to para la fuga", él me dice más tarde. Acepto su excusa para no morirme.

—"2. Febrero de 1937".—Continuamos sin hablarnos, puesto que hablar ahora ya no tiene importancia. Nos comprendemos y hemos decidido no abandonarnos nunca. Entre tanto nos preparamos en silencio.

—"10. Febrero de 1937".—En las tardes cantarreamos o leemos en voz baja: es necesario que el viejo y los vecinos no fantaseen sobre nuestro silencio.

El traductor levanta la cabeza para advertirme: "En este punto el diario se interrumpe por varias semanas.

—"22. Mayo de 1937".—Por fin Boris encontró una brújula. Me dice: "ocultála bien, ¡pobres de nosotros si nos la encontraran!

La oculté en una caja, debajo de mis vestidos.

—"3. Junio de 1937".—Hacía meses que Boris no volvía sonriente del trabajo. ¿Sabes?, me grita con voz alegre abriendo la puerta, ¡me envían en misión a Petrozavodski en Carelia!

El viejo de enfrente aparece en la puerta. Inmediatamente le pregunto a Boris: "¿Estás satisfecho?" Boris me comprende y contesta: "¡Así así! Me duele dejarte. Pediré un permiso también para tí". Desde febrero Boris ha solicitado esta misión que debe acercarnos a la frontera.

—"9. Junio de 1937".—También yo puedo ir a Petrozavodski.

—"12. Junio de 1937.—La salida es para el día 16, mas yo ya preparo mi equipaje. Al vaciar la caja de los vestidos cambio de sitio la brújula: Durante el día la cambié tres veces de lugar.

—"15. Junio de 1937".—Partimos mañana: todo está listo, la brújula bien oculta, mas al alcance de la mano.

LA BRUJULA

—"18. Julio de 1937.—A la salida del tren, Boris me pregunta: "¿Y la brújula?" Por poco grito: he olvidado la brújula. Sin embargo digo: "Antes de salir de casa la había sacado del escondrijo: mas vino el viejo de la basura..." Como atraída por una fuerza magnética levanto los ojos y a cien metros veo al viejo que habla con un agente de cachucha verde. El agente hace gestos con la mano; después los dos se acercan a nuestro tren. A la altura de nuestra sección el agente se detiene y el viejo sube. "Compañera Lisa Sermionovna, apenas habías partido cuando llegaron estas cartas para tí; me apresuré a traertelas..." Saca un paquete de periódicos; mas al dármelos, su mano busca con insistencia la mía y encontrándola me desliza un pequeño objeto redondo: la brújula. Después supe que quien no tiene boleto ni pasaporte interior no puede acercarse a los trenes si no lo acompaña un agente.

¡Pobre viejo! Habría querido abrazarlo, besarlo, pedirle perdón!

—"20. Junio de 1937".—Al regresar Boris me dice: "Mañana nos iremos al lago Sjamozezo. He obtenido el visto bueno para la zona prohibida". Me besa en la frente y añade: "Tu compañía me lo facilitó. Ninguno cree que se pueda huir juntos. La floresta de pinos es muy tupida en aquellos lugares y el suelo es pantanoso. Una mujer no puede resistir... Mas tú serás fuerte ¿verdad?" —"Ciertamente, seré fuerte".

—"21. Junio de 1937".—Antes de salir me santiguo. No lo hacía desde niña..."

Y aquí el intérprete me dice, entregándome el diario: "¡Se acabó!"

Yo lo tomo y lo hojeo:

—Mas ¿estos signos al final, escritos de escorzo, qué dicen?"

El intérprete trata de descifrarlos y me contesta:

—"Los ha trazado aquí. Durante muchas horas Lisa Sermionovna deliró y en el delirio contó su fuga... que habían salvado ya las retículas de la frontera y que se encontraban en el territorio finlandés sobre la ribera del lago Sao y que allí su marido, abrazándola, le había dicho: "¡Estamos en salvo!" ¡...Un día la enferma pidió el diario, tinta y pluma y tachó estos signos!

El intérprete se estreme y dice:

—"Ya los entendí. Dicen precisamente: "¡Estamos en salvo!"

XVII

La Fábrica de las Confesiones

El relato de un funcionario de la G. P. U.—En el proceso de los 16 se hicieron demasiadas confesiones.—Un beadecker demasiado viejo y un hotel que ya no existe. Lugar donde es posible salvarse.

Rotterdam, agosto de 1937.

Hace tiempo vagabundeaba yo en Riga por el barrio de las Legaciones, el mejor de la capital por sus numerosas y elegantes villas, palacios y jardines poblados de flores blancas, amarillas y de muchos niños de bucles rojos. Un señor cortés vino a mi encuentro; ya había hablado con él en francés en el hall del Hotel.

El se había interesado por mi nacionalidad italiana y yo por la suya rusa. Seguramente era un funcionario soviético con pasaporte regular; daba propinas en abundancia.

VIDRIOS AZULES Y BARROTES SOLIDOS

—¡Hola!, me dijo con una sonrisa ligeramente ambigua, ¿está usted trabajando?

Me quedé mirándolo, no comprendiendo bien su pregunta.

—Usted es periodista ¿verdad?, y aquella ¿no es la Legación Soviética? Me indicó una bonita construcción de ante-guerra, en el centro de la cual, bajo el asta porta estandarte se destacaba un escudo con la hoz y el martillo.

—Mire usted más arriba, querido señor, y verá usted algo más importante o por lo menos más extraño...

Señaló con el dedo a la izquierda de una torre, una ventanilla.

—¿Y bien?, pregunté.

—Los vidrios están pintados de azul.

—¿Y detrás de los vidrios entreabiertos?

—Una reja de hierro.

—Venga aquí y observe: los mismos vidrios pintados de azul y otras rejas. Al norte y al este una tercera y una cuarta reja. ¿Le parece a usted lógico que al cuarto piso y detrás de los vidrios opacos haya rejas robustas? Se trata, usted dirá, de una pieza de seguridad. ¡Es verdad! Pero, ¿para qué?, yo le pregunto a usted. Seguramente que no para los ladrones... Aquella, mi querido señor, es una verdadera prisión.

—¿Y para qué sirve?

—¿Para qué quiere usted que sirva? Para los fugitivos que se dejan descubrir y para los funcionarios que rehusan volver al paraíso soviético. Constituye una especie de etapa donde se espera el momento propicio para mandar a Leningrado a unos y otros en el primer buque soviético de paso.

Me saludó y se fué con paso rápido. Más tarde, volviendo al hotel, lo ví pagar su cuenta en la caja: su equipaje ya estaba en el hall.

—¿Parte usted?

—Sí.

Y acercándose me habló al oído:

—No deseo acabar en la Legación...

—¡Lástima! Quisiera charlar un rato con usted...

—Con mucho gusto, pero lejos de aquí. Por ejemplo, en Rotterdam. Tengo allá algunos amigos y me gustaría establecerme en aquella región. Si usted va a Rotterdam, busque a Volodia Limensky en la casa...

Me dió un nombre y una dirección.

Y ahora, después de un mes de nuestro encuentro en Riga, volví a ver en Rotterdam a Volodia Limensky y supe por fin exactamente quién era: un funcionario de la G. P. U. el cual, llamado por su patria, rehusó regresar.

UN ENAMORADO

Funcionarios de la G. P. U. disgustados con su organización hay muchos en el mundo. La mayor parte de ellos son de baja categoría social; se hicieron ricos y aprovecharon de una misión oficial pa-

ra salirse de Rusia y no volver más, prefiriendo a los grados y honores soviéticos el goce del dinero ganado más o menos honradamente. Otros no quisieron volver, disgustados. Uno no volvió por cuestión de amor. Este es aquel Agebekov del cual los periódicos hablaron hace cinco o seis años, cuando en Constanza, en Rumanía, algunos de sus ex colegas trataron de raptarlo en el puerto.

La policía rumana intervino a tiempo y Agebekov se libró de algo desastroso.

Su historia merece contarse. Agebekov, mandado a Istambul para dirigir la organización soviética del cercano oriente, aprovechó su pasaporte persa para trabajar sin molestia. Su trabajo no era todavía eficiente por ser nuevo en la profesión. Una inglesita de veinte años, Isabel Streater, se le ofreció de maestra. Pero, como a menudo sucede, entre la maestrita joven y el alumno anciano brotó un idilio. Enamorado, el revolucionario olvidó toda prudencia y manifestó quién era. A la muchacha enamorada no le importó el hecho, mas su familia, cuando lo supo, exigió la ruptura de las relaciones. Entonces Agebekov raptó a la muchacha y se la llevó a París, donde lo alcanzó una demanda de la madre de Isabel y también una orden de regreso a Rusia de sus jefes no satisfechos por su trabajo.

La muchacha fué entregada a su madre y Agebekov, en lugar de irse a su consulado, se fué al inglés donde dijo lo siguiente: "He servido diez años a los soviets. ¿Puedo poner a la disposición de

ustedes lo que sé, que es bastante?" "¿Cuánto ", le pregunta el funcionario con gesto suficientemente expresivo". "Nada de dinero; ¡sólo el regreso de la muchacha que amo..." Dos o tres semanas después Isabel volvió.

"ADIOS, PAPACITO"

Esta es la historia de Agebekov. ¿Y la de Volodia Limenski?

Hela aquí, como él me la cuenta, mientras nos dirigimos al puerto de Rotterdam.

—"Para no morirme de hambre, empieza, y también por amor a la aventura, me empleé en la G. P. U. en 1925. Me gustó la profesión. Mas en la primavera de 1932 recibí el primer golpe. Habían arrestado a un intelectual por sabotaje. Como siempre, su mujer lo había seguido a la prisión y seis meses después el hombre todavía no confesaba. Para decidirlo se pensó en encarcelar también a su hijito, un niño de once años. Yo fuí el encargado de la operación. Como se trataba de un niño fuí a buscarlo a la casa de un pariente suyo. No estaba.

Vuelvo después de algunas horas. El niño dormía en su cama. Trato de despertarlo y mi mano encuentra una hoja sobre la almohada. Leo: "Papacito, dentro de poco me arrestarán para hacerme hablar contra tí. Temo no poder resistir; soy demasia-

do débil, pues soy un niño: prefiero callarme para siempre, envenenándome. ¡Adiós papacito!

Llegamos al puerto.

Volodia Limnesky observa por algún tiempo una docena de navíos alineados en el puerto, y después continúa:

—El cuartel general de la G. P. U. se encuentra en Lubianka, como usted sabe, y tiene dos servicios: **No. 1 Policía Interior: No. 2 Contra espionaje y exterior.** La G. P. U. se diferencia de la vieja **Okrana** ezarista porque reune en una sola organización los servicios de información interiores y exteriores.

El servicio número 1 se aloja en el piso bajo, primero y segundo con 150 piezas o grupos de piezas a su disposición. El servicio número 2 ocupa el tercero y cuarto piso con 100 piezas...

—¿Y las prisiones?

—Se encuentran en los tres pisos subterráneos. Cada pieza o grupo de piezas numeradas de uno a doscientas cincuenta aloja un servicio especial. El número 82 es reservado para las "organizaciones".

—¿Qué organizaciones?

—De complots o protestas para pulsar y el sentir del público y descubrir las contrarrevoluciones. Es éste un servicio muy difícil que no gusta a los funcionarios ya que los "**puercos premiados**", o sean los agentes provocadores que mueren asesinados, son numerosos. Por fortuna, después de un año de trabajar en el 82, pude pasarme al 88, reparto de "confesiones". Sí, en la pieza 88 se organizan las confe

siones; se hacen confesar a los acusados delitos cometidos o aquellos que la G. P. U. desea que hayan cometido.

—Una pieza de tortuna, ¿no es verdad?

Volodia Simensky se echa a reír, su reír es agudo y lo detiene con las yemas de los dedos golpeando el labio inferior.

—¡Nada, nada!

Da una ojeada al puerto, sigue con la mirada un buque que se aleja mar afuera y con cierta indignación en el tono de la voz:

—En el extranjero, continúa, se han escrito muchas cosas sobre las confesiones más o menos espontáneas de nuestros prisioneros, o sea, que ellas se obtienen con interrogatorios de primero, segundo, tercero, cuarto y quinto grado; que se emplean látigos, hierros candentes, láminas de acero para metérselas debajo de las uñas; que especialistas chinos, llamados de su país para ello, emplean en los casos desesperados el suplicio del ratón, o de la campana... ¡Cuentos!

Hay quien habla también de enervantes y de hipnotismos; y un periodista americano, creo, escribió acerca de una composición química que al inyectarse provoca una depresión nerviosa tal que mata por completo la voluntad.

¡Cuentos éstos también de novelas amarillas!

Si la G. P. U. recurre a la química ésta es una química de carácter psicológico, cuyos elementos principales se deben a la autosugestión, a la espe-

ra interminable antes del interrogatorio, y al deseo, genuinamente ruso, de la humillación y al exhibicionismo en la humillación, de que hablan Destojewsky, Bacunin y Ruskolnikov. Esos elementos unidos al arresto de la familia, al insomnio, a la depresión física, al embrutecimiento, y en los casos más graves, al aislamiento completo que desvían y exaltan, turban y aniquilan los sentimientos, la voluntad y toda facultad de control. Por otra parte, antes del arresto, el ambiente de delación, de desconfianza y de miedo que oprime a todos y que los funcionarios de la pieza 24 tienen que mantener al diapasón que favorece una psiquis deformada, es muy propicio para provocar, en el momento oportuno, la reacción deseada.

Mucho antes del arresto casi todos los seres humanos viven en un estado de obsesión y autosugestión... Durante semanas, meses y aún años ellos se repiten: "Mañana, pasado mañana, dentro de tres días yo puedo ser arrestado como Prikensko, como Sarakov, como mi vecino de casa. Y ¿una vez arrestado, puedo tener la fuerza de voluntad para resistir, para no traicionar y denunciar a inocentes?"

En la prisión, el detenido debe esperar el interrogatorio durante semanas y meses. ¡Ningún suplicio es más atroz que éste que consiste en no saber por qué se ha sido aprisionado! No: hay todavía más, el suplicio del insomnio...

LA PREPRACION DE LOS PROCESOS

—¿Debido a las pulgas?, pregunto.

—No, por las interrupciones eléctricas. A cada momento trabajan esos interruptores, y cada ruido producido por ellos es como un martillazo en la cabeza ya que anuncia que un guardia debe llegar para gritar un nombre: el suyo o el de un compañero. Lo llaman para llevarlo ¿a dónde? Nadie lo sabe, ni el guardia.

Cuando llegan al piso bajo, el guardia abre una puerta de hierro y empuja al prisionero a un corredor de cemento y lo abandona.

Otro guardia puede surgir de la sombra y acompañarlo al interrogatorio, mas también puede surgir el verdugo para matarlo de un balazo en la nuca. Las paredes blindadas del corredor sofocan el golpe y los ecos, y el misterio que rodea las ejecuciones es la única gracia que se concede a los huéspedes de la Lubianka. Mas el tránsito por el corredor de la muerte, para los que no se matan allí, prepara especialmente los espíritus para la confesión. En la pieza del **Sledvatel** o sea la del funcionario que ejerce la función de juez-instructor, el interrogado encuentra una mesa con portaplumas, papel y tintero: "¡Escribe tu confesión!", le dice el sledvatel y se va, dejándolo solo. Después de un rato vuelve y le dice: "¡Escribe los nombres de tus cómplices!" y se va...

—¿Y el desgraciado escribe?

—Sí, el 95% escribe, lee y firma sus confesiones denunciando a sus cómplices verdaderos o hipotéticos. Son suficientes diez minutos.

El ex funcionario de la G. P. U. se interrumpe un momento para observar los numerosos buques que surcan el mar en todos sentidos. Después explica:

—La pieza 88 tiene dos secciones distintas: **Confesiones A**, para aquellos que se fusilan o deportan sin proceso en virtud de poderes otorgados a la G. P. U. por la ley de 23 de noviembre de 1922 y **Confesiones B**, para aquellos que, por motivos políticos o de propaganda, tienen reservado el honor de un proceso.

Para éstos se necesita crear confesiones plausibles en su forma y en sus particulares y una vez creadas hacerlas recitar a los acusados. Para llegar a este último resultado, a la composición química psicológica de la cual ya hablamos, se añade otro elemento: la promesa de que se le condonará la vida. Con este elemento la reacción es siempre positiva.

Lo fué en el proceso de los 16.

—¿Los 16? ¿Zinoviev, Kamenev y Cía.? Recuerdo que confesaron todos...

EL HOTEL BRISTOL

—Lo sé. Mas confesaron demasiado, y como todo exceso estropea cualquier cosa, yo también quede dañado y muy seriamente. Me explico.

En el proceso de los 16 se debía probar en forma terminante las relaciones de los acusados con Trotzky. "Arregla, me dijo el jefe de la sección, un encuentro de estos con Trotzky o con Sedor su hijo."

Pareciéndome exajerado un encuentro con Trotzky me limité a su hijo. Como ciudad para la entrevista escogí, quién sabe por qué, Copenhaguen y el hotel lo busqué en el Baedeker. Entre los hoteles preferí el "**Bristol**", nombre muy común que fácilmente se recuerda.

En el proceso el acusado Goltmann confesó haber visto en 1933 al hijo de Trotzky en Copenhaguen y en el hotel Bristol. Ahora bien, después de algún tiempo los trotzkistas publicaron que en 1933 no existía en Copenhaguen ese hotel Bristol pues había desaparecido desde 1917.

Por fortuna, este error mío se vino a conocer cuando yo ya estaba en el extranjero, habiendo pasado por méritos excepcionales a la piez 161, servicios de contra-espionaje.

Me llamaron al país, más yo me rehusé a obedecer...

—Pero ¡se trata sólo de un error involuntario, muy fácil de explicar!

—En cualquier otro país del mundo sí. En Rusia no, país de la sospecha y de la traición. Si yo volviera, mi querido señor, me acusarían de haber creado a sabiendas tal error para comprometer la verdad de las confesiones. Sabotaje pues y contrarrevolución con sus consecuencias lógicas: La sanción socialista suprema.

Frente a tal probabilidad, usted comprende, mi negativa y mi constante intranquilidad .

—¿Por qué?

—A Rotterdam llegan demasiados buques soviéticos. Precisamente ahora, vea usted, llega uno.

Lenta y pesada, una nave sube el estuario con una bandera roja en la popa y un nombre en la proa: **"Karlos Lievkeneckt"**.

—¿A dónde ir? ¿Dónde podré descansar tranquilo?

—¡Al Polo Norte!, digo yo bromeando.

—¡No lo quiera Dios! ¿No hay en estos días una expedición soviética al Polo Norte?, exclama el ex funcionario de la G. P. U. sin sonreírse.

XVIII

El Secreto de Stalín

"Lo mejor que nos brinda la vida es descubrir el propio adversario, preparar bien el golpe, vengarse sin piedad y después irse a descansar. La sangre sirve para la máquina comunista".—**Stalin.**

Los fugitivos que yo encontré en París, Basilea, Istambul, Bucarest y más al norte en Polonia y Finlandia y cuyas odiseas conté, son ciudadanos soviéticos de nacimiento y nacionalidad. Mas hay fugitivos del infierno rojo de otras nacionalidades

Al principio de la revolución, muchos liberales comunistas o pacifistas, efectivamente corrieron a Rusia como hacia una patria ideal y en los comienzos de los planes quinquenales sencillos obreros o especialistas abandonaron gustosos la oficina o la casa para poner sus conocimientos técnicos a disposición de los "**Constructores del Socialismo integral.**"

Pero en Rusia éstos no vivieron la vida soviética durante un mes, dos o tres, como Gide, Céline, Dorgelés y otros intelectuales decepcionados, mas la vivieron por años.

OPINION SOBRE LA PALABRA DE HONOR

Sin embargo muchos frente a la aplicación práctica de las teorías colectivistas se quedaron, como dicen los franceses **ahurí**. Y quisieron regresar a sus respectivos países. La mayoría, ¡ay de mí!, no tuvieron ni el tiempo, ni la posibilidad de huir, habiendo sido fusilados como el alemán Lourié, o el letón Holberg, o bien deportados a las lejanas regiones de Siberia, como el francés Bauley, los italianos Gaggi y Caligaris, el alemán Wietz y el húngaro Sigmond.

Muy pocos, como el belga Kibaltchik, alias **Víctor Serge**, los franceses Henry Guilbeaux e Yvon, el suizo Hubert, el americano Andrew Smith, el inglés Thompson, el irlandés O'Connor, el obrero alemán Muller, pudieron salir de Rusia, reconocidos por sus respectivas embajadas, embajadas de la **"patria Burguesa"** renegada muchos años antes con osadía y demasiada ingenuidad.

Pude acercarme a muchos de ellos.

Todos, o casi todos, me dijeron haber sufrido las persecuciones de la G. P. U. Por lo general, no se detienen mucho sobre sus casos particulares y sus aventuras. A mi pregunta, esos extranjeros fugitivos, me hablaron de los recientes procesos y ejecuciones de los viejos revolucionarios.

—Expliquenme ustedes por qué hombres como Zinoviev, Kamenev y Tucacewsky, que en otros tiempos dieron pruebas de despreciar la vida, se empequeñecieron con vergonzosas confesiones para salvar sus vidas.

Poco más o menos las contestaciones fueron similares: "Es muy fácil comprenderlo; ellos confesaron para tener todavía un día la posibilidad de combatir a Stalin. Era la única esperanza que todavía brillaba en la noche obscura de su destino. Mas Stalín comprendió la retirada estratégica y reaccionó consecuentemente".

—Muchos periodistas extranjeros y muchos fugitivos que encontré, creen todavía que se trata de ejecuciones fingidas...

—Estos señores no conocen a Stalín, o por lo menos no conocen su frase famosa: **"La palabra de honor es el arma principal del hombre político. ¡Hay que saberla emplear bien!"** Para hacer confesar a sus adversarios, pues, prometió salvarles la vida Mas obtenida la confesión no mantuvo la promesa. ¿Qué le importa si renegando de su propia palabra de honor, él pudo salvar el honor de la justicia frente a los comunistas extranjeros y sobre todo, alcanzar el primer objeto de su política que es aniquilar físicamente a sus adversarios, o a los que él cree que lo son!

EL ERROR DE LA VIUDA DE LENIN

Y el suizo Hubert, un especialista electrotécnico que dirigió la construcción de la inmensa presa del Canal Volga- Moscú, comenta:

—Krupskaya, la viuda de Lenín, se equivoca cuando dice que **"si Lenín viviera todavía se encontraría en prisión"**.

—¿Por qué se equivoca?

—Porque actualmente Lenín no estaría en la cárcel, lo habrían fusilado hace mucho tiempo.

—Ahora, sin embargo, Stalín le levanta un gigantesco monumento...

—¡Naturalmente! Murió y no le infunde ya temor. ¿No es Stalín el que dijo un día: "¡Es necesario que los cadáveres rindan en alguna forma!"?

Otros de los que han vuelto, el irlandés O'Conner, ingeniero metalúrgico, me informó:

—En su íntimo, Stalín odia a Lenín. Sabe muy bien lo que de él pensaba Lenín y no pudo nunca olvidar su célebre definición: "Stalín es el hombre que posee unos enormes bigotes, de los cuales está orgulloso, ¡es todo lo que posee!

—Indudablemente, observé, se trata de un calambour, porque a pesar de todo, Stalín no debe tan sólo poseer un par de bigotes.

—¡Es verdad! Lenín no lo conoció bastante, o bien sólo superficialmente, siendo Stalín entonces

un revolucionario de segunda o tercera categoría: surgió después.

—Hágame usted, mi querido ingeniero, el retrato de Stalín.

Y el ingeniero O'Conner me hizo el retrato de Stalín.

Dirigí la misma pregunta a los que volvieron de Rusia y cada uno de ellos me hizo un retrato de Stalín. Y ahora, confrontándolos me parecen todos iguales: se dirían positivas de una misma negativa.

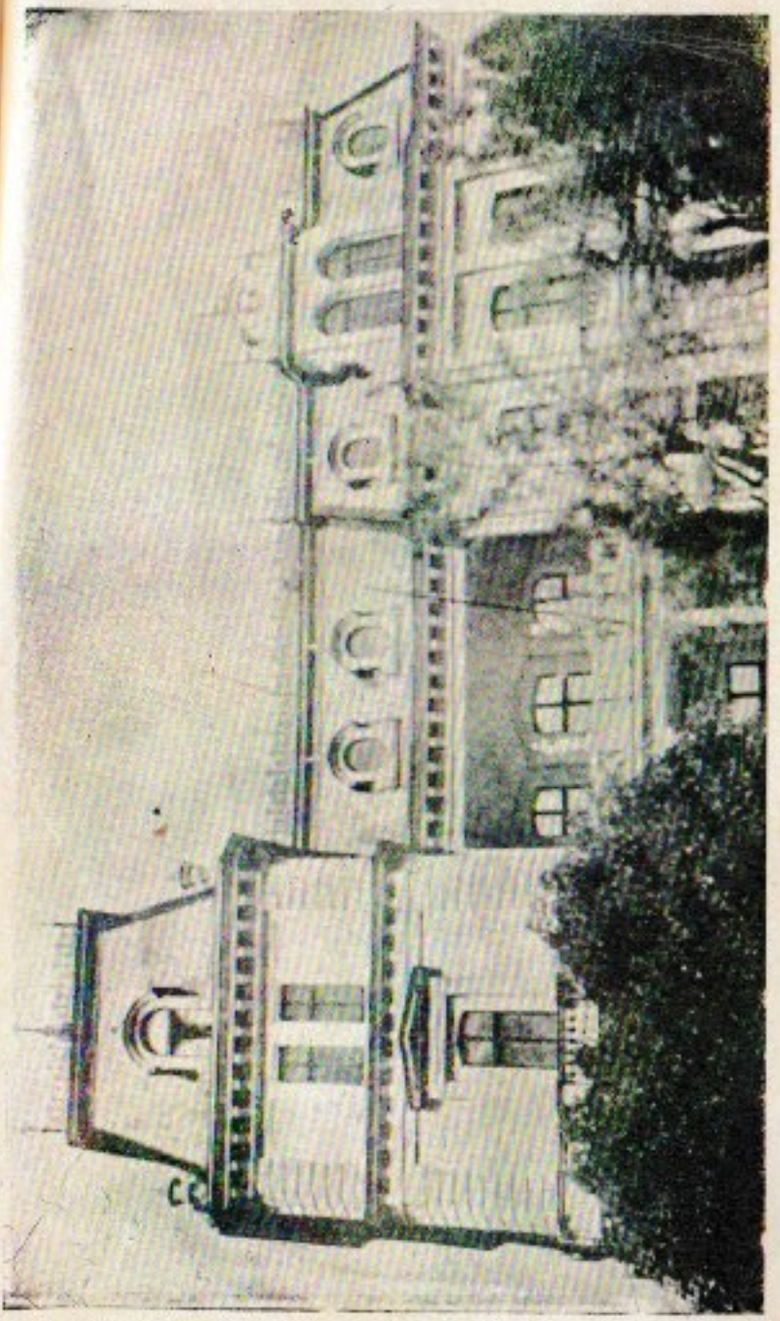
UN HOMBRE PRACTICO

Según los fugitivos, Stalín además de los bigotes, posee una inteligencia práctica, no imaginativa; un sentido preciso de la espera paciente; mas, cuando opera, lo hace con decisión. Su subida al poder, después de la muete de Lenín, lo prueba. Mientras los diversos concursantes a la sucesión desde Trotzky a Zinovief, desde Ramenev a Rykov, desde Bukarín a Tomsky, pretendieron imponerse con sus virtudes teóricas de polemistas, de oradores o de escritores, Stalín esperó en la sombra su hora y mientras tanto se adueñó una por una de las palancas del mando. Su cargo de Secretario del partido lo colocó en una situación privilegiada. Con el pretexto de la reorganización del partido, empezó a consolidar las bases de su propia posición, poniendo en los puestos inferiores y periféricos a hombres de

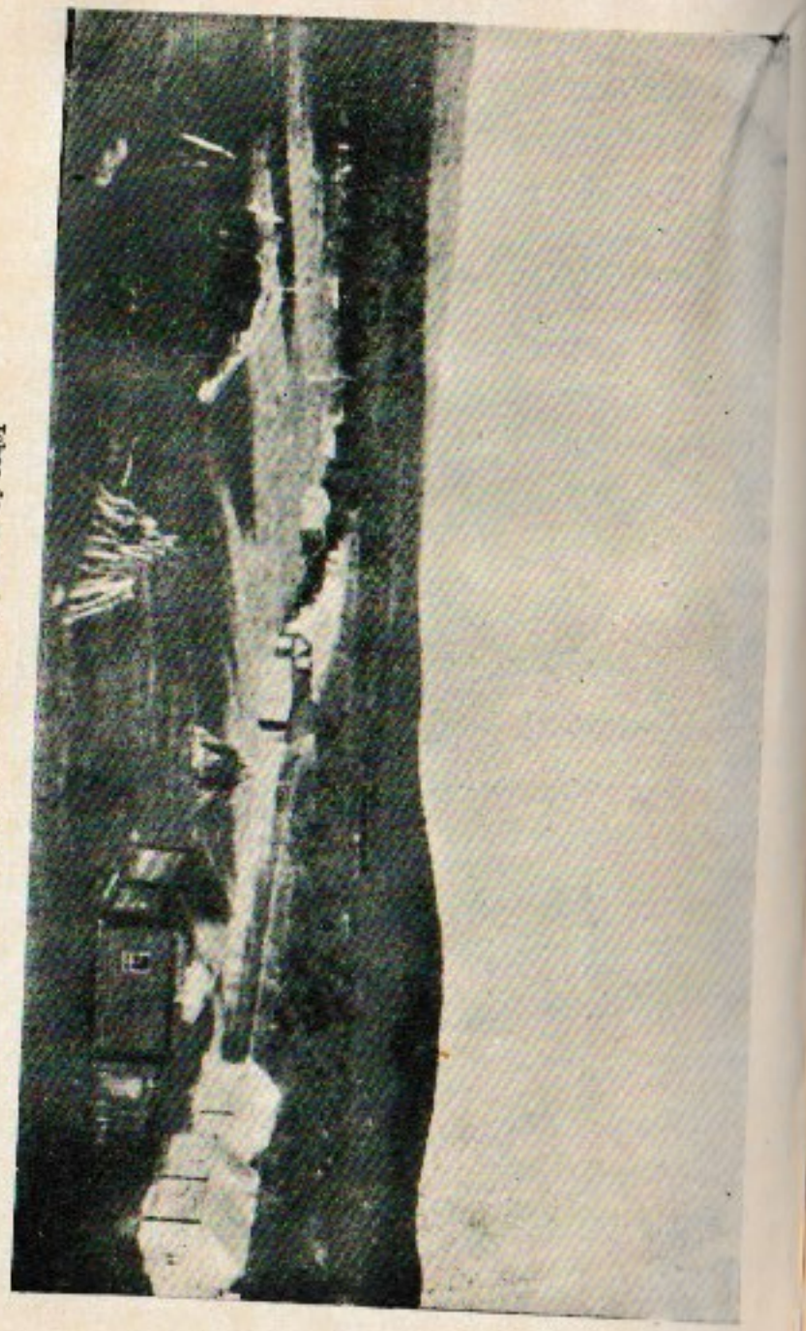
su confianza. Después, con una actividad incansable y silenciosa, subió poco a poco hacia el centro y por medio de cambios de puesto, promociones y favores se creó una "clientela" segura.

Su inteligencia práctica le dice que aún cuando sean hermosas las teorías de la igualdad de clases y la inutilidad del dinero, ésto es siempre el mejor medio para propulsar las acciones humanas y el más fuerte vínculo de lealtad **especialmente en un régimen comunista.** Por eso se hace el desentendido y consiente las numerosas y abundantes irregularidades administrativas y especulativas financieras de sus adeptos. Pero como su inteligencia práctica le dice también que para decidir a los que titubean y para retener a los traidores la mejor fórmula es el rescate, para cada eventualidad futura anota en esqueletos especiales las faltas personales de cada individuo que no han sido castigadas, y se apresura a advertirles: "Cuidado con traicionarme porque si yo caigo caerán también ustedes. Sus faltas están anotadas".

Además, entre los competidores que hablan demasiado como Trotzky o que se exhiben demasiado como Zinoviev, él siguió en la sombra, tanto durante la época de la larga enfermedad de Lenín, como en los años sucesivos después de su muerte, despreciando toda apariencia. ¡Que los otros se exhiban si lo quieren, que griten, que den a las masas teorías y fórmulas!



Legación Soviética en Riga.



Isbas de campesinos al confín finlandés.

La masa escucha, mas olvida con facilidad. Además, también en la república proletaria, y especialmente en ésta, la masa no cuenta nada. Más, lejos de las apariencias y aplausos, Stalín tiende a una sola cosa, poner los peones seguros, no sólo en los puntos peligrosos más en todas las partes limitadas por las mismas masas y crear una burocracia política y administrativa que en un día deberá asegurarle el poder real y efectivo.

EL JUEGO DE LAS LIQUIDACIONES

Y no se equivocó. El secreto de su éxito está precisamente en su inteligencia práctica que obra en dos sentidos diferentes: mientras, como se dijo, se gana adeptos fieles en las posiciones inferiores y medias, comprende que para las posiciones supremas no puede enfrentarse solo con los diversos competidores que tienden a ocupar el puesto de Lenín Se alía con los menos fuertes para combatir al más fuerte y vencido éste hace un nuevo bloque para tumbar al más fuerte del bloque precedente y sigue sucesivamente así hasta quedarse frente a frente con el más fuerte de todos. En la primera fase aupoya a Zinoviev, Kamenev, Bucarín Kykov y Tomsky contra el gigante Trotzky. Desterrado éste en 1924 se une a Bukarín, Rykov y Tomsky para tumbar a Zinoviev y Kamenev que serán deportados por primera vez hasta que pueda eliminarlos definitivamente.

Después, ayuda a Rykov y Tomsky contra el inteligente Bukarín y no tiene dificultad alguna al deshacerse de sus dos aliados. En 1928 se queda solo con todas las palancas del mando en sus manos: Desde la oficina política suprema hasta la más pequeña célula de la más pequeña fábrica, por medio del Soviet Central y de los Soviets de las repúblicas, de las provincias, de las regiones, de las ciudades y de los villorrios, dondequiera hay quien esté sometido a él por gratitud o por miedo a aquellas anotaciones que en Rusia se llaman en francés "les Fiches" de Stalín.

Trazado pues, repetidas veces, este retrato de Stalín, todos los viejos idealistas desilusionados comentan amargamente: "Así la revolución fué traicionada. La dictadura del proletariado que por algún tiempo fué la dictadura del partido comunista, volvió en 1922 a la dictadura del **Soviet Central.** Desde 1928 acá ya no es la dictadura del Soviet Central ni tampoco de la Oficina política suprema: es la dictadura del "Secretario General del Partido", es la dictadura de Stalín.

¿COMO RESISTE?

Todos, más o menos, me contestan en esta forma:

—Resiste porque tiene en sus manos los cuadros del Estado y del partido comunista. Continuando

a aplicar la táctica que le resultó tan eficaz, él cuida siempre de estos cuadros pidiendo, como compensación a largas concesiones materiales, una sumisión absoluta y un límite fijo en la demanda de las respectivas ambiciones: sí, un límite fijo para estas ambciones, puesto que si se sobrepasaran podría enfadarse. Stalín no soporta que le molesten: tiene un olfato formidable, una especie de sexto sentido para descubrir a tiempo a los competidores ansiosos del poder.

Y una vez descubiertos él los suprime a sangre fría y sin ningún escrúpulo.

El mismo se definió **como el hombre de la mano que no tiembla** y una tarde de verano, en una hora de intimidad, dijo a Zerzinsky, el fundador de la Checa y de la G. P. U.: **"Lo mejor en la vida es descubrir al propio adversario, preparar bien el golpe, vengarse sin piedad y después descansar."**

—Pero, yo objeté, una vez en el poder Stalín trató de crear, demostrando poseer no sólo inteligencia práctica..., la misma idea de los planes quinquenales...

A esta observación todos los fugitivos me impidieron proseguir:

—La idea de los planes quinquenales no es suya. Es de Lenín que la formuló en 1920. Realizándola, Stalín quiso vengarse de Lenín, del desprecio que éste le profesaba; realizándola quiere quedarse en la historia, no como teórico, sino como "Constructor del Comunismo Integral".

El aplica las teorías de Lenín con el rigor y la exaltación del patrón absoluto, al cual el poder da la locura del poder.

Y el obrero alemáu Müller, que encontré en Amsterdam, a estas declaraciones añade:

—Stalín, un día, en un discurso declaró: "**Rusia es la piedra de prueba del Comunismo**". Sería más exacto decir: "Es la mesa de vivisección y los rusos son los cuyos del experimento comunista".

—Mas todas estas víctimas... toda esta sangre...

—"**La sangre**, mi querido señor, según otra frase de Stalín, **sirve para la marcha de la máquina comunista...**"

No es un lubricante cuando está fría... pero cuando está caliente sí. Y es por esto que Stalín tiene necesidad de añadir a la sangre, sangre nueva, si no la máquina se detendría!

Para terminar mis encuestas entre los fugitivos del infierno rojo, que indudablemente han suscitado mucho interés en Italia y en el extranjero y han encontrado ya imitadores numerosos, no puedo encontrar otra conclusión mejor que estas últimas palabras del obrero comunista, retornado de Rusia desilusionado y arrepentido.

Pablo ZAPPA.

INDICE

		Págs.
	La incógnita rusa	7
I.—	**Los fugitivos del infierno ruso**	13
	En la oficina del Intourist	17
	¿Pasearse solo?	19
	Todo un "bluff"	19
	Primeros pasos	22
II.—	**La ley de los rehenes**	23
	Habla Jurov	26
	Tres párrafos	27
	Quién escapa	29
	Treinta rublos	30
	Las fugas	32
III.—	**Hay cosas, pero**	35
	Uno que sabe la verdad	38
	¡Por fin, una cama!	40
	Pedazos de periódicos	41
	Una familia de obreros	43
	Si algo queda	45
IV.—	**¿Por qué los emigrados del infierno rojo son tan escasos?**	49
	Azúcar, cigarrillos	52
	Dieciocho horas diarias	53
	Otra sorpresa	55
	Lo que queda	56
V.—	**El escarnio de las siete horas**	59
	El látigo de Stalín	62
	De "tortuga" a "elefante"	63

	Págs
Horas y salarios	65
El Stakhanovismo	66
Lo demás, gratis	68
VI.—Salarios: de 80 a 10,000 rublos	71
Fantasmas del tiempo czarista	73
Cuando se recibe	75
...Y cuando se paga	76
Cuando falta el pan	78
VII.—Los forzados de las oficinas	83
Una noche sobre el Dniester	83
Primer ese	86
Otro episodio	88
Se prohibe enfermarse	90
VIII.—Obreros y técnicos prensados por el Plan Quinquenal	93
Una crisis de conciencia	96
Los resultados	97
De la estepa a la oficina	99
IX.—Los forzados de la tierra	103
Un pasaporte seguro	106
Cuando los cosacos volvieron	107
Las iglesias se volverán teatros	109
Matanzas y deportaciones	110
El hambre	112
X.—La inútil protesta	117
El atroz tiro al blanco	120
La felicidad de estar lejos de Rusia	121
Un fugitivo que fué protegido por la Virgen	123
Falta el pan	125
"Cavad vuestras propias fosas..."	126
XI.—El hijo de nadie	129
Los jinetes "cachuchas verdes"	133
Los niños fusilados	135
Las bandas de besprizornis en actividad	136
Ricos y pobres	138
XII.—El canto que se apagó con un tiro de revólver	141
Gobernar por el terror	144
El primer encarcelamiento	146
Hay que denunciar a los padres	147
Lección de moral comunista	150
La cárcel soviética	151
En el aislador, al fin	153

	Págs.
XIII.—Máscaras de hielo	155
Cuando el marido está en la cárcel	161
Por cinco meses, inútilmente	162
La libertad femenina	164
Como en un mundo nuevo	166
XIV.—Una obra dedicada a Stalin que costó 75,000 víctimas humanas	169
Acercamientos difíciles	172
No se levantaron	173
Balances cómodos	176
Mejor la muerte	178
XV.—La Isla de las Agonías	181
La cuarta solución	185
¿Por qué no los fusilan de una vez?	186
Los negocios	188
¡Diversiones!	189
Una apuesta	191
XVI.—Desvelos de angustias y de muerte	195
Denunciad a los perros rabiosos	198
Una amiga chismosa	202
Media noche, la hora de la G. P. U.	204
Un mapa geográfico	206
La brújula	209
XVII.—La fábrica de las confesiones	211
Vidrios azules y barrotes sólidos	213
Un enamorado	215
"Adiós, papacito"	217
La preparación de los procesos	221
El hotel Bristol	223
XVIII.—El Secreto de Stalin	227
Opinión sobre la palabra de honor	228
El error de la viuda de Lenin	230
Un hombre práctico	231
El juego de las liquidaciones	233
¿Cómo resiste?	234